

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXI

Nº7

JULIO-AGOSTO 2008



NUESTRA PORTADA:

**Calvario. Castro Canseco. Principios siglo XVIII.**

**Retablo del Crucero. Iglesia del Monasterio de Celanova.**

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXI	Julio-Agosto 2008	Nº 7
-----------	-------------------	------

## SUMARIO

### LA VOZ DEL PRELADO

Carta del mes de agosto.....	963
Actividades del Sr. Obispo .....	965

### IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos y defunciones.....	971
Vicaría General	
Notas de la Secretaría de la Conferencia Episcopal Española sobre Matrimonios entre españoles y extranjeros, fundamentalmente Albaneses y Niguerianos.....	973
Vicaría de Pastoral	
Delegación de Liturgia. “El domingo, día del Señor y señor de los días”.....	975

### IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española	
Nombramientos: Mons. D. Joan Piris Frígola obispo de Lleida. D. Francesc Pardo Artigas obispo de Girona.....	985
Nota de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe sobre el libro de José Antonio Pagola..	987

### IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus .....	999
Audiencias Generales.....	1006
Cartas.....	1013
Discursos.....	1019
Homilías .....	1032
Mensajes .....	1047
Viaje Apostólico a Santa Mª Di Leuca y Brindisi (Pulla, Italia, 14-15 de junio de 2008) .....	1056
Viaje Apostólico a Sydney con motivo de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud (12-21 de julio de 2008).....	1072
Santa Sede	
Consejo Pontificio para la pastoral de los Migrantes e Itinerantes. “El turismo afronta el reto del cambio climático”.....	1115

### CRÓNICA DIOCESANA

Julio y agosto.....	1121
---------------------	------





# LA VOZ DEL PRELADO

---



**CARTAS****Carta del mes de agosto**

Queridos diocesanos:

En este mes de agosto, para muchos tiempo de vacaciones, quiero compartir con vosotros algunas realidades diocesanas especialmente satisfactorias y esperanzadoras.

El pasado mes de julio despedíamos, y en cierto modo acompañábamos también, a ocho de nuestros jóvenes, de las parroquias de la Santísima Trinidad y de la Asunción, y dos sacerdotes, que partían al encuentro con el Papa, Benedicto XVI en Sydney. En un momento en que se habla tanto de la juventud, se le cuelgan en ocasiones tantos carteles, es motivo de satisfacción y alegría el escuchar hablar, reír y hacer planes a estos jóvenes, que con pocos medios pero con muchas ganas, llenaron sus mochilas de ilusión y viajaron hasta las antípodas para salir al encuentro del Santo Padre, para tomar nota de lo que el Pastor de la Iglesia Universal tenía que decirles, para conocer otro país, otra cultura, otras gentes de todo el mundo, y otros jóvenes que, como ellos, en la sociedad en que vivimos, están también llenos de inquietudes y de amor a Dios.

Y pensando en las inquietudes de nuestra juventud, no puedo tampoco evitar acordarme de unas jóvenes feligresas que, en la visita pastoral que realizaba a su parroquia, Santa Baia de Montes, me entregaban un libro, elaborado por ellas mismas, con datos y fotografías de las al-

deas de Lamas, Santa Baia de Montes y San Martiño. Un auténtico tesoro, no sólo por la posibilidad de conocer mejor estas aldeas de nuestra Diócesis, sino por la hermosa iniciativa y la cuidada labor que estas cuatro jóvenes realizaron, y el ejemplo que nos dejan de lo mucho que se puede conseguir, para los demás y para nosotros mismos, cuando ponemos un poco de ilusión en las acciones más sencillas.

También el ejemplo de estas jóvenes puede inspirarnos para que, en estos días en que disponemos de más tiempo libre, tratemos de aportar algo a nuestras parroquias, conociendo un poco más su historia y su presente, ayudando a mantener cuidado nuestro templo, colaborando en la organización de las fiestas en honor al patrón...

En cualquier caso, espero que el cruzarnos con la mirada limpia, alegre e inquieta de tantos jóvenes que tenemos a nuestro lado, en las parroquias de nuestra Diócesis, nos ayude a salir de nuestro error y comprender que la juventud, hoy día, no debe ser motivo de queja o desesperanza por nuestra parte sino, todo lo contrario, debe ser, y es, la mayor esperanza de nuestras comunidades.

Con cariño os bendice vuestro Obispo:

+ Luis Quinteiro Fiuza  
Obispo de Ourense

## Carta do mes de agosto

Queridos diocesanos:

Neste mes de agosto, para moitos tempo de vacacións, quero compartir con vós algunhas realidades diocesanas especialmente satisfactorias e esperanzadoras.

O pasado mes de xullo despediamos, e en certo modo acompañabamos tamén, a oito dos nosos mozos, das parroquias da Santísima Trindade e da Asunción, e dous sacerdotes, que partían ó encontro co Papa, Benedicto XVI en Sydney. Nun momento en que se fala tanto da mocidade, e se lles colgan en ocasións tantos carteis, é motivo de satisfacción e ledicia o escoitar falar, rir e facer planes a estes mozos, que con poucos medios pero con moitas gañas, encheron as súas mochilas de ilusión e viaxaron ata as antípodas para saír ó encontro do Santo Pai, para tomar nota do que o Pastor da Igrexa Universal tiña que lles dicir, para coñecer outro país, outra cultura, outras xentes de todo o mundo, e outros mozos que, como eles, na sociedade en que vivimos, están tamén cheos de inquedañas e de amor a Deus.

E pensando nas inquedañas da nosa mocidade, non podoo tampouco evitar lembrarme dunhas xóvenes freguesas que, na visita pastoral que realizaba á súa parroquia, Santa Baia de Montes, entregábanme un libro, elaborado por

elas mesmas, con datos e fotografías das aldeas de Lamas, Santa Baia de Montes e San Martiño. Un auténtico tesouro, non só pola posibilidade de coñecer mellor estas aldeas da nosa Diocese, senón pola fermosa iniciativa e a coidada labor que estas catro mozas realizaron, e o exemplo que nos deixan do moito que se pode conseguir, para os demais e para nós mesmos, cando poñemos un pouco de ilusión nas accións máis sinxelas.

Tamén o exemplo destas mozas pódenos inspirar para que, nestes días en que dispomos de máis tempo libre, tratemos de aportar algo ás nosas parroquias, coñecendo un pouco máis a súa historia e o seu presente, axudando a manter coidado o noso templo, colaborando na organización das festas en honra ó patrón...

En calquera caso, agardo que o nos cruzar coa mirada limpa, leda e inquieta de tantos mozos que temos ó noso lado, nas parroquias da nosa Diocese, nos axude a saír do noso erro e a comprender que a mocidade, hoxe día, non debe ser motivo de queixa ou desesperanza pola nosa parte senón, todo o contrario, debe ser, e é, a maior esperanza das nosas comunidades.

Con cariño bendívo-lo voso Bispo:

+ Luís Quinteiro Fiuza  
Bispo de Ourense

## ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

### JUNIO

---

- Día 26: Asiste al Acto de Celebración del 50 Aniversario de la empresa Anpián y bendice las nuevas instalaciones.  
Asiste a la presentación del libro “Don Amando: Semblanza Biográfica y Aportación a la Liturgia Postconciliar” del M. I. Sr. D. Ramiro González Cougil y de D. José Ramón Hernández Figueiredo en la sacristía antigua de la iglesia de Santa Eufemia la Real del Centro.
- Día 27: Asiste en el Auditorio Municipal al Acto Académico de Graduación de Diplomatura en Turismo, Diplomatura de Ciencias Empresariales y Licenciatura en Administración y Dirección de Empresas.
- Día 28: Sagrada Ordenación de Presbíteros en el Seminario Mayor.  
Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. Antonio Gómez González en la iglesia de la Saleta en Cea.
- Día 29: Santa Visita Pastoral a las Parroquias de San Nicolás de Novás, Santa Eulalia de Montes y Santa María de Atás en el Arciprestazgo de Cualedro.
- Días 29-2: Programación Diocesana de Pastoral en los Milagros.

### JULIO

---

- Día 2: Preside la Celebración Eucarística en Santa María de Beade con motivo de la fiesta de su Patrona, la Virgen, en su visita a Santa Isabel.
- Día 5: Santa Visita Pastoral a las Parroquias de Santiago de Garabelos y San Lorenzo de Niñodaguia en el Arciprestazgo de Cualedro.
- Día 6: Santa Visita Pastoral a las Parroquias de Santa María de Texós, Santa María de Villamayor de Boulosa y San Bartolomé de Baltar en el Arciprestazgo de Cualedro.
- Día 10: Pronuncia la Conferencia “El sentido último de la vida: vivir y morir conscientemente” en el Salón de Actos de la Facultad de Medicina en la Universidad de Santiago de Compostela.
- Día 11: Participa en la Mesa Redonda “Muerte, veracidad, cuidado y familia: Garantías éticas y jurídicas” en el Salón de Actos de la Facultad de Medicina en la Universidad de Santiago de Compostela.

- Día 12: Santa Visita Pastoral a las Parroquias de Santiago de Vilela y San Miguel de Gudín en el Arciprestazgo de Cualedro.
- Día 13: Santa Visita Pastoral a las Parroquias de Santa María de Lucenza, San Salvador de Villamayor de Xironda y Santa María de San Millán en el Arciprestazgo de Cualedro.
- Día 16: Preside la Procesión y Celebración Eucarística en la fiesta de la Virgen del Carmen en la Parroquia de la Santísima Trinidad.
- Día 17: Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.
- Día 19: Concelebración Eucarística con motivo del aniversario del fallecimiento del Excmo. y Rvdmo. Miguel Ángel Araujo Iglesias en la Parroquia de María Auxiliadora de la ciudad.  
Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor Jesusa Fuciños Mariño, Religiosa Misionera del Divino Maestro en la Capilla de la Comunidad de Montealegre.  
Clausura el XXX Encuentro Diocesano con los misioneros en el Santuario de la Virgen del Portal de Ribadavia.
- Día 20: Santa Visita Pastoral a las Parroquias de Santa Eulalia de Chamusiños, Santa María de Lobaces y San Juan de Trasmiras en el Arciprestazgo de Cualedro.
- Día 23: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 24: Reunión de los Sres. Obispos de la Provincia Eclesiástica en Santiago de Compostela.
- Día 25: Solemne Concelebración Eucarística en la fiesta del Apóstol Santiago en la S.A.M.I. Catedral de Santiago de Compostela.

## **AGOSTO**

---

- Día 9: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el Sor Justina Conde Fernández, Sierva de María, en la capilla de las Siervas de María de la ciudad de Ourense.
- Días 18-28: Participa en la peregrinación diocesana: “Tras la huellas de la Sagrada Familia”.







# IGLESIA DIOCESANA

---



## SECRETARÍA GENERAL

### NOMBRAMIENTOS

Con fecha **13 de junio de 2008**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar el nombramiento del **Rvdo. D. Eduardo Fernández Rodríguez** como Administrador parroquial de Santa Mariña de Augas Samtas y San Santiago de Folgoso de Allariz.

Con fecha **30 de julio de 2008**, el Sr. Obispo de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar el nombramiento del **Ilmo. Sr. D. José Pérez Domínguez** como Delegado para las celebraciones del bimilenario del nacimiento de San Pablo y del **Ilmo. Sr. D. José Rodríguez Gallego** como Ecónomo diocesano, por cinco años. Con fecha **31 de julio de 2008** el nombramiento del **Rvdo. Sr. D. Luis Javier González Seguí**n como Delegado para la pastoral Vocacional.

### DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;  
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Rvdo. Sr. D. Luis Rey Lage**, fallecido el día 24 de julio de 2008 a los 80 años. Había nacido el 22 de febrero de 1928 en Foncuberta (Maceda). Fue ordenado presbítero el 27 de junio de 1954. Desempeñando los siguientes cargos y oficios en esta Diócesis: Administrador Parroquial de Foncuberta, Santa María, Castro Escudro, Santa Baia y Vilar de Cás, San Xoán 01/09/1954 al 08/02/1960; del 09/02/1960 al 21/07/1963 fue Párroco de Texós, Santa María y administrador Parroquial de Nocedo, San Cibrao; el 22/07/1963 fue nombrado párroco de San Salvador de Parada de Limia hasta la fecha de su jubilación el 01/09/2005, al mismo tiempo se encargó de las parroquias de Morgade, Santo Tomé, Damil, San Salvador entre los años 1977 y 1999, durante los

años 1978 y 1985 fue administrador de la parroquia de San Pedro de Pena y desde 1986 hasta su jubilación administrador de la parroquia de San Xoán de Guntimil.

+ **Rvdo. Sr. D. Manuel Machado Prieto.** Fallecido el día 25 de julio de 2008 a los 70 años. Había nacido el 16 de marzo de 1938 en Puebla de Trives (Diócesis de Astorga). Fue ordenado presbítero el 21 de diciembre de 1964. Desempeñando los siguientes cargos y oficios en esta Diócesis: Párroco de Illa, San Lorenzo y Administrador parroquial de Olelas, Santa María del 01/08/1965 al 31/08/1967; Párroco de Santiago de Cerreda del 01/09/1967 al 30/09/1971. Desde el año 1971 residía en EE.UU. ejerciendo su sacerdocio entre los hispanos de la ciudad de Nueva York.

+ **Sor Jesusa Fuciños Mariño, Religiosa Misionera del Divino Maestro,** falleció el 18 de julio de 2008 a los 78 años de edad. Habían nacido el 20 de septiembre de 1920 en Santa María de Arzúa (A Coruña). Fue destinada desde muy joven a Venezuela y allí permaneció más de cuarenta años dedicada a la misión docente. Allí desempeñó su trabajo apostólico en diferentes colegios. Su último destino fue la casa que la Misioneras del Divino Maestro tienen en Ourense.

+ **P. Manuel Alonso Pardo, C.M.** Falleció el día 20 de julio de 2008, a los 73 años de edad. Había nacido en Oímbra (Orense), el día 23 de septiembre de 1934. Sus padres fueron Manuel y Sara. Estudió Humanidades en Murguía y entró en el Seminario Interno el 23 de septiembre de 1954, en Limpias (Cantabria). Hizo los estudios de Filosofía en Limpias y Hortaleza y la Teología en Salamanca y Londres. Emitió los votos temporales el día 27 de septiembre de 1956. Se ordenó de Diácono en Salamanca el día 4 de octubre de 1959 y ese mismo día emitió los votos perpetuos en la Congregación de la Misión. La ordenación sacerdotal tuvo lugar en Salamanca el día 8 de septiembre de 1961. Una vez ordenado pasó a Londres en donde estuvo dos cursos. En 1963 fue destinado a Murguía (Álava). En 1967 pasó a Villafranca del Bierzo (León). En 1969 llegó a Limpias (Cantabria). En 1974 fue destinado a Cádiz y allí permaneció 10 años. En 1984 pasó a Madrid, Infanta Mercedes, parroquia de San Enrique. En 1990 fue destinado a Orense y allí permaneció hasta su muerte. En casi todas las comunidades sirvió a la comunidad como ecónomo y en algunas como superior.

+ **Sor Justina Conde Fernández, RR. Sierva de María.** Falleció el día 8 de agosto de 2008, a los 78 años de edad. Había nacido en la parroquia de San Salvador de Solveira de Belmonte, Paderne de Allariz, Ourense, el día 27 de septiembre de 1919. Ingresó en el Instituto de las Siervas de María, Ministras de los Enfermos en 30 de mayo de 1948, profesando solemnemente el 11 de diciembre de 1950. Desde el 9 de octubre de 1962 se encontraba destinada en la Casa que las Siervas de María tienen en la ciudad de Ourense.

## VICARÍA GENERAL

### **Notas de la Secretaría de la Conferencia Episcopal Española sobre Matrimonios entre españoles y extranjeros, fundamentalmente Albaneses y Nigerianos**

*Prot. n° 114 108*

Madrid, 4 de abril de 2008

A los señores Obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española

Eminencia / Excelencia:

En el transcurso de la Asamblea Plenaria del mes de noviembre, se llamó la atención de los señores Obispos, por encargo del señor Nuncio y de la Nunciatura Apostólica en Nigeria, acerca del alarmante número de nigerianos que contraían matrimonio canónico en España, normalmente con españolas, presentando documentos que posiblemente fueran falsos.

En el transcurso del breve diálogo que tuvo lugar, algunos señores Obispos plantearon la oportunidad de que, en estos casos, se “amenazara” a los contrayentes con solicitar a la policía la constatación de la autenticidad de la documentación.

Con fecha 3 de marzo, S.E. Mons. D. John Onaiyekan, Arzobispo de Abuja, en Nigeria, ha escrito una carta al Emmo. señor Cardenal Rouco, en su condición de Arzobispo de Madrid, en la que insiste sobre el hecho de estos matrimonios y envía diversas comunicaciones de matrimonio de varias diócesis españolas, cuyas certificaciones de bautismo en la Iglesia católica son falsas: en efecto, muchos de ellos dicen que fueron bautizados en la iglesia católica de San Juan, de Abuja. Dicha parroquia no existe en la dirección que se menciona. Y, más aún, existe otra iglesia de San Juan, pero que no existía en el tiempo en que se dice que fueron administrados dichos bautismos. Esto hace -sospechar- que existe una red de falsificación y que muchos nigerianos recurren a este medio como la única forma de adquirir la residencia en España.

El señor Arzobispo de Abuja sugiere que se le envíen para su autenticación los certificados de bautismo que se presenten, antes de que sean admitidos como auténticos para contraer matrimonio.

Aprovecho la ocasión para saludarle cordialmente, su afmo. en el Señor,  
+ Juan Antonio Martínez Camino Obispo Auxiliar de Madrid Secretario General de la Conferencia Episcopal Española.

*Prot. n° 241 / 08*

Madrid, 22 de julio de 2008

A los señores Obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española

Eminencia / Excelencia:

Durante la reunión de Secretarios Generales de las Conferencias Episcopales de Europa, que tuvo lugar en Covadonga entre los días 26 y 30 de junio pasado, el Secretario de la Conferencia Episcopal de Albania, S.E. Mons. D. Cristoforo Palmieri, me informó de diversos casos que se habían detectado en Albania de matrimonios canónicos contraídos en España por albaneses basados en certificados de bautismo falsos. Según me dijo de palabra, algunos de ellos han sido contraídos incluso por musulmanes, como se deduce de sus nombres.

Con fecha 15 de julio, Mons. Palmieri me ha enviado una carta oficial sobre este mismo asunto, indicándome que no se deben aceptar como válidos los certificados de bautismo procedentes de Albania que puedan ser presentados a las parroquias, si no están legalizados con la firma de las respectivas curias episcopales. En el mismo sentido me ha escrito una carta S.E. Mons. George Frendo, O.P., Obispo Auxiliar de Tirana, quien me dice que a la Curia de dicha Archidiócesis han llegado diversas notificaciones de matrimonios contraídos por albaneses con jóvenes españolas. Ellos presentan certificados de haber sido bautizados en la Parroquia del Sagrado Corazón. Todas estas partidas son falsas. En dicha parroquia fue robado el sello parroquial hace un tiempo y parece que se está utilizando fraudulentamente. Además, los bautismos que se certifican se dicen administrados en una fecha en que el régimen comunista prohibía los bautismos, o se dice que están inscritos en un libro de bautismo que no existe en esa parroquia, etc.

Me permito transmitir a V.E. estas notificaciones, que se unen a las que ya le comuniqué de diócesis de Nigeria acerca de estos matrimonios contraídos por presuntos católicos que, lógicamente, son nulos. Le transmito también la petición de que los sacerdotes sean debidamente informados de estos hechos.

Reciba el saludo cordial de su afmo. en el Señor.

+ Juan Antonio Martínez Camino, Obispo Auxiliar de Madrid, Secretario General de la Conferencia Episcopal Española.

VICARÍA DE PASTORAL**DELEGACIÓN DE LITURGIA****EL DOMINGO, DÍA DEL SEÑOR Y SEÑOR DE LOS DÍAS.***(Redescubrir de su sentido y vivencia).*

El domingo nos remite siempre a Jesucristo resucitado. Es el día que hemos recibido por una tradición que viene de los Apóstoles (SC 106), en conexión con la primera evangelización. En ella lo central era: Cristo entregado a la muerte por nosotros, muerto en la Cruz, sepultado y resucitado *es el Señor* (Hech 2, 14-36; Fil 2, 11ss). “Señor” se dice “Kyrios” en griego, en latín “Dominus”. Una de las primeras confesiones de fe de los cristianos fue: *Jesús es el Señor*; es decir Jesús de Nazaret, el hombre tan conocido por los Apóstoles y discípulos, es el Dios adorado desde el AT y el Hijo de Dios “redescubierto” con la fe y la ayuda del Espíritu Santo, después de la resurrección.

Pero unido a la fe en el Señor, Dios y hombre resucitado, enseguida estuvo el “día del Señor” (“dominica”, Cf. *Apoc 1, 10; 1 Cor 16, 2; Hech 20, 7*), el domingo, como *día de la resurrección del Señor* (Cf. *Mt 28, 1; Mc 16, 2; Lc 24, 1. 13; Jn 20, 1.19*). San Juan nos describe la aparición de Jesús a los discípulos en el cenáculo, la misma tarde de la resurrección (Cf. *Jn 20, 19-23*). Los *Hechos de los apóstoles* y otros documentos del NT nos testimonian la aparición de Jesús a los apóstoles,

siguiendo el ritmo dominical (“a los ocho días”, cf *Jn 20, 26; Hech 20, 7*). Esto va creando en los discípulos la costumbre *de reunirse* (la asamblea, comunidad de hermanos) en un mismo lugar, para acoger a Jesús *resucitado* (en las apariciones) y después *hacer memoria* del mismo, mediante la asamblea y la celebración dominical (Cf. SC 6; S. Justino, *Apología 1, 65; 67* en CCE 1345).

1) *Referencia directa a la resurrección.*

Hasta aquí *tenemos claro* que el domingo hace referencia directa a la resurrección del Señor: triunfo, gozo, encuentro, confirmación de lo que Jesús había dicho a sus apóstoles, reconstrucción de la comunidad dispersa; todo vuelve a renovarse, la esperanza es cierta. Jesús se lo explicó claramente a los discípulos de Emaús (Cf. *Lc 24, 25-27*). Estaba escrito, se cumplió lo anunciado, resucitó de entre los muertos el Señor. Éste es nuestro mensaje al mundo, al reunirnos hoy, cada domingo: “Cristo ha resucitado, vive y nos está presente”. Es verdad su promesa: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt 28,20*).

¿Qué han hecho las primeras comunidades cristianas el domingo? Reunirse aunque ello supusiera la persecución y la muerte. La razón para comportarse así es que: “Nosotros no podemos vivir sin el domingo”. “El domingo no puede quedar sin celebrarse”. “Es nuestra ley”.... (Mártires de Abitinia; Cf. *Dies Domini* 46)). Por no conculcar esta ley, murieron.

Es una responsabilidad de cada uno y de todos los bautizados. Si faltas no está completa la comunidad; si faltas queda mermada la comunidad del Señor; faltas a Dios y a la comunidad de hermanos. El domingo con su centro en la Eucaristía, construye la comunidad, manifiesta la Iglesia al mundo; si no asistimos a la celebración del domingo no podemos considerarnos cristianos verdaderos. La celebración del domingo pertenece a la *identidad* del cristiano. Si no participas en la celebración dominical de la comunidad, no tienes en regla tu carne de identidad cristiana.

## 2) *El domingo, la pascua semanal.*

La Iglesia celebra cada ocho días *el misterio pascual*, en el día que es llamado con razón “día del Señor o domingo” (Cf. *SC 106*). La Iglesia tiene una pascua anual, la que celebramos en el plenilunio primero de primavera. Pero esa Pascua la celebra también, cada ocho días *en domingo*. Cada ocho días conmemoramos el *acontecimiento central* de la vida de Cristo y de

los cristianos: la pasión, muerte y resurrección de Jesús. De ahí ha brotado nuestra vida y de ese misterio hemos de vivir cada día y toda nuestra vida. Configurarse, seguir a ese Cristo que vive en los sacramentos y sobre todo en la Eucaristía, es santificarse, es ser de verdad discípulos suyos, es tener la garantía de la resurrección más allá de la muerte. Por eso, los cristianos celebramos nuestra fiesta (la Pascua) cada ocho días.

Desde Pentecostés (domingo), la Iglesia nunca ha dejado de *reunirse* en domingo para celebrar el *misterio pascual* (Cf. *SC 6*): leyendo cuanto a él (Cristo) se refiere en toda la Escritura (*Lc 24, 27*). Desde el principio, la Iglesia se reunió para *hacer memoria* de todas las palabras y hechos de Jesús, recogidos en el AT y posteriormente en los del NT. El domingo es un día para *leer* y proclamar, en la comunidad, la Palabra de Dios, que se refiere a Jesucristo, prefigurado en el AT y revelado en el NT. El domingo es el día para *escuchar* la Palabra de Dios y *abondar* en ella para conocer más a Jesús y hacer fiesta por su triunfo sobre la muerte. Destaquemos la importancia de los *lectores* y de aquellos ministros encargados de *hacer entrar en el misterio* de la Palabra de Dios. ¿Qué importancia se da a lo formación y vivencia espiritual de estos ministros en nuestras comunidades?

La Iglesia se ha esforzado, a partir del Vaticano II, en ofrecernos las

*lecturas* más importantes de la sagrada Escritura en la celebración del domingo. Lo hace en los tres ciclos del leccionario dominical. ¿Cómo atendemos a las lecturas? ¿Tratamos de entenderlas y descubrir su contenido espiritual? ¿Sabemos orar desde ellas? ¿Nos esforzamos por llevarlas en el corazón como luz y fuerza renovadora de nuestra vida? Son alimento de nuestra fe y vida cristiana. La Iglesia venera la Palabra de Dios como venera el Cuerpo de Cristo (Cf. DV 21). La Pascua semanal se apoya en la mesa de la Palabra y del Cuerpo de Cristo.

### 3) Domingo y Eucaristía.

Además, en domingo, la Iglesia siempre que dispone de *presbítero* celebra la *Eucaristía*, en la cual se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo de su muerte (de Cristo) y dando gracias al mismo tiempo a Dios por el don inefable (2 Cor 9, 15) en Cristo Jesús, para alabar su gloria (Ef 1, 12), por la fuerza del Espíritu Santo (Cf. SC 6). Cuando no hay un presbítero, la Iglesia desea mantener la reunión de la comunidad, animada por un ministro no ordenado y “a la espera del presbítero” (“Cf. *Dies Domini* 53). Al menos la comunidad se reúne, escucha la Palabra de Dios, da gracias y puede recibir la comunión eucarística, si está preparada.

La *cumbre* de la celebración del domingo es la Eucaristía: hace actual el sacrificio de la Cruz y la resurrección

del Señor, es acción de gracias al Padre por la salvación que nos ha dado en Jesucristo y en la donación del Espíritu Santo. El domingo llega a su plenitud sobre todo por la celebración de la Eucaristía, sacrificio de la Cruz, celebración de la resurrección del Señor, mesa y banquete de los cristianos, garantía de resurrección. El domingo, por la Eucaristía, reclama a los fieles que *recuerden* la pasión, la resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios que les dio una esperanza grande (1 Pe 1, 3). El domingo es *día memorial* de todo el acontecimiento-Cristo, de *acción de gracias* gozosa y *proclamación de esperanza* en la resurrección futura.

Desgraciadamente quienes no pueden participar en la Eucaristía dominical ya van aumentando. Los que tenemos la facilidad de participar en ella ¿Cómo la valoramos? ¿Consideramos la misa del domingo como una obligación pesada? Tendríamos que descubrirla como el *gran regalo* de Dios, cada ocho días. ¿Cuánto tenemos que cambiar para considerar la Eucaristía como un don magnífico de Dios! Estamos lejos de aquel “nosotros no podemos vivir sin el `dominicum”.

Los *padres* deben insistir en esto a los jóvenes y los niños. ¡No desertemos de la Eucaristía del domingo! La fiesta del fin de semana sin celebrar cristianamente el domingo, con su *cumbre* en la Eucaristía, es evasión, diversión (dispersión), evasión hueca, sin sentido. El domingo, sin Dios,

es algo sin sentido y a la larga deja aburrimiento, desazón, tristeza, vacío, tedio. Los *jóvenes* no deberían dejarse engañar por los “maestros de lo fácil”, si quieren tener peso, libertad e identidad propia.

#### 4) Domingo, día esponsal.

Cada ocho días (en el domingo) dejamos nuestro trabajo, *descansamos* para dedicarnos, de modo especial, a vivir más estrechamente nuestra *relación de amor* con Jesucristo, que dio la vida por nuestra redención y resucitó para nuestra justificación (santidad). Es un día para *contemplar* lo que Cristo, *Esposo* ha hecho por su *Esposa*. En la *Dies Domini*, Juan Pablo II se refiere varias veces a esta *dimensión esponsal* de Cristo con la Iglesia, del cristiano con el Maestro y el Señor (Cf. nn 37; 14; 11).

La Iglesia leyendo a los profetas (*Oseas, Jeremías, Isaías*), los libros sapienciales (*el Cantar de los Cantares y Salmos*) y recordando también el lenguaje y los gestos de Jesús, no ha encontrado una imagen mejor para *fundamenta* todas las demás tanto en el año litúrgico, como en el Calendario de la Iglesia. Cuando en la Iglesia no existía ninguna fiesta, existía el domingo. Aquí se podría decir, como en el libro del Génesis: “Al principio existía el domingo... o día del Señor”. El conjunto de los tiempos litúrgicos (Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, tiempo ordinario) se apoyan

expresar lo que Cristo ha hecho con los cristianos (el pueblo de Dios, la Iglesia), que la *imagen esponsal o del matrimonio*. Nos ha amado con la pasión, la entrega, la generosidad, el amor desinteresado del *mejor* de los esposos. Por eso, los cristianos *debemos corresponderle* (también en la vivencia del domingo) con el amor, la gratitud, la acción de gracias y la ternura de la mejor de las esposas. Nosotros hemos de corresponder al cariño de Dios, manifestado en Cristo, por nosotros. ¿Estamos dispuestos a reflexionar esto? ¿Nos anima el deseo de corresponder con el cariño sincero al amor de Jesucristo con nosotros? ¿Nos ayuda a conocer y a amar a Jesucristo, el saber que es el mejor de los padres y en Cristo se manifestó como el mejor de los esposos? El amor a Jesucristo *debe implicar* la mente, el corazón, la voluntad y la memoria. De lo contrario no es auténtico del todo.

#### 5) Domingo, fiesta primordial de los cristianos.

El domingo es la *fiesta primordial* de los cristianos. Es la *primera* y la que en los domingos y tienen su centro en ellos. Y las fiestas de los santos coronan el misterio de Cristo, celebrado en el domingo. Por eso, no deben anticiparse al domingo ni los entierros, ni las fiestas de los santos, ni otras solemnidades “a no ser que sean de veras de suma importancia” (SC 106). En el domingo se celebra lo central y nuclear del misterio de Cristo y eso *basta*. Toda

otra celebración distrae, oscurece y ensombrece lo que es fundamento y núcleo de todo el año litúrgico. Y esto lo haga quien lo haga y con “muchas razones”, pero sin la razón.

#### 6) *Vivir conforme al domingo.*

El domingo nos reclama a los cristianos *un modo o forma de vida*, derivada de la resurrección de Cristo. Fue san Ignacio de Antioquía quien nos lo recordó en confrontación con los judíos; hoy podríamos referirlo a nuestra sociedad paganizada y laicista. Según esto, se seguiría que:

1. *El domingo como “día del Señor”* nos lleva a la obra de la creación, al comienzo del mundo. Terminada ésta, Dios *descansó* (Cf. *Gén 2, 2*). Pero el descanso de Dios fue: *contemplación gozosa y complacida de todo lo que había hecho (Dies Domini 11)*: “Todo era muy bueno” (*Gén 1, 31*). Dios experimentó gran *satisfacción por la obra bien hecha*. El domingo recuerda también la “nueva creación” (Cf. *Col 1, 15.18*) en Cristo, por la resurrección (“Cf. *Dies Domini 24-25*): Cristo es la primicia de la nueva creación y nosotros somos hijos de Dios, hemos sido redimidos por su pasión y resurrección.

Vivir el *descanso dominical* implica para el cristiano *contemplar* la obra maravillosa de la creación y la más admirable de la “nueva creación” en Cristo resucitado (Cf. *Dies Domini 18*): *ser redimidos e hijos de Dios; relacionarse*

*amorosamente con Dios* mediante la alabanza y acción de gracias; *reconocer que todo depende* de Dios y que el domingo es el día que *santificamos* con el recuerdo de Dios y sus obras. Es un descanso *lleno del sentido de Dios* y de una *relación personal amorosa* con Él.

2. *Vivir el domingo como “día de Cristo”* nos orienta hacia la resurrección del Señor, que tuvo lugar el “primer día de la semana” o el día siguiente al sábado. Por eso, los cristianos se reunieron en domingo para celebrarlo en vez del sábado. En el domingo tuvieron lugar *las apariciones*, la memoria de Cristo y recuperación (una vez ascendido al cielo) de su presencia en medio de la comunidad.

De ello brota para los cristianos: *centrarse en la resurrección de Cristo*, fuente de nuestra resurrección; *alegrarnos* de la esperanza que nos ha dado con ella; *recordar* el Bautismo, sacramento que nos ha incorporado a la resurrección de Jesucristo; día en el que *brilló para nosotros la luz de Cristo* por el baño del agua y el Espíritu Santo. Es el día en que, por incorporarnos a la resurrección de Cristo, *nos abre a la realidad del cielo*, de la eternidad, de la fiesta eterna, del tiempo sin tiempo (“día octavo” Cf. *Dies Domini 26*). Día para vivir *nuestro nacimiento para Dios* y con *dimensión escatológica*: somos ciudadanos de la patria de los bienaventurados, necesitamos hacer memoria de ello cada domingo.

3. *El domingo como* “día de la Iglesia” nos orienta hacia la comunidad y a la Eucaristía. El domingo es el día por excelencia de la comunidad de redimidos; de la comunidad reunificada. La asamblea es el *primer signo* de la presencia del Señor. “Donde dos o más se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Jesucristo resucitado y siempre presente en la Iglesia, reúne a los fieles. Pero la Iglesia se hace, de modo privilegiado por la Eucaristía (*Ecclesia de Eucaristía* 1; 21-24), sacramento de comunión y de caridad. Y la Eucaristía es realizada plenamente por toda la comunidad de la Iglesia. Por ello, la Eucaristía es la culminación de toda celebración del domingo.

De ello se *deriva para los fieles*: la exigencia de una *conciencia clara* de lo que es y significa la Eucaristía. Todos somos *miembros activos*; *debemos formarnos* para la Eucaristía y en la Eucaristía; estamos llamados a *ofrecer con el sacerdote* (la víctima, Cristo) y *ofrecernos*; *participar activamente* en la mesa de la Palabra y del Cuerpo y la sangre de Cristo; debemos *guardar silencio* y *orar* con los hermanos. Y, de la misa, hemos de pasar a la *misión* (Cf. *Dies Domini* 34-45). El cristiano ha de esforzarse por vivir la misa en todas las circunstancias de la vida. ¿Qué importancia concedemos a la Eucaristía dominical? ¿Nos formamos para participarla mejor? ¿Nos esforzamos por vivirla lo mejor posible? ¿Nos preocupa llevar la misa a la vida entera? ¿Nos preocupa ser oferentes

“en espíritu y en verdad”, en todos los momentos de la vida?.

4. *El domingo es también el* “día del hombre”, pues el Señor se preocupa por el hombre. El descanso dominical y la interrupción del trabajo lleva consigo el poder *desarrollar las facultades y potencialidades espirituales* de la persona y del cristiano: el domingo es el día para cultivar la “*alegría plena*” de Cristo (*Dies Domini* 55) y la *fiesta* que brota de la resurrección y de la “nueva creación” del hombre.

Por eso, en domingo se prohibía el ayuno y todo signo de penitencia (orar de rodillas, etc.).

La alegría y la fiesta son necesarias en la vida humana, la fiesta es un sí a la vida, a la creación, a la gratuidad, superando lo utilitario y el afán desmedido de producir.

El domingo es el día del *descanso del cuerpo y la mente*, también del descanso del corazón (Cf. *Dies Domini* 63-68; 26; 18). Sólo la paz de Dios, la paz con los demás y con uno mismo nos proporcionan el descanso completo. Esa paz con el don del Espíritu Santo fue la que Jesús ofreció a los apóstoles, la tarde de resurrección junto con el don del Espíritu Santo (Cf. *Jn* 20, 19-23; Cf. *Dies Domini* 18)). El domingo con su descanso peculiar debe poner en el corazón del cristiano *la paz, don del Espíritu Santo*, que le convierta en *instrumento de paz*.

La Iglesia, en domingo, nos prohíbe aquellos trabajos y actividades que *impidan* dar culto a Dios, gozar de la alegría propia del Señor o gozar del debido descanso de la mente y del cuerpo (Cf. *CDC 1247*). No se trata sólo de no trabajar, sino de dejar el trabajo ordinario para cultivar las *facetas más espirituales* del hombre. Éstas se pueden realizar *vacando*: las artes, la contemplación, la oración, el solaz, la conversación en familia o entre los amigos, el paseo sosegado, etc. En este sentido, el domingo es también el día para las obras de misericordia (visitar a un pobre, a un enfermo, etc.), caridad (escuchar y acoger a alguien) y apostolado (leer la Biblia, un libro edificante, preocuparse de alguna persona que busca a Dios, dar catequesis, etc). El domingo es el día

de la solidaridad en todos los sentidos (Cf. *Dies Domini 69-73*).

### **Conclusión.**

¡Cuánta riqueza de fe y de vida cristiana se encierra en el domingo! ¡No podemos consentir que se pierda el sentido cristiano del mismo! En la diócesis estamos empeñados en recuperar el sentido cristiano del domingo y acrecentar las llamadas, sobre todo a los jóvenes, para que no deserten de las asambleas del Señor, en su día. Por eso, este tema debe impactarnos de forma especial. Nos jugamos mucho en la celebración del “día del Señor”.

Ramiro González Cougil.  
Delegado de Liturgia.





# IGLESIA EN ESPAÑA

---



---

## IGLESIA EN ESPAÑA

### *CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA*

#### NOMBRAMIENTO EPISCOPAL

#### **Mons. D. Joan Piris Frígola y el sacerdote D. Francesc Pardo Artigas han sido nombrados obispos de Lleida y Girona respectivamente**

El 15 de julio, la Santa Sede ha hecho público que el Papa, Benedicto XVI, ha nombrado Obispo de Lleida a Mons. D. Joan Piris Frígola, en la actualidad Obispo de Menorca. Ha aceptado también la renuncia de Mons. D. Carlos Soler Perdigó –Obispo de Girona- en conformidad con el canon 401, párrafo 1 del Código de Derecho Canónico y ha nombrado en su lugar al sacerdote D. Francesc Pardo Artigas, en la actualidad Vicario General de la diócesis de Terrassa.

El Obispado de Lleida se encontraba vacante después de que Benedicto XVI aceptase la renuncia de Mons. D. Francesc Javier Ciuraneta Aymí, a tenor del canon 401 párrafo 2 del Código de Derecho Canónico, el 8 de marzo de 2007.

Mons. Piris Frígola, obispo de Menorca desde el año 2001

Mons. D. Joan Piris Frígola nació el 28 de septiembre de 1939 en Cullera (Valencia). Fue ordenado sacerdote en Moncada el 21 de octubre de 1963. Desde 1964 a 1968 realizó los estudios de Licenciatura en Pedagogía en Roma y la Diplomatura en Catequética en el Pontificio Ateneo Salesiano de Roma. En 1971 obtuvo la Licenciatura en Pedagogía por la Universidad Civil de Valencia. En 1968 fue nombrado Vicario y de 1969 a 1974 párroco de San Fernando Rey de Valencia.

Fue miembro del Grupo Promotor en España del Movimiento por un Mundo Mejor, de 1974 a 1979, fecha en la que ejerció como Director del Secretariado Diocesano y luego Delegado Episcopal de Pastoral Familiar en Valencia hasta 1984. Este cargo lo compaginó con la dirección del Secretariado de la Subcomisión de Familia de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, en Madrid, de 1981 a 1984.

Ha sido párroco de diferentes parroquias de Valencia y Miembro del Consejo de Presbiterio de Valencia en 1984 y Párroco Consultor un año más tarde. Ha sido Vicario Episcopal de las demarcaciones de La Ribera, Valencia-Nordeste, Liria-Via Madrid y Valencia-Nordeste.

El 1 de marzo de 2001 fue elegido Obispo de Menorca y recibió la ordenación episcopal el 28 de abril de ese mismo año.

En la Conferencia Episcopal Española ha sido miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral en el trienio 2001-2004 y desde 2005 es miembro de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social.

### **El sacerdote D. Francesc Pardo Artigas, Vicario General de Terrassa**

D. Francesc Pardo Artigas nació en Torrellas de Foix (Sant Feliu de Llobregat) el 26 de junio de 1946. Obtuvo la Licenciatura en Teología por la Facultad de Teología de Cataluña y fue ordenado sacerdote en Vilafranca del Penedés el 31 de mayo de 1973.

En la Archidiócesis de Barcelona, de 1973 a 1980, fue Coadjutor en las parroquias de Santa María y de la Santísima Trinidad, en Vilafranca del Penedés. Fue también Arcipreste de esta misma localidad de 1979 a 1980 y párroco de Sant Sadurní de Anoia.

Desde 1982 y hasta 1986 fue Consiliario diocesano del Movimiento Familiar Rural y de los Jóvenes Rurales J. A. R. C. Además, desde 1985 a 1988 fue Miembro del Consejo Presbiteral y del Colegio de Consultores. En 1993 fue hecho público su nombramiento como párroco de Monistrol d' Anoia y en esas fechas (1993-1995) formó parte de la Comisión Diocesana para la Preparación del Concilio Provincial Tarraconense y miembro de una ponencia.

Entre 1993 y 2006 ejerció como Director del Centro de Estudios Pastorales de las diócesis de Cataluña. En 1997 fue nombrado párroco de Sant Esteve en Granollers. De 1999 a 2004 ejerció de Arcipreste de Granollers y de 2001 a 2004 Vicario Episcopal de Vallés Oriental.

En la diócesis de Terrassa es Vicario General de Pastoral y Delegado Episcopal para la Economía desde 2004 y Miembro del Consejo Pastoral Diocesano; del Consejo para los Asuntos Económico, del Colegio de Consultores y párroco de Sant Esteve en Granollers.

## Nota de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe publicada con la autorización de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española en su CCIX reunión

*Nota de clarificación sobre el libro de José Antonio Pagola, Jesús. Aproximación histórica (PPC, Madrid 2007, 544 pp.)*

### Presentación

1. En octubre de 2007 se publicó la primera edición de la obra del Rvdo. Sr. D. José Antonio Pagola, *Jesús. Aproximación histórica*, PPC, Madrid 2007, 544pp. En apenas seis meses conoció ocho ediciones, con decenas de miles de ejemplares vendidos. A su creciente difusión ha acompañado una reacción de preocupación entre muchos lectores, confundidos ante planteamientos y conclusiones no siempre compatibles con la imagen de Jesús que presentan los evangelios, y que ha sido custodiada y transmitida con fidelidad por la Iglesia desde la época apostólica hasta nuestros días. La confusión provocada por tales planteamientos hace necesaria la presente Nota de clarificación.

2. Con esta Nota no se pretende juzgar las intenciones subjetivas del Autor y menos aún su trayectoria sacerdotal. La revisión del libro que el Autor ha aceptado emprender no excluye la clarificación sobre las razones que la han hecho necesaria. De este modo respondemos a nuestra obligación de ayudar a los miles de lectores de la primera versión a hacerse un juicio de la misma conforme con la doctrina católica. Esta clarificación se

centrará en algunas cuestiones de tipo metodológico y doctrinal<sup>1</sup>.

3. Desde el punto de vista metodológico, tres son las deficiencias principales de la obra *Jesús. Aproximación histórica*: a) la ruptura que, de hecho, se establece entre la fe y la historia; b) la desconfianza respecto a la historicidad de los evangelios; y, c) la lectura de la historia de Jesús desde unos presupuestos que acaban tergiversándola. Las deficiencias doctrinales pueden resumirse en seis: a) presentación reduccionista de Jesús como un mero profeta; b) negación de su conciencia filial divina; c) negación del sentido redentor dado por Jesús a su muerte; d) oscurecimiento de la realidad del pecado y del sentido del perdón; e) negación de la intención de Jesús de fundar la Iglesia como comunidad jerárquica; y, f) confusión sobre el carácter histórico, real y trascendente de la resurrección de Jesús.

### 1. Cuestiones metodológicas

a) Ruptura entre fe e investigación histórica

4. Los escritos del Nuevo Testamento son, ciertamente, documentos de fe, pero «no [por ello] son menos

atendibles, en el conjunto de sus relatos, como testimonios históricos»<sup>2</sup>. Los autores sagrados no se han limitado a poner por escrito sus experiencias subjetivas en torno a Jesús, ni tampoco han recreado a la luz de la Pascua una figura diferente de la que aconteció en la historia. La verdad del relato evangélico se fundamenta tanto en la asistencia del Espíritu Santo (inspiración) como en el testimonio histórico directo: *Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos (1 Jn 1, 3)*. Por eso la Iglesia no ha dejado nunca de confiar en la historicidad de los relatos evangélicos: «La Santa Madre Iglesia firme y constantemente ha creído y cree que los cuatro referidos Evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilar, comunican fielmente lo que Jesús Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día que fue levantado al cielo»<sup>3</sup>. La historicidad del testimonio evangélico no queda alterada porque se haya realizado con «aquella crecida inteligencia»<sup>4</sup> nacida de la Pascua, pues los autores sagrados, aún dejando su propia impronta, «siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús»<sup>5</sup>.

#### 5. En la obra que nos ocupa:

- se asume acríticamente una ruptura entre la investigación histórica sobre Jesús y la fe en Él, entre el llamado “Jesús histórico” y el “Cristo de la fe”, dando la impresión de que la fe carece de un fundamento histórico sólido. Ahora bien, si la fe de la Iglesia no tiene

su fundamento en la historia, entonces el cristianismo deriva en ideología<sup>6</sup>;

- parece sugerirse que para reconstruir la figura histórica de Jesús haya que prescindir de la fe, bien porque la lectura creyente de la historia sea simplemente una más entre otras posibles, bien porque se piense que la fe conduce a una deformación de la historia<sup>7</sup>.

6. Sorprende también comprobar cómo en esta obra se citan con igual autoridad escritos canónicos y apócrifos (cf. p. ej. pp. 92-95). La consecuencia inevitable es la confusión sobre el valor histórico de las fuentes empleadas, así como la asunción acrítica del prejuicio liberal que considera la fe y su formulación (el dogma) como una adulteración del auténtico dato histórico. No podemos olvidar que la fijación del Canon tuvo como objetivo custodiar el testimonio auténtico sobre Jesús preservándolo de posteriores interpretaciones adulteradas. La fe apostólica no inventó la historia de Jesús, sino que la custodió, convirtiéndose en la garantía de su autenticidad. El criterio para discernir, custodiar y transmitir la autenticidad de lo atestiguado fue su conformidad con la predicación de los apóstoles. Por eso, quien prescinde de la fe apostólica se cierra a una auténtica aproximación histórica a Jesús.

b) Desconfianza en la historicidad de los Evangelios

7. También son frecuentes en el libro las referencias al carácter no

histórico de muchas de las escenas evangélicas (cf. p.ej. pp. 39, n.2; 206; 215, n. 12; 336-337; 349, n. 42; 363-364; 368; 377; 379; 429; 432) o a la dificultad para determinar si describen acontecimientos reales o invenciones de los evangelistas (cf. pp. 372-373). Se podría decir que, para el Autor, la desconfianza frente al dato de los evangelios es una condición para proceder con rigor en la investigación histórica. Esta desconfianza es consecuencia de la ruptura que se establece entre Jesús mismo (su vida y enseñanza) y el testimonio que sus seguidores dieron de Él (cf. p. 118, n.9).

c) Aproximación a la historia desde presupuestos ideológicos

8. La reconstrucción histórica realizada por el Autor alterna datos supuestamente históricos con recreaciones literarias inspiradas en la mentalidad actual<sup>8</sup>, adoptando, además, el análisis propio de la lucha de clases para describir el entorno familiar, social, económico, político y religioso. El objetivo de esta descripción es situar la actividad de Jesús y su predicación del Reino en un horizonte preferentemente terreno<sup>9</sup>. Así, al uso selectivo de los estudios utilizados en la redacción del libro le corresponde una utilización igualmente selectiva de las fuentes. Los relatos evangélicos son adaptaciones posteriores cuando desmienten la propia tesis; son históricos cuando concuerdan con ella.

## 2. Cuestiones doctrinales

9. El objetivo del libro *Jesús. Aproximación histórica* es aproximarse a la figura de Jesús desde el punto de vista histórico. El Autor desea responder a la pregunta «¿Quién fue Jesús?» (p. 5), para «saber quién está en el origen de mi fe cristiana» (p. 5).

a) ¿Quién es Jesús de Nazaret?

10. Para el Autor, el Jesús que realmente aconteció en la historia, es, ante todo, un profeta. Los capítulos 3º (“Buscador de Dios”) y 11º (“Creyente fiel”) son muy esclarecedores. Ciertamente, la obra comienza afirmando que «Jesús es la encarnación de Dios», el «hombre en el que Dios se ha encarnado» (p. 7). Esas afirmaciones aparecen también al exponer lo que los seguidores de Jesús, una vez resucitado, predicaban sobre Jesús. Pero conviene advertir que para el Autor todos estos modos de hablar de Jesús pertenecen a los discípulos, quienes, después de la Pascua, han buscado el nombre para Jesús acudiendo, unas veces, a la tradición judía, y, otras, a la terminología presente en el mundo pagano<sup>10</sup>.

b) La conciencia filial de Jesús de Nazaret

11. Tan importante como determinar la autenticidad histórica del testimonio es determinar si el Jesucristo de la profesión de fe, realizada bajo la acción del Espíritu Santo, es conforme a

la pretensión del Jesús que vivió en un determinado momento histórico. Si Jesús no se presentó a sí mismo como Dios y como Hijo de Dios, ni reclamó para sí la fe que reclamó para el Padre, la posterior confesión de fe de los apóstoles no fue más que una interpretación exagerada y, en cuanto tal, deformadora de su maestro, formulada a partir de una Pascua que ya no se sabe lo que es. La conciencia que Jesús tenía de sí y de su misión es inseparable de la verdad histórica contenida en la profesión de fe. Sin la verdad histórica, la profesión de fe se convierte en mito. Pues bien, el Autor escribe a este respecto: «En ningún momento [Jesús] manifiesta pretensión alguna de ser Dios... Tampoco se le condena por su pretensión de ser el “Mesías” esperado... al parecer, Jesús nunca se pronunció abiertamente sobre su persona» (p. 379). Esta afirmación contradice el dato histórico recogido en el testimonio evangélico, custodiado y transmitido por la Iglesia apostólica. Jesús, en efecto, es Dios, sabe que es Dios y habla continuamente de ello<sup>11</sup>.

12. Para el Autor, que Jesús sea Hijo de Dios es una afirmación «de carácter confesional» (p. 303) que no tiene su origen en el Jesús de la historia. La respuesta a la pregunta “¿Quién es Jesús?” «sólo puede ser personal» (p. 463). Presentado Jesús principalmente como un profeta, no extraña el silencio sobre su concepción virginal, la afirmación sobre los “hermanos” de Jesús en sentido propio y real (cf. p. 43, n.11), la negación

de su conciencia filial y mesiánica, la explicación meramente natural de los milagros (curaciones y exorcismos), o el vaciamiento de contenido salvífico del lenguaje sobre la muerte y la resurrección.

c) El valor redentor de la muerte de Jesús

13. El Autor afirma que el empeño fundamental de Jesús habría sido «despertar la fe en la cercanía de Dios luchando contra el sufrimiento» (p. 175). El rasgo principal de Dios mostrado por Jesús ha sido la compasión. Aunque se habla extensamente de este rasgo, en el libro la compasión no pasa de ser un sentimiento noble hacia los más desfavorecidos, pero no es, en sentido estricto, un padecer con ellos y por ellos, en favor y en lugar de ellos. Y es que, para el Autor, Jesús no dió ni a su vida ni a su muerte un sentido sacrificial y redentor (cf. pp. 350-351). Si Jesús no ha dado a su vida y a su muerte un sentido redentor, entonces también la compasión se vacía de su contenido originario<sup>12</sup>.

14. En esta misma línea, la última cena se presenta como una solemne cena de despedida, con gestos simbólicos, cuya finalidad es que sus seguidores le recuerden en el futuro. Con el pan y con el vino realizó unos gestos proféticos, «compartidos por todos», convirtiendo «aquella cena de despedida en una gran acción sacramental, la más importante de su vida, la que

mejor resume su servicio al reino de Dios... Quiere que sigan vinculados a él y que alimenten en él su esperanza. Que lo recuerden siempre entregado a su servicio» (p. 367). Las palabras *Haced esto en memoria mía* (1 Cor 11, 24; Lc 22, 21) «no pertenecen a la tradición más antigua. Probablemente provienen de la liturgia cristiana posterior, pero sin duda ése fue el deseo de Jesús» (p. 367, n. 85)<sup>13</sup>. La cena es para que sus seguidores recuerden siempre a Jesús. «Repitiendo aquella cena podrán alimentarse de su recuerdo y su presencia» (p. 367).

d) La redención como liberación del pecado

15. La concepción reduccionista de la obra redentora de Jesucristo se descubre también en el silencio sobre la realidad del pecado. La razón de este silencio está en la contraposición establecida entre Juan, el Bautista, y Jesús: la misión del primero «está pensada y organizada en función del pecado... Por el contrario, la preocupación primera de Jesús es el sufrimiento de los más desgraciados» (p. 174). Eso explica que para el Autor, Satán sea un símbolo del mal (p. 98), «la personificación de ese mundo hostil que trabaja contra Dios y contra el ser humano» (p. 98). Para el Autor, hablar de «Satán» es una forma mítica de simbolizar toda forma de mal<sup>14</sup>.

16. De ello se deduce también el modo en que el Autor entiende el per-

dón. «A estos pecadores que se sientan a su mesa, Jesús les ofrece el perdón envuelto en acogida amistosa. No hay ninguna declaración; no les absuelve de sus pecados; sencillamente los acoge como amigos» (p. 205). La conversión es irrelevante (porque «el perdón es gratuito») y las «declaraciones» de perdón de los pecados por parte de Jesús, no se consideran auténticas, porque en esas fórmulas «Dios aparece como un “juez”» (p. 206), y no es eso lo que Jesús revela con su “perdón-acogida”. Jesús habría practicado un “perdón-acogida”, pero no un “perdón-absolución”. Por más que se hable de acogida, al final el Autor se aproxima más a una “acogida impuesta”, que hace irrelevante la respuesta libre del hombre<sup>15</sup>.

e) Jesús y la Iglesia

17. Según el Autor, Jesús no tuvo intención de crear un grupo organizado y jerárquico, sino que quiso poner en marcha un movimiento de hombres y mujeres, salidos del pueblo y unidos a él, «para que ayuden a los demás a tomar conciencia de la cercanía salvadora de Dios» (p. 269). Jesús ve a todos sus seguidores como una familia (cf. p. 290). Nadie ejercerá en su grupo un poder dominante. Tampoco hay diferencias jerárquicas entre varones y mujeres (cf. pp. 291-292)<sup>16</sup>.

f) La resurrección de Jesús

18. Al presentar la resurrección de Jesús, el Autor, aunque afirma que es

un hecho histórico y real, interpreta esta historicidad en un sentido que no es conforme con la enseñanza de la Iglesia, pues la entiende como algo que acontece en el corazón de los discípulos<sup>17</sup>. Tampoco es conforme con la fe de la Iglesia su modo de entender la resurrección del cuerpo de Jesús y su explicación de la continuidad entre el cuerpo crucificado y muerto, y el resucitado (cf. p. 433). Aunque afirma que la resurrección es algo que le pasa a Jesús, se niega la referencia a su cuerpo real y se explica como la convicción de los discípulos de que “Dios le ha llenado de vida”, sin que se explique qué quiere decir con eso<sup>18</sup>.

### 3. Conclusión

19. Teniendo en cuenta cuanto se lleva dicho, se puede afirmar que el Autor parece sugerir indirectamente que algunas propuestas fundamentales de la doctrina católica carecen de fundamento histórico en Jesús. Este modo de proceder es dañino, pues acaba deslegitimando la enseñanza de la Iglesia al carecer –según el Autor– de enraizamiento real en Jesús y en la historia. En el libro no se quiere negar esa enseñanza pero, de hecho, se muestra infundada.

20. En el origen de las cuestiones señaladas se encuentran dos presupuestos que condicionan negativamente la obra: la ruptura entre la investigación histórica de Jesús y la fe en Él, y la interpretación de la Sagrada Escritura al

margen de la Tradición viva de la Iglesia. El Autor parece dar a entender que, para mostrar la historia se debe dejar de lado la fe, logrando como resultado una historia que es incompatible con la fe. El problema no está sólo en pensar que se debe prescindir de la fe para saber históricamente quién fue Jesús (éste es un prejuicio erróneo mantenido también por numerosos exegetas que se dicen católicos)<sup>19</sup>, sino sobre todo –dado que el libro quiere ser una “aproximación histórica”– en reconstruir una historia, a partir de un uso arbitrario de los evangelios, que resulta incompatible con la fe. Si el “Jesús histórico” que muestra el Autor es incompatible con el Jesús de la Iglesia, no es porque ésta haya inventado, con el pasar del tiempo, a un Jesús diferente del que aconteció, sino porque la “historia” que se propone es una historia falseada, aunque ésta, ciertamente, no sea su intención. El Autor se sirve en esta obra de investigaciones que mayoritariamente se encuentran fuera de la Tradición, tanto por sus presupuestos metodológicos (asumidos acríticamente), como por sus conclusiones. Los resultados a los que llega son la derivación lógica de su punto de partida<sup>20</sup>.

21. La rápida difusión de la obra *Jesús. Aproximación histórica* demuestra que, junto a los aspectos deficientes señalados, posee otros positivos que hacen agradable su lectura. En una presentación histórica sobre la figura de Jesús es deseable que se armonice el rigor científico con el lenguaje sencillo

y divulgativo. Sin embargo, cuando la apariencia de rigor oculta deficiencias metodológicas y doctrinales, la fluidez literaria causa confusión y siembra dudas. El fin de esta *Nota* no es otro que despejar la confusión y las dudas, y reiterar con el autor de la Carta a los

Hebreos: *Ayer como hoy, Jesucristo es el mismo y lo será siempre. No os dejéis seducir por doctrinas varias y extrañas. Mejor es fortalecer el corazón con la gracia que con alimentos que nada aprovecharon a los que siguieron ese camino (Hb 13, 8-9).*

Madrid, 18 de junio de 2008.

## NOTAS

- 1 En el documento *Cristo presente en la Iglesia*, de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe [= CEDF] (20.2.1992), ya se señalaron muchas de las deficiencias que se encuentran en el libro del Rvdo. J.A. Pagola, *Jesús. Aproximación histórica*. El efecto secularizador de estas deficiencias ha sido recordado por los obispos españoles en la Instrucción Pastoral *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II* (30.3.2006), 22-35.
- 2 CEDF, *Cristo presente en la Iglesia* (20.2.1992), 5.
- 3 Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Dei Verbum* [= DV], 19.
- 4 DV 19.
- 5 DV 19.
- 6 «Es contrario a la fe cristiana introducir cualquier separación entre el Verbo y Jesucristo. San Juan afirma claramente que el Verbo, que «estaba en el principio con Dios», es el mismo que «se hizo carne» (Jn 1, 2.14). Jesús es el Verbo encarnado, una sola persona e inseparable: no se puede separar a Jesús de Cristo, ni hablar de un «Jesús de la historia», que sería distinto del «Cristo de la fe». La Iglesia conoce y confiesa a Jesús como «el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16). Cristo no es sino Jesús de Nazaret, y éste es el Verbo de Dios hecho hombre para la salvación de todos»: Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptoris missio* (7.12.1990), 6.
- 7 Importa recordar lo afirmado por la Congregación para la Doctrina de la Fe a propósito de algunos escritos de E. Schillebeeckx: «el teólogo, cuando se dedica a una investigación exegética o histórica, no puede pretender sinceramente que haya que abandonar las afirmaciones de fe de la Iglesia Católica»: *Carta al P. E. Schillebeeckx* (20.11.1980), Nota Anexa I, A, 1 (ed. E. Vadillo, 43, 24 [= Congregación para la Doctrina de la Fe, *Documentos 1966-2007*, ed. E. Vadillo Romero, BAC, Madrid 2008, 227]).
- 8 Así, por ejemplo, al describir el entorno familiar en el que Jesús niño creció, el Autor habla de la consideración que merecían los niños en la época y de la educación común que recibían: «A los ocho años, los niños varones eran introducidos sin apenas preparación en el mundo autoritario de los hombres, donde se les enseñaba a afirmar su masculinidad cultivando el valor, la agresión sexual y la sagacidad» (p. 45). El Autor viene a decir que en tiempos de Jesús a los niños se les educaba para ejercer “la agresión sexual”, pero no indica las fuentes que le llevan a tal consideración.

- 9 La sociedad de la época de Jesús es descrita con expresiones como las siguientes: desigualdad «entre la gran mayoría de población campesina y la pequeña élite que vivía en las ciudades» (p. 23), fuerte presión de los impuestos, la obligación de los campesinos hacia la élite (cf. p. 24), tributos para costear «los elevados gastos del funcionamiento del templo y para mantener la aristocracia sacerdotal de Jerusalén» (p. 25), tribunales que «pocas veces apoyaban a los campesinos» (p. 29), etc. Sobre ese panorama la predicación del Reino aparece, desde una perspectiva horizontal, como liberación de la opresión social: «la actividad de Jesús en medio de las aldeas de Galilea y su mensaje del “reino de Dios” representaban una fuerte crítica a aquel estado de cosas» (p. 30); el comienzo de la actividad pública de Jesús se justifica por el deseo que tiene de anunciar a las pobres gentes que «Dios viene ya a liberar a su pueblo de tanto sufrimiento y opresión» (p. 83); «aldeas enteras que viven bajo la opresión de las élites urbanas, sufriendo el desprecio y la humillación» (p. 103); el reino de Dios consiste «en la instauración de una sociedad liberada de toda aflicción» (p. 175); «lujosos edificios en las ciudades, miseria en las aldeas; riqueza y ostentación en las élites urbanas, deudas y hambre entre las gentes del campo; enriquecimiento progresivo de los grandes terratenientes, pérdida de tierras de los campesinos pobres» (p. 181). Importa advertir que el Autor, al hablar de sufrimiento y opresión, no se refiere al pecado ni al dominio del Maligno (se indicará después qué entiende el Autor por Satán [símbolo del mal: cf. p. 98], o qué son los exorcismos y el perdón de los pecados), sino a la injusticia y al poder opresor de los poderosos de este mundo, como por ejemplo, el rey Herodes, cuyo reino está «construido sobre la fuerza y la opresión de los más débiles» (p. 179). Todo el capítulo séptimo (“Defensor de los últimos”) recoge claramente esta tendencia.
- 10 «Pronto circularán por las comunidades cristianas diversos títulos y nombres tomados del mundo cultural judío o de ámbitos más helenizados»: p. 450.
- 11 Aun sin ser magisterial, el documento de la Comisión Teológica Internacional, *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión* (1985), formula de manera precisa la enseñanza de la Iglesia, tal como aparece en los Evangelios: «La vida de Jesús testimonia la conciencia de su relación filial al Padre. Su comportamiento y sus palabras, que son las del “servidor” perfecto, implican una autoridad que supera la de los antiguos profetas y que corresponde sólo a Dios. Jesús tomaba esta autoridad incomparable de su relación singular a Dios, a quien él llama “mi Padre”. Tenía conciencia de ser el Hijo único de Dios y, en este sentido, de ser, él mismo, Dios»: Comisión Teológica Internacional, *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión* (1985), Proposición 1ª (ed. C. Pozo, BAC, 587, 382).
- 12 También sobre este punto, el documento de la Comisión Teológica Internacional, *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión* (1985), formula bien la enseñanza de la Iglesia: «Jesús conocía el fin de su misión: anunciar el Reino de Dios y hacerlo presente en su persona, sus actos y sus palabras, para que el mundo sea reconciliado con Dios y renovado. Ha aceptado libremente la voluntad del Padre: dar su vida para la salvación de todos los hombres; se sabía enviado por el Padre para servir y para dar su vida “por la muchedumbre” (Mc 14, 24)»: Comisión Teológica Internacional, *La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión* (1985), Proposición 2ª (ed. C. Pozo, BAC, 587, 384).
- 13 La conocida tesis de H. Lietzmann (*Messe und Herrenmahl*, 1926), según la cual la institución de la Eucaristía no puede atribuirse históricamente a Jesús, ha conocido posteriores formulaciones dentro de los seguidores de una reduccionista exégesis histórico crítica. Sobre estos planteamientos equivocados, cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Notificación sobre algunas publicaciones del Prof. Dr. Reinhard Messner* (30.11.2000), Intr. (ed. E. Vadillo, 92, 5-7).

- 14 Contrariamente a lo que afirma el Autor, la Iglesia enseña que Satán es un ser real de naturaleza angélica y no una mitificación del mal: «Satán o el diablo y los otros demonios son ángeles caídos por haber rechazado libremente servir a Dios y a su designio. Su opción contra Dios es definitiva. Intentan asociar al hombre en su rebelión contra Dios» (CCE 414).
- 15 Tal presentación, además de no encontrar justificación en los textos evangélicos, se opone a la enseñanza de la Iglesia sobre la justificación del hombre y el perdón de los pecados, que requiere la respuesta personal: cf. CCE 1489-1490.
- 16 Contrariamente a lo expuesto por el Autor, la Iglesia enseña que «el Señor Jesús dotó a su comunidad de una estructura que permanecerá hasta la plena consumación del Reino» (CCE 765) y que «en la vocación y en la misión de los doce Apóstoles, según la fe de la Iglesia, Cristo fundó al mismo tiempo el ministerio de la sucesión apostólica»: Congregación para la Doctrina de la Fe, *Notificación sobre algunas publicaciones del Prof. Dr. Reinhard Messner* (30.11.2000), 13 [ed. E. Vadillo, 92, 22].
- 17 La Iglesia, sin embargo, enseña que la resurrección de Jesucristo es un acontecimiento histórico y trascendente: «La fe en la Resurrección tiene por objeto un acontecimiento a la vez históricamente atestiguado por los discípulos que se encontraron realmente con el Resucitado, y misteriosamente trascendente en cuanto entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios» (CCE 656).
- 18 El juicio de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre el modo de explicar el P. Roger Haight la resurrección de Jesucristo bien puede aplicarse a la exposición de J.A. Pagola: «La interpretación del Autor lleva a una posición incompatible con la doctrina de la Iglesia. Está elaborada sobre presupuestos equivocados y no sobre los testimonios del Nuevo Testamento, según el cual las apariciones del Resucitado y el sepulcro vacío son el fundamento de la fe de los discípulos en la resurrección de Cristo y no viceversa»: cf. *Notificación sobre la obra «Jesus symbol of God» del P. Roger Haight, s.j.* (13.12.2004), V [ed. Vadillo, 104, 24].
- 19 Cf. *Carta al P. E. Schillebeeckx* (20.11.1980), Nota Anexa I, A, 1 (ed. E. Vadillo, 43, 24).
- 20 A la obra de J.A. Pagola cuadran bien las palabras de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre algunas publicaciones del Prof. Dr. Reinhard Messner: «Las hipótesis sobre el origen de los textos paralizan la palabra bíblica como tal. Viceversa, resulta evidente que la Tradición, en su sentido definido por la Iglesia, no significa manipulación de la Escritura por medio de enseñanzas y de costumbres sucesivas; al contrario, representa la garantía para que la palabra de la Escritura pueda conservar su pretensión»: Congregación para la Doctrina de la Fe, *Notificación sobre algunas publicaciones del Prof. Dr. Reinhard Messner* (30.11.2000), 13 [ed. E. Vadillo, 92, 6].





# IGLESIA UNIVERSAL

---



**IGLESIA UNIVERSAL****SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****ÁNGELUS**

*Domingo, 22 de junio de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

En el evangelio de este domingo encontramos dos invitaciones de Jesús: por una parte, “no temáis a los hombres”, y por otra “temed” a Dios (cf. *Mt* 10, 26. 28). Así, nos sentimos estimulados a reflexionar sobre la diferencia que existe entre los miedos humanos y el temor de Dios. El miedo es una dimensión natural de la vida. Desde la infancia se experimentan formas de miedo que luego se revelan imaginarias y desaparecen; sucesivamente emergen otras, que tienen fundamentos precisos en la realidad: éstas se deben afrontar y superar con esfuerzo humano y con confianza en Dios. Pero también hay, sobre todo hoy, una forma de miedo más profunda, de tipo existencial, que a veces se transforma en angustia: nace de un sentido de vacío, asociado a cierta cultura impregnada de un nihilismo teórico y práctico generalizado.

Ante el amplio y diversificado panorama de los miedos humanos, la palabra de Dios es clara: quien “teme” a Dios “no tiene miedo”. El temor de Dios, que las Escrituras definen como “el principio de la verdadera sabiduría”,

coincide con la fe en él, con el respeto sagrado a su autoridad sobre la vida y sobre el mundo. No tener “temor de Dios” equivale a ponerse en su lugar, a sentirse señores del bien y del mal, de la vida y de la muerte. En cambio, quien teme a Dios siente en sí la seguridad que tiene el niño en los brazos de su madre (cf. *Sal* 131, 2): quien teme a Dios permanece tranquilo incluso en medio de las tempestades, porque Dios, como nos lo reveló Jesús, es Padre lleno de misericordia y bondad.

Quien lo ama no tiene miedo: “No hay temor en el amor -escribe el apóstol san Juan-; sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira al castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor” (*1 Jn* 4, 18). Por consiguiente, el creyente no se asusta ante nada, porque sabe que está en las manos de Dios, sabe que el mal y lo irracional no tienen la última palabra, sino que el único Señor del mundo y de la vida es Cristo, el Verbo de Dios encarnado, que nos amó hasta sacrificarse a sí mismo, muriendo en la cruz por nuestra salvación.

Cuanto más crecemos en esta intimidad con Dios, impregnada de

amor, tanto más fácilmente vencemos cualquier forma de miedo. En el pasaje evangélico de hoy, Jesús repite muchas veces la exhortación a no tener miedo. Nos tranquiliza, como hizo con los Apóstoles, como hizo con san Pablo cuando se le apareció en una visión durante la noche, en un momento particularmente difícil de su predicación: “No tengas miedo -le dijo-, porque yo estoy contigo” (*Hch* 18, 9-10). El Apóstol de los gentiles, de quien nos disponemos a celebrar el bimilenario de su nacimiento con un especial Año jubilar, fortalecido por la presencia de Cristo y consolado por su amor, no tuvo miedo ni siquiera al martirio.

Que este gran acontecimiento espiritual y pastoral suscite también en nosotros una renovada confianza en Jesucristo, que nos llama a anunciar y testimoniar su Evangelio, sin tener miedo a nada. Por tanto, queridos hermanos y hermanas, os invito a prepararos para celebrar con fe el Año paulino que, Dios mediante, inauguraré solemnemente el sábado próximo, a las 18.00 horas, en la basílica de San Pablo extramuros, con la liturgia de las primeras Vísperas de la solemnidad de San Pedro y San Pablo. Encomendemos desde ahora esta gran iniciativa eclesial a la intercesión de san Pablo y de María santísima, Reina de los Apóstoles y Madre de Cristo, fuente de nuestra alegría y de nuestra paz.

### *Fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Domingo, 29 de junio de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Este año, la fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo cae en domingo, de modo que toda la Iglesia, y no sólo la de Roma, la celebra de forma solemne. Esta coincidencia es propicia también para dar mayor relieve a un acontecimiento extraordinario: el Año paulino, que inauguré oficialmente ayer por la tarde junto a la tumba del Apóstol de los gentiles, y que durará hasta el 29 de junio de 2009. En efecto, los historiadores sitúan el nacimiento de Saulo, que luego se convirtió en Pablo, entre los años 7 y 10 después de Cristo. Por eso, al cumplirse alrededor de dos mil años, he querido convocar este jubileo especial, que naturalmente tendrá como centro Roma, en particular la basílica de San Pablo extramuros y el lugar de su martirio, en Tre Fontane. Pero implicará a toda la Iglesia, a partir de Tarso, ciudad natal de san Pablo, y de los demás lugares paulinos meta de peregrinaciones en la actual Turquía, así como en Tierra Santa y en la isla de Malta, adonde llegó el Apóstol tras un naufragio y sembró la semilla fecunda del Evangelio.

En realidad, el horizonte del Año paulino no puede por menos de ser universal, porque san Pablo fue por excelencia el apóstol de aquéllos que con respecto a los judíos estaban “lejos”, y

que “gracias a la sangre de Cristo” llegaron a estar “cerca” (cf. *Ef*2, 13). Por eso, también hoy, en un mundo que se ha vuelto más “pequeño”, pero donde muchísimos aún no han encontrado al Señor Jesús, el jubileo de san Pablo invita a todos los cristianos a ser misioneros del Evangelio.

Esta dimensión misionera necesita ir siempre acompañada por la de la unidad, representada por san Pedro, la “roca” sobre la que Jesucristo edificó su Iglesia. Como subraya la liturgia, los carismas de estos dos grandes Apóstoles son complementarios para la edificación del único pueblo de Dios, y los cristianos no pueden dar un testimonio válido de Cristo si no están unidos entre sí. Hoy, el tradicional rito del palio, que durante la santa misa impuse a los arzobispos metropolitanos nombrados durante el último año, pone de relieve el tema de la unidad. Hoy lo han recibido 40, y otros dos lo recibirán en sus sedes. También a ellos va nuevamente mi saludo cordial. Además, en esta solemnidad es motivo de especial alegría para el Obispo de Roma acoger al Patriarca ecuménico de Constantinopla, en la querida persona de Su Santidad Bartolomé I, al que renuevo mi saludo fraterno, extendiéndolo a toda la delegación de la Iglesia ortodoxa que lo acompaña.

Año paulino, evangelización, comunión en la Iglesia y plena unidad de todos los cristianos: oremos ahora por estas grandes intenciones, encomen-

dándolas a la intercesión celestial de María santísima, Madre de la Iglesia y Reina de los Apóstoles.

*Castelgandolfo. Domingo, 6 de julio de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ante todo, dirijo un saludo afectuoso y agradecido a las autoridades y a toda la comunidad civil y eclesial de Castelgandolfo, que me dispensan siempre durante mi estancia una cordial y solícita acogida. Mi pensamiento va ya a Australia, adonde, si Dios quiere, iré el sábado próximo, 12 de julio. En efecto, en Sydney, en el sudeste de ese país, tendrá lugar la XXIII Jornada mundial de la juventud.

En los meses pasados, la “Cruz de los jóvenes” ha atravesado toda Oceanía, y en Sydney una vez más será testigo silenciosa del pacto de alianza entre el Señor Jesucristo y las nuevas generaciones. El 15 de julio, está prevista la fiesta de acogida de los jóvenes; el sábado 19 tendrá lugar la gran vigilia; y el domingo 20, la celebración eucarística, momento culminante y conclusión del acontecimiento. La Conferencia episcopal australiana lo ha preparado todo con gran esmero, sostenida eficazmente por la colaboración de las autoridades civiles. Los primeros grupos de muchachos y muchachas ya están partiendo de los demás continentes con destino a

Australia. Invito a toda la Iglesia a sentirse partícipe en esta nueva etapa de la gran peregrinación de los jóvenes a través del mundo, iniciada en 1985 por el siervo de Dios Juan Pablo II.

La próxima Jornada mundial de la juventud se anuncia como un renovado Pentecostés. En efecto, ya desde hace un año las comunidades cristianas se preparan siguiendo el camino que indiqué en el Mensaje sobre el tema: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos” (*Hch* 1, 8). Es la promesa que Jesús hizo a sus discípulos después de la resurrección, y sigue siendo válida y actual en la Iglesia: el Espíritu Santo, esperado y acogido en la oración, infunde en los creyentes la capacidad de ser testigos de Jesús y de su Evangelio. Soplando sobre la vela de la Iglesia, el Espíritu divino la impulsa continuamente a “remar mar adentro”, de generación en generación, para llevar a todos la buena nueva del amor de Dios, revelado plenamente en Cristo Jesús, muerto y resucitado por nosotros.

Estoy seguro de que desde todas las partes de la tierra los católicos se unirán a mí y a los jóvenes reunidos, como en un Cenáculo, en Sydney invocando intensamente al Espíritu Santo, para que inunde los corazones de luz interior, de amor a Dios y a los hermanos, y de valiente iniciativa para introducir el mensaje eterno de Jesús en la diversidad de lenguas y culturas.

Junto con la cruz, el icono de la Virgen María acompaña las Jornadas mundiales de la juventud. A su protección maternal encomendamos este viaje a Australia y el encuentro de los jóvenes en Sydney. Asimismo, en este primer domingo de julio deseo invocar la intercesión de María para que el período de verano brinde a todos la ocasión de un tiempo de descanso y de fortalecimiento físico y espiritual.

### Después del Ángelus

Mañana, 7 de julio, los jefes de Estado y de Gobierno de los países miembros del G8, junto con otros líderes del mundo, se reunirán en Japón con ocasión de su cumbre anual. Durante estos días se han elevado numerosas voces -entre ellas las de los presidentes de las Conferencias episcopales de las naciones citadas- para pedir que se cumplan los compromisos asumidos en los precedentes encuentros del G8 y se tomen con valentía todas las medidas necesarias para vencer los azotes de la miseria, el hambre, las enfermedades y el analfabetismo, que afligen aún a gran parte de la humanidad. Yo también me uno a este apremiante llamamiento a la solidaridad. Por tanto, me dirijo a los participantes en el encuentro de Hokkaido-Toyako, para que pongan en el centro de sus deliberaciones las necesidades de las poblaciones más débiles y más pobres, cuya vulnerabilidad hoy ha aumentado a causa de las especulaciones y de las turbulencias financieras, y de sus efectos perversos

sobre los precios de los alimentos y de la energía. Deseo que la generosidad y la clarividencia ayuden a tomar decisiones que permitan relanzar un proceso equitativo de desarrollo integral, para salvaguardar la dignidad humana.

*Castelgandolfo. Domingo, 27 de julio de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

El lunes pasado, volví de Sydney, Australia, sede de la XXIII Jornada mundial de la juventud. Tengo todavía ante los ojos y en el corazón esta extraordinaria experiencia, durante la cual pude encontrarme con el rostro joven de la Iglesia: era como un mosaico multicolor, formado por muchachos y muchachas provenientes de todas las partes del mundo, reunidos por la única fe en Jesucristo. “*Young pilgrims of the world*”, “jóvenes peregrinos del mundo”, así los llamaba la gente con una hermosa expresión que capta lo esencial de estas Jornadas internacionales iniciadas por Juan Pablo II. En efecto, estos encuentros constituyen las etapas de una gran peregrinación a través del planeta, para manifestar cómo la fe en Cristo nos hace a todos hijos del único Padre que está en los cielos y constructores de la civilización del amor.

Una característica propia del encuentro de Sydney fue la toma de con-

ciencia de la centralidad del Espíritu Santo, protagonista de la vida de la Iglesia y del cristiano. El largo camino de preparación en las Iglesias particulares tuvo como tema la promesa hecha por Cristo resucitado a los Apóstoles: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos” (*Hch* 1, 8). Durante los días 16, 17 y 18 de julio, en las iglesias de Sydney, los numerosos obispos presentes ejercieron su ministerio, impartiendo catequesis en varios idiomas: estas catequesis son momentos de reflexión y recogimiento indispensables para que el acontecimiento no sea sólo una manifestación externa, sino que deje una huella profunda en las conciencias. La vigilia nocturna, en el corazón de la ciudad, bajo la Cruz del Sur, fue una invocación coral al Espíritu Santo; y, por último, durante la gran celebración eucarística del domingo pasado, administré el sacramento de la Confirmación a 24 jóvenes de varios continentes, entre ellos 14 australianos, invitando a todos los presentes a renovar las promesas bautismales.

Así, esta Jornada mundial de la juventud se transformó en un nuevo Pentecostés, que impulsó la misión de los jóvenes, llamados a ser apóstoles de sus coetáneos, como tantos santos y beatos y, en particular, el beato Piergiorgio Frassati, cuyas reliquias, colocadas en la catedral de Sydney, fueron veneradas por una peregrinación ininterrumpida de jóvenes. A cada muchacho y a cada muchacha se les invitó a

seguir su ejemplo, a compartir la experiencia personal de Jesús, que cambia la vida de sus “amigos” con la fuerza del Espíritu Santo, el Espíritu del amor de Dios.

Hoy quiero agradecer de nuevo a los obispos de Australia, en particular al cardenal Pell, arzobispo de Sydney, el gran trabajo de preparación y la cordial acogida que me dispensaron a mí y a todos los demás peregrinos. Expreso mi gratitud a las autoridades civiles australianas por su valiosa colaboración. Mi agradecimiento se dirige, en especial, a todos los que, en todas las partes del mundo, han rezado por este acontecimiento, asegurando su éxito. Que la Virgen María recompense a cada uno con las gracias más hermosas.

A María le encomiendo también el tiempo de descanso que pasaré a partir de mañana en Bressanone, entre las montañas de Alto Adige. Permanezcamos unidos en la oración.

*Bressanone. Domingo, 3 de agosto de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Os doy una cordial bienvenida a todos. Quiero dirigir unas palabras de agradecimiento en primer lugar a usted, querido obispo Egger, que ha hecho posible esta fiesta de fe. Gracias a usted he podido volver una vez más a mi pa-

sado, proyectando al mismo tiempo mi futuro. Una vez más puedo pasar mis vacaciones en la hermosa Bressanone, esta tierra donde el arte, la cultura y la bondad de la gente están muy unidas. Le doy gracias por todo esto. Naturalmente, doy las gracias a todos los que, juntamente con usted, han contribuido a hacer que yo pueda pasar aquí días de paz y serenidad. Doy las gracias a todos los que han organizado esta fiesta. Agradezco de corazón a las autoridades de la ciudad, de la región y del Estado lo que han hecho para organizarla; a los voluntarios que han prestado su ayuda; a los médicos; a las numerosas personas que han colaborado, y en particular a las fuerzas del orden. A todos doy las gracias por su colaboración. Seguramente he olvidado a algunas personas. Que el Señor os recompense a todos. A todos os encomiendo en mi oración, que es el único modo que tengo para agradecerlos. Doy las gracias sobre todo a Dios, que nos ha dado esta tierra y que nos ha regalado también este domingo inundado de sol. Así hemos llegado a la liturgia del día. La primera lectura nos recuerda que las cosas más grandes de nuestra vida no pueden ser adquiridas ni pagadas, porque las cosas más importantes y elementales de nuestra vida sólo pueden ser un regalo: el sol y su luz, el aire que respiramos, el agua, la belleza de la tierra, el amor, la amistad, la vida misma. Todos estos bienes esenciales y centrales no podemos comprarlos, sino que los recibimos como regalo. La segunda lectura añade que eso significa que también hay cosas

que nadie nos puede quitar, que ninguna dictadura, ninguna fuerza destructora nos puede robar. Nadie nos puede quitar el ser amados por Dios, que en Cristo nos conoce y ama a cada uno; y, mientras tengamos esto, no somos pobres, sino ricos. El evangelio añade un tercer paso. Si de Dios recibimos dones tan grandes, también nosotros debemos dar: en ámbito espiritual debemos dar bondad, amistad y amor. Pero también debemos dar en el ámbito material. El evangelio habla de compartir el pan. Estas dos cosas deben penetrar hoy en nuestra alma. Debemos dar, porque también nosotros hemos recibido. Debemos transmitir a los demás el don de la bondad, del amor y de la amistad. A la vez, a todos los que necesitan de nosotros y a los que podemos ayudar, debemos darles también dones materiales, haciendo así que la tierra sea más humana, es decir, más cercana a Dios.

Ahora, queridos amigos, os invito a recordar con afecto filial, juntamente conmigo, al siervo de Dios Papa, Pablo VI, de cuya muerte dentro de tres días conmemoraremos el trigésimo aniversario. En efecto, la tarde del 6 de agosto de 1978 entregó su alma a Dios. Era la tarde de la fiesta de la Transfiguración de Jesús, misterio de luz divina que siempre ejerció una gran fascinación sobre su espíritu. Como Pastor supremo de la Iglesia, Pablo VI guió al pueblo de Dios a la contemplación del rostro de Cristo, Redentor del hombre y Señor de la historia. Precisamente la amorosa orientación de la mente y

del corazón hacia Cristo fue uno de los ejes del concilio Vaticano II, una actitud fundamental que mi venerado predecesor, Juan Pablo II, heredó e impulsó con el gran jubileo del año 2000. En el centro de todo está siempre Cristo: en el centro de las Escrituras y de la Tradición; en el corazón de la Iglesia, del mundo y de todo el universo. La divina Providencia llamó a Giovanni Battista Montini de la cátedra de Milán a la de Roma en el momento más delicado del Concilio, cuando la intuición del beato Juan XXIII corría el peligro de no tomar forma. ¡Cómo no dar gracias al Señor por su fecunda y valiente actividad pastoral! A medida que nuestra mirada retrospectiva se hace más amplia y consciente, resulta cada vez más grande, me atrevería a decir más sobrehumano, el mérito de Pablo VI al presidir la asamblea conciliar, al llevarla felizmente a término y al gobernar la agitada fase del posconcilio. En realidad, podríamos decir, con el apóstol san Pablo, que la gracia de Dios en él “no fue vana” (cf. 1 Co 15, 10). Hizo fructificar sus notables dotes de inteligencia y su amor apasionado a la Iglesia y al hombre. A la vez que damos gracias a Dios por el don de este gran Papa, nos comprometemos a sacar provecho del tesoro de sus enseñanzas.

En el último período del Concilio, Pablo VI quiso rendir un homenaje especial a la Madre de Dios y la proclamó solemnemente “Madre de la Iglesia”. A ella, la Madre de Cristo, nos dirigimos ahora con la plegaria del Ángelus.

## AUDIENCIAS GENERALES

*Miércoles, 25 de junio de 2008. San Máximo el Confesor*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy quiero presentar la figura de uno de los grandes Padres de la Iglesia de Oriente del período tardío. Se trata de un monje, san Máximo, al que la tradición cristiana le otorgó el título de *Confesor* por la intrépida valentía con que supo testimoniar -"confesar"-, incluso con el sufrimiento, la integridad de su fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, Salvador del mundo.

San Máximo nació en Palestina, la tierra del Señor, en torno al año 580. Desde su adolescencia se orientó a la vida monástica y al estudio de las Escrituras, en parte a través de las obras de Orígenes, el gran maestro que ya en el siglo III había "consolidado" la tradición exegética alejandrina.

De Jerusalén se trasladó a Constantinopla y de allí, a causa de las invasiones bárbaras, se refugió en África, donde se distinguió por su gran valentía en la defensa de la ortodoxia. San Máximo no aceptaba ninguna disminución de la humanidad de Cristo. Había surgido la teoría según la cual Cristo sólo tenía una voluntad, la divina. Para defender la unicidad de su persona, negaban que tuviera una auténtica voluntad humana. Y, a primera vista, podía parecer

algo bueno que Cristo tuviera una sola voluntad. Pero san Máximo comprendió inmediatamente que esto destruía el misterio de la salvación, pues una humanidad sin voluntad, un hombre sin voluntad no es verdadero hombre, es un hombre amputado.

Por tanto, según esa teoría, el hombre Jesucristo no habría sido verdadero hombre, no habría vivido el drama del ser humano, que consiste precisamente en la dificultad para conformar nuestra voluntad con la verdad del ser. Así, san Máximo afirma con gran decisión: la sagrada Escritura no nos muestra a un hombre amputado, sin voluntad, sino a un verdadero hombre, a un hombre completo: Dios, en Jesucristo, asumió realmente la totalidad del ser humano -obviamente, excepto el pecado-; por tanto, también una voluntad humana.

Dicho de esta forma resulta claro: Cristo, o es hombre o no lo es. Si es hombre, también tiene voluntad. Pero entonces surge el problema: ¿no se cae así en una especie de dualismo? ¿No se acaba afirmando dos personalidades completas: razón, voluntad y sentimiento? ¿Cómo superar el dualismo, conservar la integridad del ser humano y, sin embargo, defender la unidad de la persona de Cristo, que no era esquizofrénico? San Máximo demuestra que el hombre no encuentra su unidad, su integración, su totalidad en sí mismo, sino superándose a sí mismo, salien-

do de sí mismo. De este modo, también en Cristo, saliendo de sí mismo, el hombre se encuentra a sí mismo en Dios, en el Hijo de Dios.

No se debe amputar al hombre para explicar la Encarnación; basta comprender el dinamismo del ser humano, que sólo se realiza saliendo de sí mismo. Sólo en Dios nos encontramos a nosotros mismos; sólo en él encontramos nuestra totalidad e integridad. Así se ve que el hombre que se encierra en sí mismo no está completo; por el contrario, el hombre que se abre, que sale de sí mismo, es un hombre completo y precisamente en el Hijo de Dios se encuentra a sí mismo, encuentra su verdadera humanidad.

Para san Máximo esta concepción no es una especulación filosófica; la ve realizada en la vida concreta de Jesús, sobre todo en el drama de Getsemaní. En este drama de la agonía de Jesús, en la angustia de la muerte, de la oposición entre la voluntad humana de no morir y la voluntad divina, que se ofrece a la muerte, en este drama de Getsemaní se realiza todo el drama humano, el drama de nuestra redención. San Máximo nos dice, y sabemos que es verdad: Adán -y Adán somos nosotros- creía que el “no” era el culmen de la libertad. Sólo sería realmente libre quien puede decir “no”; para realizar realmente su libertad, el hombre debe decir “no” a Dios; sólo así cree que es él mismo, que ha llegado al culmen de la libertad. La naturaleza humana

de Cristo también llevaba en sí esta tendencia, pero la superó, pues Jesús comprendió que el “no” no es el grado máximo de la libertad humana.

El grado máximo de la libertad es el “sí”, la conformidad con la voluntad de Dios. El hombre sólo llega a ser realmente él mismo en el “sí”; el hombre sólo llega a estar inmensamente abierto, sólo llega a ser “divino” en la gran apertura del “sí”, en la unificación de su voluntad con la voluntad divina. Adán deseaba ser como Dios, es decir, ser completamente libre. Pero el hombre que se encierra en sí mismo no es divino, no es completamente libre; lo es si sale de sí; en el “sí” llega a ser libre. Éste es el drama de Getsemaní: no se haga mi voluntad, sino la tuya. Cambiando la voluntad humana por la voluntad divina nace el verdadero hombre; así somos redimidos. Este era, en síntesis, el punto principal del pensamiento de san Máximo y vemos que en él está en juego todo el ser humano; está en juego toda nuestra vida.

San Máximo ya tenía problemas en África por defender esta concepción del hombre y de Dios; y fue llamado a Roma. En el año 649 participó en el concilio de Letrán, convocado por el Papa, Martín I, para defender las dos voluntades de Cristo contra el edicto del emperador, que por el bien de la paz prohibía discutir esta cuestión. El Papa, Martín I, tuvo que pagar un precio muy alto por su valentía: aunque estaba enfermo, fue arrestado y llevado

a Constantinopla. Procesado y condenado a muerte, se le conmutó la pena por el destierro definitivo en Crimea, donde falleció el 16 de septiembre del año 655, tras dos largos años de humillaciones y tormentos.

Poco tiempo después, en el año 662, le tocó el turno a san Máximo, el cual, también oponiéndose al emperador, seguía repitiendo: “Es imposible afirmar que Cristo tenía una sola voluntad” (cf. *PG* 91, cc. 268-269). Así, junto con dos de sus discípulos, ambos llamados Anastasio, san Máximo fue sometido a un proceso agotador, a pesar de que ya tenía más de ochenta años de edad. El tribunal del emperador le condenó, con la acusación de herejía, a la cruel mutilación de la lengua y de la mano derecha, los dos órganos mediante los cuales, a través de la palabra y los escritos, san Máximo había combatido la doctrina errónea de la voluntad única de Cristo. Por último, el santo monje, así mutilado, fue desterrado a la Cólquida, en el mar Negro, donde murió, agotado por los sufrimientos padecidos, a los 82 años, el 13 de agosto del año 662.

Al hablar de la vida de san Máximo, hemos mencionado su obra literaria en defensa de la ortodoxia. En particular, nos referimos a la *Disputa con Pirro*, que había sido patriarca de Constantinopla; en ella logró persuadir a su adversario de sus errores. En efecto, con gran honradez, Pirro concluyó así la *Disputa*: “Pido perdón para mí y para

quienes me han precedido: por ignorancia llegamos a estos absurdos pensamientos y argumentaciones; y pido que se encuentre la manera de cancelar estas absurdidades, salvando el recuerdo de quienes se han equivocado” (*PG* 91, c. 352).

Además, nos han llegado varias decenas de obras importantes, entre las que destaca la *Mystagogia*, uno de los escritos más significativos de san Máximo, que recoge su pensamiento teológico con una síntesis bien estructurada.

El pensamiento de san Máximo nunca es sólo teológico, especulativo, encerrado en sí mismo, pues siempre desemboca en la realidad concreta del mundo y de la salvación. En este contexto, en el que tuvo que sufrir, no podía evadirse con afirmaciones filosóficas sólo teóricas; debía buscar el sentido de la vida, preguntándose: ¿quién soy?, ¿qué es el mundo? Al hombre, creado a su imagen y semejanza, Dios le ha encomendado la misión de unificar el cosmos. Y como Cristo unificó en sí mismo al ser humano, el Creador ha unificado el cosmos en el hombre. Nos ha mostrado cómo unificar el cosmos en la comunión de Cristo, llegando así realmente a un mundo redimido.

A esta profunda visión salvífica se refiere uno de los teólogos más destacados del siglo XX, Hans Urs von Balthasar, quien, “relanzando” la figura de san Máximo, define su pensamiento con la incisiva expresión “liturgia cósmi-

ca” (*Kosmische Liturgie*). En el centro de esta solemne “liturgia” siempre está Jesucristo, único Salvador del mundo. La eficacia de su acción salvífica, que unificó definitivamente el cosmos, está garantizada por el hecho de que él, aun siendo Dios en todo, también es íntegramente hombre, incluyendo la “energía” y la voluntad del hombre.

La vida y el pensamiento de san Máximo quedan fuertemente iluminados por su inmensa valentía para testimoniar la realidad íntegra de Cristo, sin disminuciones ni componendas. Así queda claro quién es realmente el hombre y cómo debemos vivir para responder a nuestra vocación. Debemos vivir unidos a Dios, para estar así unidos a nosotros mismos y al cosmos, dando al cosmos mismo y a la humanidad su justa forma. El “sí” universal de Cristo también nos muestra claramente dónde situar adecuadamente todos los demás valores. Pensemos en valores que justamente se defienden hoy, como la tolerancia, la libertad y el diálogo. Pero una tolerancia que no sepa distinguir el bien del mal sería caótica y autodestructiva. Del mismo modo, una libertad que no respete la libertad de los demás y no halle la medida común de nuestras libertades respectivas, sería anárquica y destruiría la autoridad. El diálogo que ya no sabe sobre qué dialogar resulta una palabrería vacía.

Todos estos valores son grandes y fundamentales, pero sólo pueden ser verdaderos si tienen un punto de re-

ferencia que los une y les confiere la verdadera autenticidad. Este punto de referencia es la síntesis entre Dios y el cosmos, es la figura de Cristo en la que aprendemos la verdad sobre nosotros mismos, así como el lugar donde se han de situar todos los demás valores, por haber descubierto su auténtico significado. Jesucristo es el punto de referencia que ilumina todos los demás valores. Éste es el punto de llegada del testimonio de este gran Confesor. Así, al final, Cristo nos indica que el cosmos debe llegar a ser liturgia, gloria de Dios, y que la adoración es el inicio de la verdadera transformación, de la verdadera renovación del mundo.

Por eso, quiero concluir con un pasaje fundamental de las obras de san Máximo: “Adoramos a un solo Hijo, en unión con el Padre y el Espíritu Santo, como antes de los siglos, ahora y en todos los siglos, y por los siglos de los siglos. ¡Amén!” (PG 91, c. 269).

### ***Miércoles, 2 de julio de 2008. El ambiente religioso y cultural de san Pablo***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy comienzo un nuevo ciclo de catequesis, dedicado al gran apóstol san Pablo. Como sabéis, a él está consagrado este año, que va desde la fiesta litúrgica de los apóstoles San Pedro y San Pablo del 29 de junio de 2008 hasta la

misma fiesta de 2009. El apóstol san Pablo, figura excelsa y casi inimitable, pero en cualquier caso estimulante, se nos presenta como un ejemplo de entrega total al Señor y a su Iglesia, así como de gran apertura a la humanidad y a sus culturas.

Así pues, es justo no sólo que le dediquemos un lugar particular en nuestra veneración, sino también que nos esforcemos por comprender lo que nos puede decir también a nosotros, cristianos de hoy. En este primer encuentro, consideraremos el ambiente en el que vivió y actuó. Este tema parecería remontarnos a tiempos lejanos, dado que debemos insertarnos en el mundo de hace dos mil años. Y, sin embargo, esto sólo es verdad en apariencia y parcialmente, pues podremos constatar que, en varios aspectos, el actual contexto sociocultural no es muy diferente al de entonces.

Un factor primario y fundamental que es preciso tener presente es la relación entre el ambiente en el que san Pablo nace y se desarrolla y el contexto global en el que sucesivamente se integra. Procede de una cultura muy precisa y circunscrita, ciertamente minoritaria: la del pueblo de Israel y de su tradición. Como nos enseñan los expertos, en el mundo antiguo, y de modo especial dentro del Imperio romano, los judíos debían de ser alrededor del 10% de la población total. Aquí, en Roma, su número a mediados del siglo I era todavía menor, alcanzando al máximo

el 3% de los habitantes de la ciudad. Sus creencias y su estilo de vida, como sucede también hoy, los distinguían claramente del ambiente circunstante. Esto podía llevar a dos resultados: o a la burla, que podía desembocar en la intolerancia, o a la admiración, que se manifestaba en varias formas de simpatía, como en el caso de los “temerosos de Dios” o de los “prosélitos”, paganos que se asociaban a la Sinagoga y compartían la fe en el Dios de Israel.

Como ejemplos concretos de esta doble actitud podemos citar, por una parte, el duro juicio de un orador como Cicerón, que despreciaba su religión e incluso la ciudad de Jerusalén (cf. *Pro Flacco*, 66-69); y, por otra, la actitud de la mujer de Nerón, Popea, a la que Flavio Josefo recordaba como “simpatizante” de los judíos (cf. *Antigüedades judías* 20, 195.252; *Vida* 16); incluso Julio César les había reconocido oficialmente derechos particulares, como atestigua el mencionado historiador judío Flavio Josefo (cf. *ib.*, 14, 200-216). Lo que es seguro es que el número de los judíos, como sigue sucediendo en nuestro tiempo, era mucho mayor fuera de la tierra de Israel, es decir, en la diáspora, que en el territorio que los demás llamaban Palestina.

No sorprende, por tanto, que san Pablo mismo haya sido objeto de esta doble y opuesta valoración de la que he hablado. Es indiscutible que el carácter tan particular de la cultura y de la religión judía encontraba tranquilamente

lugar dentro de una institución tan invasora como el Imperio romano. Más difícil y sufrida será la posición del grupo de judíos o gentiles que se adherirán con fe a la persona de Jesús de Nazaret, en la medida en que se diferenciarán tanto del judaísmo como del paganismo dominante.

En todo caso, dos factores favorecieron la labor de san Pablo. El primero fue la cultura griega, o mejor, helenista, que después de Alejandro Magno se había convertido en patrimonio común, al menos en la región del Mediterráneo oriental y en Oriente Próximo, aunque integrando en sí muchos elementos de las culturas de pueblos tradicionalmente considerados bárbaros. Un escritor de la época afirmaba que Alejandro “ordenó que todos consideraran como patria toda la ecumene... y que ya no se hicieran diferencias entre griegos y bárbaros” (Plutarco, *De Alexandri Magni fortuna aut virtute*, 6.8). El segundo factor fue la estructura político-administrativa del Imperio romano, que garantizaba paz y estabilidad desde Bretaña hasta el sur de Egipto, unificando un territorio de dimensiones nunca vistas con anterioridad. En este espacio era posible moverse con suficiente libertad y seguridad, disfrutando entre otras cosas de un excelente sistema de carreteras, y encontrando en cada punto de llegada características culturales básicas que, sin ir en detrimento de los valores locales, representaban un tejido común de unificación *super partes*, hasta el punto de que el filósofo judío

Filón de Alejandría, contemporáneo de san Pablo, alaba al emperador Augusto porque “ha unido en armonía a todos los pueblos salvajes... convirtiéndose en guardián de la paz” (*Legatio ad Caium*, 146-147).

Ciertamente, la visión universalista típica de la personalidad de san Pablo, al menos del Pablo cristiano después de lo que sucedió en el camino de Damasco, debe su impulso fundamental a la fe en Jesucristo, puesto que la figura del Resucitado va más allá de todo particularismo. De hecho, para el Apóstol “ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (*Ga* 3, 28). Sin embargo, la situación histórico-cultural de su tiempo y de su ambiente también influyó en sus opciones y en su compromiso. Alguien definió a san Pablo como “hombre de tres culturas”, teniendo en cuenta su origen judío, su lengua griega y su prerrogativa de “*civis romanus*”, como lo testimonia también su nombre, de origen latino.

Conviene recordar de modo particular la filosofía estoica, que era dominante en el tiempo de san Pablo y que influyó, aunque de modo marginal, también en el cristianismo. A este respecto, podemos mencionar algunos nombres de filósofos estoicos, como los iniciadores Zenón y Cleantes, y luego los de los más cercanos cronológicamente a san Pablo, como Séneca, Musonio y Epicteto: en ellos se encuen-

tran valores elevadísimos de humanidad y de sabiduría, que serán acogidos naturalmente en el cristianismo.

Como escribe acertadamente un experto en la materia, “la Estoa... anunció un nuevo ideal, que ciertamente imponía al hombre deberes con respecto a sus semejantes, pero al mismo tiempo lo liberaba de todos los lazos físicos y nacionales y hacía de él un ser puramente espiritual “ (M. Pohlenz, *La Stoa*, I, Florencia 1978, p. 565). Basta pensar, por ejemplo, en la doctrina del universo, entendido como un gran cuerpo armonioso y, por tanto, en la doctrina de la igualdad entre todos los hombres, sin distinciones sociales; en la igualdad, al menos a nivel de principio, entre el hombre y la mujer; y en el ideal de la sobriedad, de la justa medida y del dominio de sí para evitar todo exceso. Cuando san Pablo escribe a los Filipenses: “Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta” (*Flp* 4, 8), no hace más que retomar una concepción muy humanista propia de esa sabiduría filosófica.

En tiempos de san Pablo existía también una crisis de la religión tradicional, al menos en sus aspectos mitológicos e incluso cívicos. Después de que Lucrecio, un siglo antes, sentenciara polémicamente: “La religión ha llevado a muchos delitos” (*De rerum natura*, 1, 101), un filósofo como Séneca, superando

todo ritualismo exterior, enseñaba que “Dios está cerca de ti, está contigo, está dentro de ti” (*Cartas a Lucilio*, 41, 1). Del mismo modo, cuando san Pablo se dirige a un auditorio de filósofos epicúreos y estoicos en el Areópago de Atenas, dice textualmente que “Dios... no habita en santuarios fabricados por manos humanas..., pues en él vivimos, nos movemos y existimos” (*Hch* 17, 24.28). Ciertamente, así se hace eco de la fe judía en un Dios que no puede ser representado de una manera antropomórfica, pero también se pone en una longitud de onda religiosa que sus oyentes conocían bien.

Además, debemos tener en cuenta que muchos cultos paganos prescindían de los templos oficiales de la ciudad y se realizaban en lugares privados que favorecían la iniciación de los adeptos. Por eso, no suscitaba sorpresa el hecho de que también las reuniones cristianas (las *ekklesíai*), como testimonian sobre todo las cartas de san Pablo, tuvieran lugar en casas privadas. Entonces, por lo demás, no existía todavía ningún edificio público. Por tanto, los contemporáneos debían considerar las reuniones de los cristianos como una simple variante de esta práctica religiosa más íntima. De todos modos, las diferencias entre los cultos paganos y el culto cristiano no son insignificantes y afectan tanto a la conciencia de la identidad de los que asistían como a la participación en común de hombres y mujeres, a la celebración de la “cena del Señor” y a la lectura de las Escrituras.

En conclusión, a la luz de este rápido repaso del ambiente cultural del siglo I de la era cristiana, queda claro que no se puede comprender adecuadamente a san Pablo sin situarlo en el trasfondo, tanto judío como pagano, de su tiempo. De este modo, su figura adquiere gran alcance histórico e ideal, manifestando elementos compartidos y originales con

respecto al ambiente. Pero todo esto vale también para el cristianismo en general, del que el apóstol san Pablo es un paradigma destacado, de quien todos tenemos siempre mucho que aprender. Este es el objetivo del Año paulino: aprender de san Pablo; aprender la fe; aprender a Cristo; aprender, por último, el camino de una vida recta.

## CARTAS

### *Carta del Papa, Benedicto XVI, a la VII Asamblea General de la Federación Bíblica Católica*

*Al reverendísimo VINCENZO PAGLIA, Presidente de la Federación bíblica católica*

“¡En piel!, pues; ceñida vuestra cintura con la verdad y revestidos de la justicia como coraza, calzados los pies con el celo por el evangelio de la paz” (*Ef* 6, 14-15). Con estas palabras del apóstol san Pablo me complace saludar a los delegados y a todos los participantes en la VII asamblea general de la Federación bíblica católica, que se celebra en Dar es Salaam del 24 de junio al 3 de julio de 2008, dedicada al tema: “La palabra de Dios, fuente de reconciliación, de justicia y de paz”. La asamblea general es siempre una oportunidad privilegiada para que los miembros de la Federación bíblica católica escuchen juntos la palabra de Dios y renueven su servicio a la Iglesia, llamada a anunciar el evangelio de la paz.

El hecho de que vuestro encuentro se esté celebrando en Dar es Salaam es un gesto importante de solidaridad con la Iglesia en África, sobre todo con vistas al Sínodo especial para África del año próximo. “La Iglesia tiene el deber permanente de escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio” (*Gaudium et spes*, 4). El mensaje que lleváis a Dar es Salaam es claramente un mensaje de amor a la Biblia y de amor a África. El tema de vuestra asamblea general atrae la atención hacia el modo como la palabra de Dios puede restituir a la humanidad la reconciliación, la justicia y la paz. Ésta es la palabra de vida que la Iglesia tiene que ofrecer a un mundo quebrantado. “Somos embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!” (*2 Co* 5, 20). Ojalá que el continente africano establezca el contexto para la *lectio divina* que os sostendrá durante estos días, y que vuestros esfuerzos ayu-

den a la Iglesia en África a “proseguir su misión evangelizadora, para atraer a los pueblos del continente al Señor, enseñándoles a observar cuanto él ha mandado (cf. *Mt 28, 20*)” (*Ecclesia in Africa*, 6).

El cristianismo es la religión de la palabra de Dios, “no una palabra escrita y muda, sino encarnada y viva” (san Bernardo, *S. Missus est 4*, 11: *PL 183*, 86). Sólo Cristo, la Palabra eterna de Dios vivo, por el Espíritu Santo, puede abrir nuestra mente para comprender las Escrituras (cf. *Lc 24, 15*; *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 108). Por tanto, os animo cordialmente no sólo a seguir dando a conocer la gran importancia de las Escrituras para la experiencia contemporánea de los católicos y particularmente para las generaciones más jóvenes, sino también a ayudarles a interpretarlas desde la perspectiva central de Cristo y de su misterio pascual.

La comunidad de creyentes puede ser fermento de reconciliación, pero sólo lo será si “permanece dócil al Espíritu y da testimonio del Evangelio, sólo si lleva la cruz como Jesús y con Jesús” (*Homilía durante la santa misa en la solemnidad de Pentecostés*, 11 de mayo de 2008: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de mayo de 2008, p. 3). A este respecto, deseo hacer mía una reflexión del siervo de Dios Papa, Juan Pablo II, que dijo: “¿Cómo anunciar el evangelio de la reconciliación sin comprometerse al mismo tiempo en la obra de la recon-

ciliación de los cristianos?” (*Ut unum sint*, 98). Que esta observación también encuentre su camino en vuestras actividades de estos días. Que el Espíritu Santo guíe siempre vuestro corazón con la fuerza unificadora de la palabra de Dios.

Todos los cristianos están llamados a imitar la apertura de María, que, “acogió en su corazón y en su cuerpo la Palabra de Dios y dio la Vida al mundo” (*Lumen gentium*, 53). Que los pueblos de África reciban esta Palabra como fuente vivificante de reconciliación y justicia, y especialmente de la paz verdadera que sólo viene del Señor resucitado.

Encomendándoos a la misma Virgen María, Sede de la Sabiduría, a todas las personas reunidas para esta asamblea general, os imparto cordialmente mi bendición apostólica.

Vaticano, 12 de junio de 2008.

***Carta del Papa, Benedicto XVI,  
en el 25 Aniversario de la  
Ordenación Episcopal del Cardenal  
Vicario***

*Venerado hermano Cardenal CAMILLO RUINI, Vicario general para la diócesis de Roma*

Han pasado veinticinco años desde aquel 29 de junio de 1983, solemnidad

de los apóstoles San Pedro y San Pablo, durante la cual usted, en la catedral de Reggio Emilia, por la imposición de las manos del obispo monseñor Gilberto Baroni, recibió la ordenación episcopal. Loablemente ha elegido celebrar este jubileo junto con los presbíteros de la diócesis de Roma que también festejan este año aniversarios significativos. Por tanto, en esta feliz circunstancia, deseo unirme espiritualmente a usted, querido y venerado hermano, en la acción de gracias a Dios recordando las etapas de su fructuoso ministerio episcopal.

Ante todo, los primeros tres años en su diócesis de Reggio Emilia-Guastalla, como obispo auxiliar, con el título de la antigua Iglesia de Nepte. Siendo usted un sacerdote ya muy conocido y estimado, los fieles de Reggio Emilia y de Guastalla se sintieron felices de verlo como primer colaborador de monseñor Baroni en la guía pastoral de aquella Iglesia, con la tarea particular de seguir la formación y la promoción del laicado y la celebración del Sínodo diocesano, cuyo tema era “El anuncio del Evangelio hoy en Reggio Emilia y Guastalla”. Durante aquellos años también fue intenso su compromiso como vicepresidente del Comité promotor de la Asamblea nacional de la Iglesia italiana en Loreto.

Viendo en usted un obispo fiel y sabio, inteligente y clarividente, mi venerado predecesor, Juan Pablo II, en junio de 1986, lo nombró secretario

general de la Conferencia episcopal italiana. Desde entonces hasta el 7 de marzo del año pasado, usted ha servido ininterrumpidamente al Episcopado italiano, de modo especial a partir de 1991, cuando se convirtió en presidente de la Conferencia episcopal. Como afirmé en la carta que le dirigí el 23 de marzo de 2007, usted ha transmitido con valentía y tenacidad las indicaciones magisteriales y pastorales del Sucesor de Pedro, mostrando gran solicitud por ayudar a sus hermanos en el episcopado a recibirlas y aplicarlas.

Sin embargo, el motivo por el que ahora, sobre todo, deseo darle las gracias, señor cardenal, es su compromiso al servicio de la Iglesia de Roma. El 17 de enero de 1991, el siervo de Dios, Juan Pablo II, lo llamó a suceder al cardenal Ugo Poletti, encomendándole -así escribió el amado Pontífice- “lo que tengo de más mío y es para mí lo más querido: Roma apostólica, con sus incomparables tesoros de espiritualidad cristiana y de tradición católica; con sus fuerzas vivas de sacerdotes, comunidades religiosas y laicos comprometidos; pero también con sus innumerables experiencias humanas, con sus miles de fermentos y con sus problemas, con sus certidumbres y sus inquietudes, con sus logros y expectativas” (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 18 de enero de 1991, p. 5). Sabía que podía encontrar en usted “un colaborador experto, de confianza y generoso” (*ib.*); y usted ha sabido posponer cualquier otro interés

a la solicitud asidua y afectuosa por la diócesis. Y esta misma colaboración usted me la ha ofrecido también a mí durante estos años.

En la Iglesia de Roma todos han podido constatar su gran capacidad de trabajo, su fe sencilla y genuina, su inteligente creatividad pastoral, su fidelidad a la identidad viva de la institución a través de la unión con el Papa, incluso en medio de las dificultades, y su optimismo confiado y alegre. Así pues, reciba un ferviente agradecimiento, venerado hermano, por cuanto ha realizado hasta hoy en esta amada diócesis. Ante todo, por haber llevado a cabo, en 1993, el Sínodo diocesano. Después de la primera fase, dirigida por su predecesor, usted guió la segunda promoviendo una implicación muy amplia de las parroquias y de todas las demás realidades eclesiales presentes en la ciudad, de modo especial a través de las asambleas presinodales de prefectura, y entablado, a través de la iniciativa denominada “Confrontación con la ciudad”, un diálogo abierto con toda la población sobre los problemas más importantes y complejos de la Roma de hoy.

Por último, dirigió la celebración de la asamblea misma hasta la redacción del libro del Sínodo. Aquel libro, que tanto le debe a usted, sigue siendo actual para identificar los caminos que pueden favorecer un encuentro real con Cristo en los ámbitos de acción pastoral privilegiados ya entonces

por la Iglesia de Roma: la familia, los jóvenes, la responsabilidad social, económica y política, y la cultura. Para poner en práctica aquellas indicaciones, se siguen teniendo en la basílica de San Juan de Letrán muchos encuentros de reflexión y diálogo sobre los principales temas de fe y de programación pastoral. Pienso en los “Diálogos en la catedral” y en las asambleas eclesiales anuales, en las que he intervenido personalmente desde que fui llamado a la Cátedra de Pedro.

Entre los compromisos de estos años de episcopado al servicio directo del Obispo de Roma, ¿cómo no mencionar la preparación y la celebración de la Misión ciudadana, como preparación para el gran jubileo del Año 2000? Misión de la que el pueblo de Dios no fue sólo destinatario, sino también protagonista activo. Después, el jubileo mismo, que tuvo su momento de mayor relieve en la XX Jornada mundial de la juventud: inolvidable experiencia de Iglesia, por la cual mucho se debe a la diócesis de Roma.

Sin embargo, quiero manifestar mi aprecio en especial por su ministerio episcopal ordinario. A lo largo de los años, usted ha acompañado a la ordenación a 484 presbíteros diocesanos y ha favorecido con diversas iniciativas la construcción de 57 nuevas iglesias parroquiales, de dos lugares de culto supletorios y de la iglesia del Colegio de los santos mártires coreanos. Además, gracias a usted, señor cardenal,

numerosas comunidades católicas provenientes de otras naciones del mundo han tenido la posibilidad de disponer de una iglesia en Roma para sus celebraciones y para mantener vivas las relaciones con sus compatriotas y sus países de origen.

Deseo darle las gracias una vez más por todo lo que ha hecho por los sacerdotes, los diáconos, los religiosos y las religiosas, los seminaristas, las asociaciones laicales y todo el pueblo de Dios de la diócesis de Roma: durante estos años la diócesis ha crecido en la comunión y en la conciencia de la urgencia de la misión. Al respecto, quiero expresarle mi gratitud personal por la dedicación con que, durante estos años, me ha introducido en la compleja realidad de esta amada Iglesia, acompañándome en las visitas a las parroquias, en los encuentros con el clero, con los pobres, con los enfermos y con los jóvenes. Gracias por haber aceptado mi invitación a un serio compromiso en favor de la educación y por haber convocado muchas veces en la plaza de San Pedro a numerosos fieles para escuchar, sostener y alentar el ministerio del Romano Pontífice.

En todas estas circunstancias, usted ha sido ejemplarmente fiel a su lema episcopal: *“Veritas liberabit nos”*. En nombre de esta Verdad, que es Cristo mismo, usted se ha entregado sin cesar en favor del pueblo de Dios que está en Roma. También sería necesario

darle las gracias, venerado hermano, por muchos otros servicios prestados a la Iglesia y a la sociedad durante estos veinticinco años de episcopado. El Señor, que conoce el corazón de los hombres, en particular las alegrías y los sufrimientos de los pastores, lo recompense como sólo él sabe hacer y siga colmándolo de sus dones.

Encomiendo su querida persona a la Virgen María, *Salus populi romani*, a san José, a los apóstoles san Pedro y san Pablo, y a la virgen y mártir Inés, que veló sobre los años de su formación en el Almo Colegio Capránica y de cuya basílica, situada en la vía Nomentana, usted es titular, a la vez que con gran afecto, invocando una renovada efusión del Espíritu Santo, le imparto una especial bendición apostólica, que de buen grado extiendo a sus familiares, a sus colaboradores y a todos sus seres queridos.

*Vaticano, 19 de junio de 2008*

***Carta del Papa, Benedicto XVI,  
con motivo del Día de la Santa Sede  
en la Exposición Internacional de  
Zaragoza***

*Al Señor Cardenal*

*Renato Raffaele Martino, Representante de la Santa Sede para el día de la Santa Sede en la Exposición internacional de Zaragoza*

Me es grato enviar un mensaje de fe y esperanza a cuantos visitan en estos días la Expo Zaragoza 2008, dedicada a los complejos temas relacionados con el valor que tiene el agua para la vida del hombre y el mantenimiento del equilibrio entre los diversos elementos de nuestro mundo. La Santa Sede ha querido estar convenientemente presente en la Expo con un stand, preparado juntamente con la Archidiócesis de Zaragoza, a la cual agradezco su generoso compromiso para promover adecuadas iniciativas culturales que acerquen al visitante al inconmensurable patrimonio de espiritualidad, arte y sabiduría social que se inspira en el agua y que han sido custodiados por la Iglesia católica.

Hemos de tomar conciencia de que, lamentablemente, el agua –bien esencial e indispensable que el Señor ha dado al hombre para mantener y desarrollar la vida– es considerada hoy, a causa del acoso y la presión de múltiples factores sociales y económicos, como un bien que debe ser especialmente protegido mediante claras políticas nacionales e internacionales, y utilizado según criterios sensatos de solidaridad y responsabilidad. El uso del agua –que es valorado como un derecho universal e inalienable– está relacionado con las necesidades crecientes y perentorias de las personas que viven en la indigencia, teniendo en cuenta que «el acceso limitado al agua potable repercute sobre el bienestar de un número enorme de personas y es con frecuencia causa

de enfermedades, sufrimientos, conflictos, pobreza e incluso de muerte» (Consejo Pontificio “Justicia y Paz”, *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n. 484). Respecto al derecho al agua se debe subrayar también que se trata de un derecho que tiene su fundamento en la dignidad de la persona humana; desde esta perspectiva se han de examinar atentamente las posturas de aquellos que consideran y tratan el agua únicamente como un bien económico. Su uso debe ser racional y solidario, fruto de una equilibrada sinergia entre el sector público y privado.

El que, hoy en día, se considere el agua un bien predominantemente material, no debe hacer olvidar los significados religiosos que la humanidad creyente, y sobre todo el cristianismo, ha desarrollado a partir de ella, dándole un gran valor como un precioso bien inmaterial, que enriquece siempre la vida del hombre en esta tierra. ¿Cómo no recordar en esta circunstancia el sugestivo mensaje que nos llega de las Sagradas Escrituras, tratando el agua *como símbolo de purificación* (cf. *Sal* 50,4; *Jn* 13,8) y *de vida* (cf. *Jn* 3,5; *Ga* 3,27)? La plena recuperación de esta dimensión espiritual es garantía y presupuesto para un adecuado planteamiento de los problemas éticos, políticos y económicos que afectan a la compleja gestión del agua por parte de tantos sujetos interesados, tanto en el ámbito nacional como internacional.

Con los mejores deseos de que la

Expo de Zaragoza suscite en todos los que la visiten apropiadas reflexiones y favorezca en las autoridades competentes las decisiones oportunas en favor de un bien tan esencial para la vida del ser

humano sobre la tierra, envíe a todos, como prenda de abundantes dones celestiales, la Bendición Apostólica.

*Vaticano, 10 de julio de 2008*

## DISCURSOS

### ***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a la Segunda Asamblea Anual de la ROACO***

*Sala Clementina. Jueves 19 de junio de 2008*

*Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos miembros y amigos de la ROACO:*

Me alegra acogeros con ocasión de vuestra segunda sesión anual. Saludo cordialmente al señor cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales, y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos en calidad de presidente de la ROACO. Extiendo mi saludo al arzobispo secretario, monseñor Antonio Vegliò, a los demás preladados y al padre custodio de Tierra Santa, a los colaboradores del dicasterio, a los representantes de las diversas agencias internacionales y a los amigos de la *Bethlehem University*.

Ante todo, deseo daros las gracias por el valioso apoyo que brindáis a la misión propia del Obispo de Roma de

presidir la caridad universal. En efecto, os reúne el amor a las Iglesias orientales católicas, a las que me alegra enviar un aliento especial como confirmación de la consideración que merecen por su vínculo fiel a la Sede de Pedro. Toda la Iglesia católica debe sostener su vida ordinaria y su peculiar misión, sobre todo a nivel ecuménico e interreligioso. Oportunamente la Congregación y la ROACO se hacen intérpretes de la solidaridad espiritual y material de todos los católicos, para que aquellas comunidades puedan vivir en plenitud el misterio de la única Iglesia de Cristo con fidelidad a sus tradiciones espirituales. Por tanto, os exhorto a fortalecer este vínculo de caridad para que, según la exhortación del Apóstol de los gentiles, quien esté en la abundancia ayude al que se encuentra en necesidad, y haya igualdad en la fraternidad (cf. *2 Co* 8, 14-15).

Durante estos días, habéis dirigido vuestra atención a las comunidades católicas de Armenia y Georgia, que fueron de las primeras en recibir la luz de Cristo. Saludo cordialmente a mis hermanos en el episcopado, que sirven al

pueblo de Dios en estas áreas, y recuerdo con placer nuestro reciente encuentro con ocasión de su visita *ad limina*. Viviendo humilde y fraternalmente con otras Iglesias cristianas, y sirviendo generosamente a los pobres, estas comunidades católicas, aun siendo pequeñas, pueden expresar de una manera muy práctica la comunión de amor propia de la Iglesia católica universal. Permitidme recordar lo que dije con ocasión de la reciente visita de Su Santidad, Karekin II: “Si nuestro corazón y nuestra mente están abiertas al Espíritu de comunión, Dios puede obrar de nuevo milagros en la Iglesia restaurando los vínculos de unidad” (*Discurso*, 9 de mayo de 2008: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de mayo de 2008, p. 6).

Queridos amigos de la ROACO, los sufrimientos de los cristianos iraquíes están desde hace tiempo en el centro de vuestro interés. Hace apenas tres meses, al comienzo de la Semana santa, nuestro corazón se llenó de inmensa tristeza a causa del asesinato del arzobispo de los caldeos en Mosul, Paulos Faraj Rahho. Como muchos otros cristianos iraquíes, el arzobispo tomó su cruz y siguió al Señor. Así, dando testimonio de la verdad, contribuyó a llevar justicia a su martirizado país y a todo el mundo. Fue un hombre de paz y de diálogo. Aliento a las organizaciones de ayuda aquí presentes a proseguir sus esfuerzos en apoyo de los cristianos iraquíes: tanto de aquellos que viven en Irak, a menudo como refugiados,

como de aquéllos que en los países vecinos deben afrontar condiciones de vida difíciles.

Con gratitud y alivio hemos seguido los acontecimientos recientes en Líbano, que han impulsado a volver al camino del diálogo y de la comprensión mutua. Expreso de nuevo mi deseo de que Líbano responda con valentía a su vocación de ser, para Oriente Medio y para el mundo entero, un signo de la posibilidad efectiva de una coexistencia pacífica y constructiva entre los hombres. El domingo próximo los cristianos de Líbano tendrán la alegría de asistir en Beirut a la beatificación del venerable padre Jacques Ghazir Haddad. Tocado por la cruz de Jesús, este padre capuchino se hizo prójimo de los enfermos y de los pobres, y llamó a un gran número de mujeres jóvenes a servirlos. Ojalá que su testimonio toque hoy el corazón de los jóvenes cristianos libaneses, para que aprendan a su vez la dulzura de una vida evangélica al servicio de los pobres y de los pequeños, como testigos fieles de la fe católica en el mundo árabe.

Queridos hermanos y hermanas, algunos de mis colaboradores en la Curia romana, y entre éstos el cardenal prefecto de vuestra Congregación, han visitado recientemente las comunidades latinas y orientales de Tierra Santa, haciéndose intérpretes del afecto y de la solicitud del Papa. Renuevo la expresión de mi especial gratitud a cuantos se interesan por la causa de

esas comunidades, que es vital para toda la Iglesia. Comparto sus pruebas y sus esperanzas, y pido ardientemente a Dios poder visitarlas personalmente, así como le pido que algunos signos de paz, que acojo con inmensa confianza, pronto se hagan realidad.

Apelo a los responsables de las naciones para que se ofrezca a Oriente Medio, y en particular a la Tierra Santa, a Líbano e Irak, la anhelada paz y la estabilidad social, en el respeto de los derechos fundamentales de la persona, incluida una libertad religiosa real. Por lo demás, la paz es el único camino para afrontar también el grave problema de los prófugos y los refugiados, y para frenar la emigración, especialmente cristiana, que hierde profundamente a las Iglesias orientales.

Encomiendo estos deseos al beato Juan XXIII, amigo sincero de Oriente y Papa de la *Pacem in terris*. Y sobre todos invoco la intercesión celestial de la Reina de la paz, a la vez que de corazón imparto a cada uno mi bendición.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a un Congreso sobre la identidad y la misión de las radios católicas***

*Sala clementina. Viernes, 20 de junio*

*Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres señores y amables señoras:*

Me alegra acogeros en esta casa, que es la casa de Pedro. Con alegría os doy la bienvenida a todos vosotros, directores, redactores y administradores, que representáis a las numerosas radios católicas de todo el mundo, reunidos en Roma por el Consejo pontificio para las comunicaciones sociales para reflexionar sobre la identidad y la misión de las radios católicas hoy. Por medio de vosotros quiero saludar con afecto a vuestros numerosos oyentes de los diferentes países y continentes que diariamente escuchan vuestra voz y, gracias a vuestro servicio informativo, aprenden a conocer mejor a Cristo, a escuchar al Papa y a amar a la Iglesia.

Doy vivamente las gracias al arzobispo Claudio Maria Celli, presidente del Consejo pontificio para las comunicaciones sociales, por las amables palabras que me ha dirigido. Asimismo, saludo a los secretarios, al subsecretario y a todos los oficiales del Consejo pontificio para las comunicaciones sociales.

Las muchas y diversas formas de comunicación con las que contamos manifiestan de forma evidente que el hombre, en su estructura antropológica esencial, está hecho para entrar en relación con los demás. Lo hace sobre todo por medio de la palabra. En su sencillez y aparente pobreza, la palabra, insertándose en la gramática común del lenguaje, se pone como instrumento que realiza la capacidad de relación de los hombres. Esta capacidad se funda en la riqueza compartida de una razón

creada a imagen y semejanza del *Logos* eterno de Dios, es decir, del *Logos* en el que todo es creado libremente y por amor. Nosotros sabemos que ese *Logos* no ha permanecido ajeno a las vicisitudes humanas, sino que, por amor, se ha comunicado a sí mismo a los hombres -*ho Logos sarx egheneto* (*Jn* 1, 14)- y, en el amor revelado por él y donado en Cristo, sigue invitando a los hombres a relacionarse con él y entre sí de una manera nueva.

Al haberse encarnado en el seno de María, el Verbo de Dios ofrece al mundo una relación de intimidad y amistad -"ya no les llamo siervos (...), sino amigos" (*Jn* 15, 15)-, que se transforma en fuente de novedad para el mundo y se pone en medio de la humanidad como comienzo de una nueva civilización de la verdad y del amor. En efecto, "el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida" (*Spe salvi*, 2). Esta autocomunicación de Dios es la que ofrece un nuevo horizonte de esperanza y de verdad a las esperanzas humanas, y de esta esperanza es de donde surge, ya en este mundo, el inicio de un mundo nuevo, de esa vida eterna que ilumina la oscuridad del futuro humano.

Queridos amigos, al trabajar en estaciones de radio católicas estáis al servicio de la Palabra. Las palabras que transmitís cada día son un eco de la Palabra eterna que se hizo carne. Vuestras palabras sólo darán fruto si están al

servicio de la Palabra eterna, Jesucristo. En el plan de salvación y en la providencia de Dios, esta Palabra vivió entre nosotros, o como dice san Juan, "puso su morada entre nosotros" (*Jn* 1, 14), con humildad. La Encarnación tuvo lugar en una aldea distante, lejos del ruido de las ciudades imperiales de la antigüedad. Hoy, aunque utilizáis las tecnologías modernas de la comunicación, las palabras que transmitís son también humildes y, a veces, os podría parecer que se pierden totalmente en la competencia con otros medios de comunicación ruidosos y más poderosos. Pero no os desalentéis. Estáis sembrando la Palabra "a tiempo y a destiempo" (*2 Tm* 4, 2), cumpliendo de este modo el mandato de Jesús de anunciar el Evangelio a todas las naciones (cf. *Mt* 28, 19).

Las palabras que transmitís llegan a innumerables personas. Algunas de ellas están solas y reciben vuestra palabra como un don consolador; otras tienen curiosidad y se interesan por lo que escuchan; otras nunca van a la iglesia, porque pertenecen a otras religiones o no pertenecen a ninguna; otras nunca han escuchado el nombre de Jesucristo, pero gracias a vuestro servicio escuchan por primera vez las palabras de salvación. Esta labor de siembra paciente, realizada día tras día, hora tras hora, constituye la manera como cooperáis en la misión apostólica.

Si las múltiples formas y tipos de comunicación pueden ser un don de

Dios al servicio del desarrollo de la persona humana y de toda la humanidad, la radio, con la que realizáis vuestro apostolado, propone una cercanía y una escucha de la palabra y de la música, para informar y entretener, para anunciar y denunciar, pero siempre en el respeto de la realidad y en una clara perspectiva de educación en la verdad y la esperanza. En efecto, Jesucristo nos da la Verdad sobre el hombre y la verdad para el hombre, y a partir de esta verdad, una esperanza para el presente y para el futuro de las personas y del mundo.

Desde esta perspectiva, el Papa os alienta en vuestra misión y os felicita por el trabajo realizado. Pero como subrayó la *Redemptoris missio*, “no basta usar los medios de comunicación social para difundir el mensaje cristiano y el magisterio auténtico de la Iglesia, sino que conviene integrar el mensaje mismo en la “nueva cultura” creada por la comunicación moderna” (n. 37).

Por este vínculo con la palabra, la radio participa en la misión de la Iglesia y en su visibilidad, pero al mismo tiempo genera una nueva manera de vivir, de ser y de hacer Iglesia; implica desafíos eclesiológicos y pastorales. Es importante hacer atractiva la palabra de Dios, dándole cuerpo a través de vuestras producciones y emisiones, para tocar el corazón de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo, y para participar en la transformación de la vida de nuestros contemporáneos.

Queridos hermanos y hermanas en Cristo: ¡qué perspectivas tan entusiasmantes se abren ante vuestro compromiso y vuestro trabajo! Vuestras redes pueden representar, ya desde ahora, un eco pequeño pero concreto en el mundo de la red de amistad que la presencia de Cristo resucitado, Dios con nosotros, inauguró entre el cielo y la tierra, y entre los hombres de todos los continentes y de todas las épocas. Así, vuestro trabajo se insertará plenamente en la misión de la Iglesia, a la que os invito a amar profundamente. Ayudando al corazón de cada hombre a abrirse a Cristo, ayudaréis al mundo a abrirse a la esperanza y a la civilización de la verdad y el amor, que es el fruto más elocuente de su presencia entre nosotros. Imparto a todos mi bendición.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con los oficiales del Vicariato de Roma con ocasión de la despedida del Cardenal Vicario, Camillo Ruini***

*Sala Clementina. Viernes 27 de junio de 2008*

*Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra mucho acogerlos y daros a cada uno mi cordial bienvenida. Lo saludo en primer lugar, y de modo especial, a usted, querido cardenal Camillo

Ruini, a quien hoy quiero dar públicamente las gracias al final de su largo servicio como vicario general para la diócesis de Roma. En días pasados ya le manifesté mis sentimientos con una carta, en la que recordé los múltiples aspectos de su largo y apreciado ministerio, que comenzó en enero de 1991, cuando el siervo de Dios, Juan Pablo II, lo llamó a suceder al cardenal Ugo Poletti. Ahora tengo la oportunidad de renovarle la manifestación de mi agradecimiento ante los obispos auxiliares, los párrocos prefectos, los demás representantes de la realidad diocesana y la comunidad de trabajo del Vicariato de Roma.

Los últimos años del siglo pasado y los primeros del nuevo han sido un tiempo realmente extraordinario, de modo especial para quienes, como nosotros, hemos tenido la oportunidad de vivirlos al lado de un auténtico gigante de la fe y de la misión de la Iglesia, mi venerado predecesor. Él guió al pueblo de Dios hacia la histórica meta del año 2000 y, a través del gran jubileo, lo introdujo en el tercer milenio de la era cristiana.

Colaborando estrechamente con él, fuimos “arrastrados” por su excepcional fuerza espiritual, arraigada en la oración, en la unión profunda con el Señor Jesucristo y en la intimidad filial con su Madre santísima. El carisma misionero del Papa, Juan Pablo II ejerció, como era lógico, un influjo determinante sobre el período de su pon-

tificado, en particular sobre el tiempo de preparación para el jubileo del año 2000; y esto se pudo comprobar directamente en la diócesis de Roma, la diócesis del Papa, gracias al compromiso constante del cardenal vicario y de sus colaboradores.

Como ejemplo de esto, me limito a recordar la Misión ciudadana de Roma y los “Diálogos en la catedral”, expresión de una Iglesia que, en el momento mismo en que iba tomando mayor conciencia de su identidad diocesana y asumía, poco a poco, su fisonomía, se abría decididamente a una mentalidad misionera y a un estilo coherente con ella, mentalidad y estilo no destinados a durar sólo un tiempo más o menos largo, sino, como se ha repetido con frecuencia, a ser permanentes. Este aspecto, venerado hermano, es particularmente importante; y deseo agradecerlo, sobre todo porque usted lo ha promovido y fomentado, no sólo aquí en Roma, sino también en toda la nación italiana, como presidente de la Conferencia episcopal.

Su solicitud por la misión siempre ha ido acompañada y sostenida por una excepcional capacidad de reflexión teológica y filosófica, que usted ha manifestado y practicado desde su juventud. El apostolado, de modo especial en nuestro tiempo, debe alimentarse constantemente de pensamiento, para motivar el significado de los gestos y las acciones; de lo contrario, acaba por convertirse en estéril activismo. Y en

este sentido usted, señor cardenal, ha dado una contribución importante, poniendo al servicio del Santo Padre, de la Santa Sede y de toda la Iglesia, sus conocidas dotes de inteligencia y sabiduría.

Yo mismo fui testigo de ello en mi anterior misión y, con mayor razón, lo he sido durante estos últimos años, en los que he podido contar con su cercanía al servir a la Iglesia que está en Italia y, de modo especial, en Roma. Me complace recordar, al respecto, nuestra colaboración en los temas de las Asambleas eclesiales diocesanas, elegidos para responder a las principales urgencias pastorales, teniendo en cuenta el contexto social y cultural de la ciudad.

Todos sabemos que el “proyecto cultural” es una iniciativa particular de la Iglesia italiana debida al celo y a la clarividencia del cardenal Ruini, pero la expresión “proyecto cultural”, más en general y radicalmente, alude al modo cómo la Iglesia se presenta ante la sociedad, es decir, el deseo de la comunidad cristiana -para responder a la misión de su Señor- de estar presente en medio de los hombres y de la historia con un proyecto de hombre, de familia y de relaciones sociales inspirado en la palabra de Dios y realizado en diálogo con la cultura de la época.

Querido señor cardenal, en esto usted ha dado un ejemplo que permanece más allá de las iniciativas del momento, un ejemplo en el compro-

miso de “pensar la fe”, con absoluta fidelidad al magisterio de la Iglesia, con puntual atención a las enseñanzas del Obispo de Roma y, al mismo tiempo, en constante escucha de las exigencias que emergen de la cultura contemporánea y de los problemas de la sociedad actual.

A la vez que expreso mi gratitud al cardenal Camillo Ruini, me alegra comunicar que, en su lugar, como vicario para la diócesis de Roma, he nombrado al cardenal Agostino Vallini, hasta ahora prefecto del Tribunal supremo de la Signatura apostólica. Lo saludo con gran afecto y lo acojo en el nuevo encargo, que le encomiendo teniendo en cuenta su experiencia pastoral, madurada primero como auxiliar en la gran diócesis de Nápoles y luego como obispo de Albano; experiencias a las que une probadas dotes de sabiduría y afabilidad. Asimismo, lo he nombrado arcipreste de la basílica de San Juan de Letrán y gran canciller de la Pontificia Universidad Lateranense.

Querido señor cardenal, desde hoy mi oración por usted será aún más intensa, a fin de que el Señor le conceda todas las gracias necesarias para este nuevo encargo. Lo animo a manifestar en plenitud su celo pastoral y le deseo un sereno y fecundo ministerio, en el que -estoy seguro- podrá contar con la constante y generosa colaboración de los obispos auxiliares y de todos los sacerdotes, los religiosos y los laicos que trabajan en el Vicariato de Roma.

Aprovecho esta feliz circunstancia, queridos hermanos y hermanas, para manifestaros a todos los que trabajáis en las oficinas centrales de la diócesis, mi viva gratitud y mi aliento a realizarlo cada vez mejor, para el bien de la Iglesia que está en Roma.

Queridos señores cardenales, que Dios os colme abundantemente de sus dones. Que recompense a quien se despide y sostenga a quien comienza su misión. Que multiplique en todos la acción de gracias a su infinita bondad y conceda siempre a cada uno la alegría de servir a Cristo trabajando humildemente por su Iglesia.

Que la Virgen María, *Salus populi romani*, vele desde el cielo sobre nosotros y nos acompañe. Invocando su intercesión, os imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros, aquí presentes, y a toda la ciudad de Roma.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,  
durante el encuentro con el  
Patriarca Bartolomé I***

*Sábado, 28 de junio de 2008.*

*Santidad*

Con profunda y sincera alegría lo saludo a usted y al distinguido séquito que lo acompaña; y me complace hacerlo con unas palabras tomadas de la segunda *carta de san Pedro* “A los que

por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo les ha cabido en suerte una fe tan preciosa como la nuestra. A vosotros, gracia y paz abundantes por el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesucristo” (2 P 1, 1-2).

La celebración de san Pedro y san Pablo, patronos de la Iglesia de Roma, al igual que la de san Andrés, patrono de la Iglesia de Constantinopla, nos brindan cada año la posibilidad de un intercambio de visitas, que siempre son ocasiones importantes para conversaciones fraternas y momentos comunes de oración. Así aumenta el conocimiento personal recíproco; se armonizan las iniciativas y aumenta la esperanza, que nos anima a todos, de poder llegar pronto a la unidad plena, para obedecer el mandato del Señor.

Este año, aquí en Roma, a la fiesta de nuestro patrono se une la feliz circunstancia de la inauguración del Año paulino, que convoqué para conmemorar el segundo milenario del nacimiento de san Pablo, con el fin de promover una reflexión cada vez más profunda sobre la herencia teológica y espiritual que dejó a la Iglesia el Apóstol de los gentiles, con su amplia y profunda obra de evangelización.

Me ha complacido saber que también Vuestra Santidad ha convocado un Año paulino. Esta feliz coincidencia pone de manifiesto las raíces de nuestra vocación cristiana común y la significativa sintonía de sentimientos y compromisos pas-

torales que estamos viviendo. Por eso, doy gracias a nuestro Señor Jesucristo, que con la fuerza de su Espíritu guía nuestros pasos hacia la unidad.

San Pablo nos recuerda que la comunión plena entre todos los cristianos tiene su fundamento en “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (*Ef* 4, 5). Por tanto, ojalá que la fe común, el único bautismo para el perdón de los pecados y la obediencia al único Señor y Salvador se manifiesten plenamente en la dimensión comunitaria y eclesial. “Un solo Cuerpo y un solo Espíritu”, afirma el Apóstol de los gentiles, y añade “como una es la esperanza a la que habéis sido llamados” (*Ef* 4, 4).

Además, san Pablo nos indica un camino seguro para mantener la unidad y, en caso de división, para restablecerla. El decreto sobre el ecumenismo del concilio Vaticano II retomó la indicación paulina y la volvió a proponer en el contexto del compromiso ecuménico, haciendo referencia a las palabras densas y siempre actuales de la *carta a los Efesios* “Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” (*Ef* 4, 1-3).

A los cristianos de Corinto, en medio de los cuales habían surgido disen-

siones, san Pablo no teme instarles encarecidamente a que tengan un mismo hablar, a que desaparezcan entre ellos las divisiones y cultiven una perfecta unión de pensamientos y sentimientos (cf. *1 Co* 1, 10). En nuestro mundo, en el que se va consolidando el fenómeno de la globalización, pero a pesar de ello siguen existiendo las divisiones y los conflictos, el hombre siente cada vez mayor necesidad de certezas y de paz.

Al mismo tiempo, sin embargo, queda extraviado y casi engañado por cierta cultura hedonista y relativista, que pone en duda la existencia misma de la verdad. Al respecto, las indicaciones del Apóstol son muy oportunas para impulsar los esfuerzos encaminados a la búsqueda de la unidad plena entre los cristianos, tan necesaria para dar a los hombres del tercer milenio un testimonio cada vez más luminoso de Cristo, camino, verdad y vida. Sólo en Cristo y en su Evangelio puede encontrar la humanidad una respuesta a sus expectativas más íntimas.

Ojalá que el Año paulino, que comenzará solemnemente esta tarde, ayude al pueblo cristiano a renovar el compromiso ecuménico, y se intensifiquen las iniciativas comunes en el camino hacia la comunión entre todos los discípulos de Cristo. Ciertamente, vuestra presencia aquí, hoy, es un signo alentador de ese camino. Por ello, os manifiesto una vez más a todos mi alegría, mientras juntos elevamos al Señor nuestra oración de gratitud.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los Arzobispos metropolitanos que  
habían recibido el Palio***

*Sala Pablo VI. Lunes, 30 de junio de  
2008*

*Venerados hermanos, distinguidas au-  
toridades; queridos hermanos y herma-  
nas:*

Después de la solemne celebración de ayer, en la que tuve la alegría de imponer el palio a los arzobispos metropolitanos nombrados durante el último año, este encuentro me brinda la grata oportunidad de renovar a todos mi cordial saludo y prolongar el clima de comunión -jerárquica y, al mismo tiempo, familiar- que se experimenta en esta circunstancia particular. La imagen del cuerpo orgánico aplicada a la Iglesia es uno de los elementos fuertes y característicos de la doctrina de san Pablo; por eso, en este Año jubilar dedicado a él, deseo encomendaros a cada uno de vosotros, queridos arzobispos, a su protección celestial. El Apóstol de los gentiles os ayude a hacer que crezcan las comunidades encomendadas a vosotros, unidas y misioneras, concordes y coordinadas en la acción pastoral, y animadas por un constante impulso apostólico.

Deseo dirigir ahora un cordial saludo a cada uno de vosotros, queridos arzobispos metropolitanos, así como a vuestros familiares y a las personalidades que han querido participar en esta cita, extendiendo el pensamiento y la

oración a vuestras Iglesias particulares. Me alegra comenzar por Tierra Santa, saludando al patriarca de Jerusalén de los latinos, mons. Fouad Twal, y a quienes lo acompañan. Saludo con afecto a mons. Giancarlo Maria Bregantini, a mons. Paolo Benotto y a mons. Francesco Montenegro, arzobispos metropolitanos respectivamente de Campobasso-Boiano, Pisa y Agrigento. Que el Señor os bendiga siempre y os guíe en vuestro ministerio pastoral diario.

Saludo con alegría a los peregrinos que han venido de Níger, de la República democrática del Congo, de Haití y de Francia. Acompañáis a los nuevos arzobispos metropolitanos a los que tuve la alegría de imponer el palio, signo de una gran comunión con la Sede apostólica. Saludo en particular a mons. Michel Christian Cartatéguy, arzobispo de Niamey (Níger); a mons. Laurent Monsengwo Pasinya, arzobispo de Kinshasa (República democrática del Congo); a mons. Louis Kébreau, arzobispo de Cabo Haitiano (Haití); a mons. Serge Miot, arzobispo de Puerto Príncipe (Haití); y a mons. Laurent Ulrich, arzobispo de Lille (Francia). Transmitid mi saludo a los sacerdotes y a todos los fieles de vuestras diócesis. Aseguradles mi oración ferviente. El palio simboliza la profunda unión de su pastor con el Sucesor de Pedro, así como la solicitud pastoral del arzobispo con respecto a su pueblo. Que los fieles se adhieran ante todo a Cristo en esta comunión de caridad para testimoniarla con valentía y verdad.

Excelencias, queridos amigos en Cristo: saludo cordialmente a los arzobispos metropolitanos de lengua inglesa, a los que impuse ayer el palio: al cardenal John Njue, arzobispo de Nairobi (Kenia); a mons. Edwin O'Brien, arzobispo de Baltimore (Estados Unidos); a mons. Anthony Mancini, arzobispo de Halifax (Canadá); a mons. Martin Currie, arzobispo de Saint John's, Newfoundland (Canadá); a mons. John Hung Shan-chuan, arzobispo de Taipei (Taiwan); a mons. Matthew Man-oso Ndagosu, arzobispo de Kaduna (Nigeria); a mons. Richard Anthony Burke, arzobispo de Benin City (Nigeria); a mons. Robert Rivas, arzobispo de Castries (Santa Lucía); a mons. John Ribat, arzobispo de Port Moresby (Papúa Nueva Guinea); a mons. Thomas Kwaku Mensah, arzobispo de Kumasi (Ghana); a mons. Thomas Rodi, arzobispo de Mobile (Estados Unidos); a mons. Donald Reece, arzobispo de Kingston en Jamaica; a mons. Peter Kairo, arzobispo de Nyeri (Kenia); a mons. John Niens-tedt, arzobispo de San Pablo y Minneapolis (Estados Unidos); y a mons. John Lee Hiong Fun-Yit Yaw, arzobispo de Kota Kinabalu (Malasia).

También saludo a los familiares y amigos de los nuevos arzobispos metropolitanos y a los fieles de todas las archidiócesis que los han acompañado a Roma. El palio del que se revisten los arzobispos es símbolo de su comunión jerárquica con el Sucesor de Pedro en el gobierno del pueblo de Dios. Está he-

cho de lana de oveja para simbolizar a Jesucristo, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y el buen Pastor que vela por su rebaño. El palio recuerda a los obispos que, como vicarios de Cristo en sus Iglesias particulares, están llamados a ser pastores según el ejemplo de Jesús. Como símbolo de la carga del oficio episcopal, recuerda también a los fieles el deber de sostener con su oración a los pastores de la Iglesia y cooperar con ellos en la difusión del Evangelio y en el crecimiento de la Iglesia de Cristo en santidad, unidad y amor.

Queridos amigos, ojalá que vuestra peregrinación a las tumbas de los apóstoles san Pedro y san Pablo os confirme en la fe católica que proviene de los Apóstoles. A todos os imparto cordialmente mi bendición apostólica como prenda de alegría y paz en el Señor.

Os dirijo un cordial saludo a todos los que habéis venido de mi diócesis de Munich y Freising para acompañar a Roma al nuevo arzobispo, mons. Reinhard Marx, con ocasión de la imposición del palio. Saludo también de todo corazón a los huéspedes de mons. Willem Jacobus Eijk, arzobispo de Utrecht. Impuse a vuestros pastores el palio, que simboliza al buen Pastor, que lleva sobre sus hombros la oveja perdida y da la vida por su grey. El Señor llamó a los Apóstoles a seguirlo con amor. Tres veces Cristo resucitado preguntó a Pedro: "¿Me amas?". Y tres veces le repitió el encargo de que apacentara a sus ovejas. Por tanto, también hoy los pastores deben

sentirse impulsados por el deseo de garantizar la unidad con el Señor y con su rebaño. Os invito a sostener el servicio de vuestros arzobispos con la armonía y con vuestras oraciones. Que el verdadero Dios os acompañe con su gracia.

Me dirijo con afecto a los arzobispos metropolitanos de lengua española, Francisco Pérez González, de Pamplona y Tudela; Lorenzo Voltolini Esti, de Portoviejo; Andrés Stanovnik, de Corrientes; Óscar Urbina Ortega, de Villavicencio; Antonio José López Castillo, de Barquisimeto, que han llegado a Roma para la solemne ceremonia de la imposición del palio, acompañados de familiares, amigos y una representación de sus respectivas Iglesias particulares. Queridos hermanos en el episcopado, que el palio, ornamento litúrgico de venerable tradición, tejido con lana blanca, os recuerde siempre a Jesucristo, el buen Pastor, y, al mismo tiempo, Cordero inmolado por nuestra salvación. Fieles a vuestro ministerio, buscad en todo momento fomentar la comunión entre los obispos de la provincia eclesiástica que presidís, y con el Obispo de Roma.

Aliento a todos los que han querido venir con vosotros en esta hermosa circunstancia a que no dejen de encomendaros en su plegaria, para que continuéis guiando a la grey que ha sido confiada a vuestros desvelos pastorales con ardiente caridad, de modo que Cristo, por el que derramaron su sangre los santos apóstoles Pedro y Pablo, sea cada vez más conocido, amado e imitado. Pido a

la Virgen María, a la que con tanto fervor se la invoca en vuestros países -España, Ecuador, Argentina, Colombia y Venezuela-, que os proteja, y sostenga con su amor de Madre a vuestros obispos sufragáneos, sacerdotes, comunidades religiosas y fieles diocesanos. Con estos sentimientos, os imparto de corazón la bendición apostólica, prenda de copiosos dones celestiales.

Saludo con fraterna estima a los arzobispos metropolitanos de lengua portuguesa que ayer recibieron el palio: mons. Mauro Aparecido dos Santos, arzobispo de Cascavel; mons. Luís Gonzaga Silva Pepeu, arzobispo de Vitória da Conquista; y mons. José Francisco Sanches Alves, arzobispo de Évora. Apreciados hermanos, sed siempre solícitos de la grey que Cristo os ha confiado, procurando fortalecer cada vez más los vínculos de comunión con el Sucesor de Pedro y entre vuestras diócesis sufragáneas. Y vosotros, queridos amigos que los acompañáis, seguid con docilidad sus enseñanzas, cooperando generosamente con ellos para el establecimiento del reino de Dios. Invocando la protección de la Virgen Madre de Dios, os imparto la bendición apostólica a todos los presentes y a las comunidades de vuestras archidiócesis.

Saludo a los peregrinos polacos. En particular saludo al nuevo arzobispo metropolitano de Gdansk, mons. Leszek Slawoj Glódz, que ayer, en la solemnidad de los apóstoles San Pedro y San Pablo, recibió el palio, signo del estrecho víncu-

lo de todo arzobispo metropolitano con el Sucesor de Pedro. Saludo a todos los que lo acompañan en este solemne momento, especialmente a sus seres queridos y a los fieles de la archidiócesis de Gdansk. Os deseo que el Año paulino recién inaugurado confirme vuestra fe, vuestro vínculo con la Iglesia y con sus pastores. En mi oración encomiendo a Dios el servicio pastoral de vuestra excelencia. Bendigo de corazón a todos los peregrinos aquí presentes. ¡Alabado sea Jesucristo!

Saludo con afecto al arzobispo de la Madre de Dios en Moscú, mons. Paolo Pezzi. Expreso mi agradecimiento a las autoridades presentes y les aseguro mi oración especial.

Dirijo mi cordial saludo a mons. Tadeusz Kondrusiewicz, arzobispo de Minsk-Mohilev, y a todos los que lo acompañan, y le expreso mis mejores deseos para su ministerio.

Saludo cordialmente a los peregrinos procedentes de Eslovaquia, que acompañan a los nuevos arzobispos metropolitanos: mons. Stanislav Zvolenský, arzobispo de Bratislava, y mons. Ján Babjak, arzobispo de Presov. Queridos hermanos y hermanas, el palio que recibieron ayer estos preladados es signo de la unión con el Obispo de Roma. Con afecto os bendigo a vosotros y a vuestras familias. ¡Alabado sea Jesucristo!

Dirijo un cordial saludo a mons. Marin Srakic, el nuevo arzobispo metropolitano de Đakovo-Osijek, a sus

familiares y a los huéspedes que han venido a Roma desde la Croacia siempre fiel. El palio es signo del vínculo particular de los pastores de la Iglesia con el Sucesor de Pedro. A la vez que deseo que el Señor te guíe y te proteja a ti, venerado hermano, y a la comunidad de los fieles de la querida Eslovaquia, imparto a todos una bendición especial. ¡Alabados sean Jesús y María!

Queridos amigos, demos gracias a Dios que no cesa de proporcionar pastores a su Iglesia, para guiarla con seguridad durante su peregrinación terrena. Recordemos siempre que para todo pastor la condición de su servicio es el amor a Cristo, a quien no se debe anteponer nada. “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”. La pregunta de Cristo a Pedro debe resonar siempre en nuestro corazón, queridos hermanos, suscitando cada vez nuestra respuesta conmovida: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo”. De este amor a Cristo brota la misión: “Apacienta mis ovejas” (*Jn* 21, 16.17). Esta misión se resume ante todo en dar testimonio de él, el Maestro y el Señor: “Sígueme” (*Jn* 21, 19). Que esta sea nuestra alegría, mientras que es ciertamente nuestra cruz: suave y ligera, porque es una cruz de amor.

Que vele siempre sobre vosotros y os sostenga la Virgen María, Madre de la esperanza; y os acompañe mi bendición apostólica, que de corazón os renuevo a cada uno de vosotros, a vuestros seres queridos y a todos los que han sido confiados a vuestro ministerio.

## HOMILÍAS

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en conexión vía satélite, en la  
Misa de clausura del 49º Congreso  
Eucarístico Internacional celebrado  
en Quebec (Canadá)***

*Domingo, 22 de junio de 2008*

*Señores cardenales; excelencias; queridos  
hermanos y hermanas:*

Mientras estáis reunidos con motivo del 49º Congreso eucarístico internacional, me alegra unirme a vosotros a través de la televisión, asociándome así a vuestra oración. Ante todo deseo saludar al señor cardenal Marc Ouellet, arzobispo de Quebec, y al señor cardenal Jozef Tomko, enviado especial al Congreso, así como a todos los cardenales y obispos presentes.

También saludo cordialmente a las personalidades de la sociedad civil que han querido participar en la liturgia. Saludo con afecto a los sacerdotes, a los diáconos y a todos los fieles presentes, así como a todos los católicos de Quebec, de todo Canadá y de los demás continentes. No olvido que vuestro país celebra este año el IV centenario de su fundación. Es una ocasión para que cada uno recuerde los valores que animaban a los pioneros y a los misioneros en vuestro país.

El tema elegido para este nuevo Congreso eucarístico internacional es: “La

Eucaristía, don de Dios para la vida del mundo”. La Eucaristía es nuestro tesoro más valioso. Es el sacramento por excelencia; nos introduce anticipadamente en la vida eterna; contiene todo el misterio de nuestra salvación; y es la fuente y la cumbre de la acción y de la vida de la Iglesia, como recuerda el concilio Vaticano II (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 8).

Por tanto, es sumamente importante que los pastores y los fieles se comprometan constantemente a profundizar en este gran sacramento. Así, cada uno podrá fortalecer su fe y cumplir cada vez mejor su misión en la Iglesia y en el mundo, recordando que la Eucaristía conlleva la fecundidad en su vida personal, así como en la vida de la Iglesia y del mundo. El Espíritu de verdad da testimonio en vuestro corazón; también vosotros dad testimonio de Cristo ante los hombres, como reza la antifona del Aleluya de esta misa.

Por consiguiente, la participación en la Eucaristía no nos aleja de nuestros contemporáneos; al contrario, dado que es la expresión por excelencia del amor de Dios, nos invita a comprometernos con todos nuestros hermanos para afrontar los desafíos actuales y para hacer de la tierra un lugar en que se viva bien. Por eso, debemos luchar sin cesar para que se respete a toda persona desde su concepción hasta su muerte natural; para que nuestras so-

ciudades ricas acojan a los más pobres y reconozcan toda su dignidad; para que cada persona pueda alimentarse y mantener a su familia; y para que en todos los continentes reinen la paz y la justicia. Éstos son algunos de los desafíos que han de movilizar a todos nuestros contemporáneos: para afrontarlos, los cristianos deben encontrar la fuerza en el misterio eucarístico.

“Misterio de la fe”: es lo que proclamamos en cada misa. Deseo que todos se esfuercen por estudiar este gran misterio, especialmente releando y profundizando, individual y colectivamente, en el texto del Concilio sobre la liturgia, la constitución *Sacrosanctum Concilium*, con el fin de testimoniar con valentía ese misterio. De este modo, cada persona logrará entender mejor el sentido de cada aspecto de la Eucaristía, comprendiendo su profundidad y viviéndola cada vez con mayor intensidad.

Cada frase, cada gesto tiene su sentido, y entraña un misterio. Espero sinceramente que este Congreso impulse a todos los fieles a comprometerse igualmente en una renovación de la catequesis eucarística, de modo que ellos mismos adquieran una auténtica conciencia eucarística y, a su vez, enseñen a los niños y a los jóvenes a reconocer el misterio central de la fe y a construir su vida en torno a él. Exhorto de manera especial a los sacerdotes a rendir el debido honor al rito eucarístico y pido a todos los fieles que, en la acción

eucarística, respeten la función de cada persona, tanto del sacerdote como de los laicos. La liturgia no nos pertenece a nosotros: es el tesoro de la Iglesia.

La recepción de la Eucaristía, la adoración del Santísimo Sacramento -con ella queremos profundizar nuestra comunión, prepararnos para ella y prolongarla- nos permite entrar en comunión con Cristo, y a través de él, con toda la Trinidad, para llegar a ser lo que recibimos y para vivir en comunión con la Iglesia. Al recibir el Cuerpo de Cristo recibimos la fuerza “para la unidad con Dios y con los demás” (cf. san Cirilo de Alejandría, *In Ioannis Evangelium*, 11, 11; cf. san Agustín, *Sermo 577*).

No debemos olvidar nunca que la Iglesia está construida en torno a Cristo y que, como dijeron san Agustín, santo Tomás de Aquino y san Alberto Magno, siguiendo a san Pablo (cf. *1 Co 10, 17*), la Eucaristía es el sacramento de la unidad de la Iglesia, porque todos formamos un solo cuerpo, cuya cabeza es el Señor. Debemos recordar siempre la última Cena del Jueves santo, donde recibimos la prenda del misterio de nuestra redención en la cruz. La última Cena es el lugar donde nació la Iglesia, el seno donde se encuentra la Iglesia de todos los tiempos. En la Eucaristía se renueva continuamente el sacrificio de Cristo, se renueva continuamente Pentecostés. Ojalá que todos toméis cada vez mayor conciencia de la importancia de la Eucaristía dominical, porque

el domingo, el primer día de la semana, es el día en que honramos a Cristo, el día en que recibimos la fuerza para vivir diariamente el don de Dios.

También deseo invitar a los pastores y a los fieles a prestar atención renovada a su preparación para recibir la Eucaristía. A pesar de nuestra debilidad y nuestro pecado, Cristo quiere habitar en nosotros. Por eso, debemos hacer todo lo posible para recibirlo con un corazón puro, recuperando sin cesar, mediante el sacramento del perdón, la pureza que el pecado mancilló, “poniendo nuestra alma de acuerdo con nuestra voz” según la invitación del Concilio (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 11). De hecho, el pecado, sobre todo el pecado grave, se opone a la acción de la gracia eucarística en nosotros. Por otra parte, los que no pueden comulgar debido a su situación, de todos modos, encontrarán en una comunión de deseo y en la participación en la Eucaristía una fuerza y una eficacia salvadora.

La Eucaristía ocupa un lugar muy especial en la vida de los santos. Demos gracias a Dios por la historia de santidad de Quebec y de Canadá, que ha contribuido a la vida misionera de la Iglesia. Vuestro país honra de modo particular a sus mártires canadienses, Juan de Brébeuf, Isaac Jogues y sus compañeros, que dieron su vida por Cristo, uniéndose así a su sacrificio en la cruz. Pertenecen a la generación de hombres y mujeres que fundaron y desarrollaron la Iglesia en Canadá,

con Margarita Bourgeoys, Margarita de Youville, María de la Encarnación, María-Catalina de San Agustín, monseñor François de Laval, fundador de la primera diócesis de América del norte, Dina Bélanger y Catalina Tekakwitha.

Seguid su ejemplo. Como ellos, no tengáis miedo. Dios os acompaña y os protege. Haced que cada día sea una ofrenda a la gloria de Dios Padre y participad en la construcción del mundo, recordando con sano orgullo vuestra herencia religiosa y su arraigo social y cultural, y esforzándoos por difundir en vuestro entorno los valores morales y espirituales que nos vienen del Señor. La Eucaristía no es sólo un banquete entre amigos. Es misterio de alianza. “Las plegarias y los ritos del sacrificio eucarístico hacen revivir continuamente ante los ojos de nuestra alma, siguiendo el ciclo litúrgico, toda la historia de la salvación, y nos ayudan a penetrar cada vez más en su significado” (santa Teresa Benedicta de la Cruz, [Edith Stein], *Wege zur inneren Stille*, Aschaffenburg 1987, p. 67). Estamos llamados a entrar en este misterio de alianza modelando cada vez más nuestra vida según el don recibido en la Eucaristía.

La Eucaristía, como recuerda el concilio Vaticano II, tiene un carácter sagrado: “Toda celebración litúrgica, como obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es la acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo gra-

do, no iguala ninguna otra acción de la Iglesia” (*Sacrosanctum Concilium*, 7). En cierto sentido, es una “liturgia celestial”, anticipación del banquete en el Reino eterno, al anunciar la muerte y la resurrección de Cristo, “hasta que vuelva” (*1 Co* 11, 26).

A fin de que al pueblo de Dios no le falten nunca ministros para darle el Cuerpo de Cristo, debemos pedir al Señor que otorgue a su Iglesia el don de nuevos sacerdotes. Os invito también a transmitir la llamada al sacerdocio a los jóvenes, para que acepten con alegría y sin miedo responder a Cristo. No quedarán defraudados. Que las familias sean el lugar principal y la cuna de las vocaciones.

Antes de terminar, con alegría os anuncio el próximo Congreso eucarístico internacional. Se celebrará en Dublín, Irlanda, en el año 2012. Pido al Señor que os ayude a cada uno a descubrir la profundidad y la grandeza del misterio de la fe. Que Cristo, presente en la Eucaristía, y el Espíritu Santo, invocado sobre el pan y sobre el vino, os acompañen en vuestro camino diario y en vuestra misión. A ejemplo de la Virgen María, estad abiertos a la obra de Dios en vosotros.

Encomendándoos a la intercesión de Nuestra Señora, de santa Ana, patrona de Quebec, y de todos los santos de vuestra tierra, os imparto a todos una afectuosa bendición apostólica, y a todas las personas presentes, que

han acudido de los diferentes países del mundo.

Queridos amigos, al llegar a su fin este importante acontecimiento en la vida de la Iglesia, os invito a todos a uniros a mí en la oración por el éxito del próximo Congreso eucarístico internacional, que se celebrará en el año 2012 en la ciudad de Dublín. Aprovecho la ocasión para saludar cordialmente al pueblo de Irlanda, que se prepara para acoger ese encuentro eclesial. Confío en que, juntamente con todos los participantes en el próximo Congreso, encuentren en él una fuente de permanente renovación espiritual.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la celebración de las primeras  
Vísperas de la Solemnidad de San  
Pedro y San Pablo con ocasión de la  
inauguración del Año Paulino***

*Basilica de San Pablo extramuros. Sábado, 28 de junio de 2008*

*Santidad y delegados fraternos; señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:*

Estamos reunidos junto a la tumba de san Pablo, que nació, hace dos mil años, en Tarso de Cilicia, en la actual Turquía. ¿Quién era este Pablo? En el templo de Jerusalén, ante la multitud agitada que quería matarlo, se presen-

ta a sí mismo con estas palabras: “Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad (Jerusalén), instruido a los pies de Gamaliel en la estricta observancia de la Ley de nuestros padres; estaba lleno de celo por Dios...” (*Hch* 22, 3). Al final de su camino, dirá de sí mismo: “Yo he sido constituido... maestro de los gentiles en la fe y en la verdad” (*1 Tm* 2, 7; cf. *2 Tm* 1, 11).

Maestro de los gentiles, apóstol y heraldo de Jesucristo: así se define a sí mismo con una mirada retrospectiva al itinerario de su vida. Pero su mirada no se dirige solamente al pasado. “Maestro de los gentiles”: esta expresión se abre al futuro, a todos los pueblos y a todas las generaciones. San Pablo no es para nosotros una figura del pasado, que recordamos con veneración. También para nosotros, es maestro, apóstol y heraldo de Jesucristo.

Por tanto, no estamos reunidos para reflexionar sobre una historia pasada, irrevocablemente superada. San Pablo quiere hablar con nosotros hoy. Por eso he querido convocar este “Año paulino” especial: para escucharlo y aprender ahora de él, como nuestro maestro, “la fe y la verdad” en las que se arraigan las razones de la unidad entre los discípulos de Cristo. En esta perspectiva he querido encender, para este bimilenario del nacimiento del Apóstol, una “llama paulina” especial, que permanecerá encendida durante todo el año en un

brasero particular puesto en el atrio de cuatro pórticos de la basílica.

Para solemnizar este acontecimiento he inaugurado también la así llamada “puerta paulina”, por la que he entrado en la basílica acompañado por el Patriarca de Constantinopla, por el cardenal arcipreste y por otras autoridades religiosas. Para mí, es motivo de íntima alegría que la inauguración del “Año paulino” asuma un carácter ecuménico peculiar por la presencia de numerosos delegados y representantes de otras Iglesias y comunidades eclesiales, a quienes acojo con corazón abierto.

Saludo en primer lugar a Su Santidad el Patriarca Bartolomé I y a los miembros de la delegación que lo acompaña, así como al numeroso grupo de laicos que desde varias partes del mundo han venido a Roma para vivir con él y con todos nosotros estos momentos de oración y de reflexión. Saludo a los delegados fraternos de las Iglesias que tienen un vínculo particular con el apóstol san Pablo -Jerusalén, Antioquía, Chipre y Grecia- y forman el ambiente geográfico de la vida del Apóstol antes de su llegada a Roma. Saludo cordialmente a los hermanos de las diversas Iglesias y comunidades eclesiales de Oriente y Occidente, así como a todos vosotros que habéis querido participar en este solemne inicio del “Año” dedicado al Apóstol de los gentiles.

Por consiguiente, estamos aquí reunidos para interrogarnos sobre el gran

Apóstol de los gentiles. No sólo nos preguntamos: ¿Quién *era* san Pablo? Sobre todo nos preguntamos: ¿Quién *es* san Pablo? ¿Qué me dice a mí? En esta hora, al inicio del “Año paulino” que estamos inaugurando, quiero elegir del rico testimonio del Nuevo Testamento tres textos en los que se manifiesta su fisonomía interior, lo específico de su carácter.

En la *carta a los Gálatas* nos dio una profesión de fe muy personal, en la que abre su corazón ante los lectores de todos los tiempos y revela cuál es la motivación más íntima de su vida. “Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (*Ga* 2, 20). Todo lo que hace san Pablo parte de este centro. Su fe es la experiencia de ser amado por Jesucristo de un modo totalmente personal; es la conciencia de que Cristo no afrontó la muerte por algo anónimo, sino por amor a él -a san Pablo-, y que, como Resucitado, lo sigue amando, es decir, que Cristo se entregó por él. Su fe consiste en ser conquistado por el amor de Jesucristo, un amor que lo conmueve en lo más íntimo y lo transforma. Su fe no es una teoría, una opinión sobre Dios y sobre el mundo. Su fe es el impacto del amor de Dios en su corazón. Y así esta misma fe es amor a Jesucristo.

Muchos presentan a san Pablo como un hombre combativo que sabe usar la espada de la palabra. De hecho, en su camino de apóstol no faltaron las disputas. No buscó una armonía superfi-

cial. En la primera de su *Cartas*, la que dirigió a los *Tesalonicenses*, él mismo dice: “Tuvimos la valentía de predicaros el Evangelio de Dios entre frecuentes luchas... Como sabéis, nunca nos presentamos con palabras aduladoras” (*1 Ts* 2, 2. 5).

Para él, la verdad era demasiado grande como para estar dispuesto a sacrificarla en aras de un éxito externo. Para él, la verdad que había experimentado en el encuentro con el Resucitado bien merecía la lucha, la persecución y el sufrimiento. Pero lo que lo motivaba en lo más profundo era el hecho de ser amado por Jesucristo y el deseo de transmitir a los demás este amor. San Pablo era un hombre capaz de amar, y todo su obrar y sufrir sólo se explican a partir de este centro. Los conceptos fundamentales de su anuncio únicamente se comprenden sobre esta base.

Tomemos solamente una de sus palabras-clave: la libertad. La experiencia de ser amado hasta el fondo por Cristo le había abierto los ojos sobre la verdad y sobre el camino de la existencia humana; aquella experiencia lo abarcaba todo. San Pablo era libre como hombre amado por Dios que, en virtud de Dios, era capaz de amar juntamente con él. Este amor es ahora la “ley” de su vida, y, precisamente, así es la libertad de su vida. Habla y actúa movido por la responsabilidad del amor. Libertad y responsabilidad están aquí inseparablemente unidas. Por estar en la responsabilidad del amor, es libre; por

ser alguien que ama, vive totalmente en la responsabilidad de este amor y no considera la libertad como un pretexto para el arbitrio y el egoísmo.

Con ese mismo espíritu, san Agustín formuló la frase que luego se hizo famosa: “*Dilige et quod vis fac*” (*Tract. In 1 Jo 7, 7-8*), “Ama y haz lo que quieras”. Quien ama a Cristo como lo amaba san Pablo, verdaderamente, puede hacer lo que quiera, porque su amor está unido a la voluntad de Cristo y, de este modo, a la voluntad de Dios; porque su voluntad está anclada en la verdad y porque su voluntad ya no es simplemente su voluntad, arbitrio del yo autónomo, sino que está integrada en la libertad de Dios y de ella recibe el camino por recorrer.

En la búsqueda de la fisonomía interior de san Pablo, quisiera recordar, en segundo lugar, las palabras que Cristo resucitado le dirigió en el camino de Damasco. Primero el Señor le dice: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. Ante la pregunta: “¿Quién eres, Señor?”, recibe como respuesta: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (*Hch 9, 4 s*). Persiguiendo a la Iglesia, Pablo perseguía a Jesús mismo. “Tú *me* persigues”. Jesús se identifica con la Iglesia en un solo sujeto.

En el fondo, en esta exclamación del Resucitado, que transformó la vida de Saulo, se halla contenida toda la doctrina sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Cristo no se retiró al cie-

lo, dejando en la tierra una multitud de seguidores que llevan adelante “su causa”. La Iglesia no es una asociación que quiere promover cierta causa. En ella, no se trata de una causa. En ella, se trata de la persona de Jesucristo, que también como Resucitado sigue siendo “carne”. Tiene “carne y huesos” (*Lc 24, 39*), como afirma en *el evangelio de san Lucas* el Resucitado ante los discípulos que creían que era un espíritu. Tiene un cuerpo.

Está presente personalmente en su Iglesia; “Cabeza y Cuerpo” forman un único sujeto, dirá san Agustín. “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?”, escribe san Pablo a los Corintios (*1 Co 6, 15*). Y añade: del mismo modo que, según *el libro del Génesis*, el hombre y la mujer llegan a ser una sola carne, así también Cristo con los suyos se convierte en un solo espíritu, es decir, en un único sujeto en el mundo nuevo de la resurrección (cf. *1 Co 6, 16 ss*).

En todo esto, se refleja el misterio eucarístico, en el que Cristo entrega continuamente su Cuerpo y hace de nosotros su Cuerpo: “El pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno, nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan” (*1 Co 10, 16-17*).

En esta hora, no sólo san Pablo, sino también el Señor mismo se dirige a nosotros con estas palabras: ¿Cómo

habéis podido desgarrar mi Cuerpo? Ante el rostro de Cristo, estas palabras se transforman al mismo tiempo en una petición urgente: condúcenos nuevamente a la unidad desde todas las divisiones. Haz que hoy sea de nuevo realidad: Hay un solo pan, por eso nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo.

Para san Pablo, las palabras sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo no son una comparación cualquiera. Van más allá de una comparación. “¿Por qué *me* persigues?”. Cristo nos atrae continuamente dentro de su Cuerpo, edifica su Cuerpo a partir del centro eucarístico, que, para san Pablo, es el centro de la existencia cristiana, en virtud del cual todos y cada uno podemos experimentar de un modo totalmente personal: él *me* ha amado y se ha entregado por *mí*.

Concluyo con unas de las últimas palabras de san Pablo, una exhortación a Timoteo desde la cárcel, poco antes de su muerte: “Soporta conmigo los sufrimientos por el Evangelio”, dice el Apóstol a su discípulo (2 *Tm* 1, 8). Estas palabras, escritas por el Apóstol como un testamento al final de su camino, remiten al inicio de su misión. Mientras Pablo, después de su encuentro con el Resucitado, estaba ciego en su casa de Damasco, Ananías recibió la orden de ir a visitar al temido perseguidor e imponerle las manos para devolverle la vista. Ante la objeción de que Saulo era un perseguidor peligroso de los cristianos, Ananías recibió como

respuesta: Este hombre debe llevar mi nombre ante los pueblos y los reyes. “Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre” (*Hch* 9, 16).

El encargo del anuncio y la llamada al sufrimiento por Cristo están inseparablemente unidos. La llamada a ser maestro de los gentiles es al mismo tiempo e intrínsecamente, una llamada al sufrimiento en la comunión con Cristo, que nos ha redimido mediante su Pasión. En un mundo en el que la mentira es poderosa, la verdad se paga con el sufrimiento. Quien quiera evitar el sufrimiento, mantenerlo lejos de sí, mantiene lejos la vida misma y su grandeza; no puede ser servidor de la verdad, y así servidor de la fe.

No hay amor sin sufrimiento, sin el sufrimiento de la renuncia a sí mismos, de la transformación y purificación del yo por la verdadera libertad. Donde no hay nada por lo que valga la pena sufrir, incluso la vida misma pierde su valor. La Eucaristía, el centro de nuestro ser cristianos, se funda en el sacrificio de Jesús por nosotros, nació del sufrimiento del amor, que en la cruz alcanzó su culmen. Nosotros vivimos de este amor que se entrega. Este amor nos da la valentía y la fuerza para sufrir con Cristo y por él en este mundo, sabiendo que precisamente así nuestra vida se hace grande, madura y verdadera.

A la luz de todas las cartas de san Pablo, vemos cómo se cumplió en su

camino de maestro de los gentiles la profecía hecha a Ananías en la hora de la llamada: “Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre”. Su sufrimiento lo hace creíble como maestro de verdad, que no busca su propio interés, su propia gloria, su propia satisfacción personal, sino que se compromete por Aquél que nos amó y se entregó a sí mismo por todos nosotros.

En esta hora damos gracias al Señor porque llamó a san Pablo, transformándolo en luz de los gentiles y maestro de todos nosotros, y le pedimos: Concédenos también hoy testigos de la Resurrección, conquistados por tu amor y capaces de llevar la luz del Evangelio a nuestro tiempo. San Pablo, ruega por nosotros. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
y del Patriarca Ecuménico,  
Bartolomé I, en la misa en la  
solemnidad de los apóstoles San  
Pedro y San Pablo***

*Basílica de San Pedro. Domingo, 29  
de junio de 2008.*

**HOMILÍA DE SU SANTIDAD,  
BENEDICTO XVI**

*Santidad y delegados fraternos; señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:*

Desde los tiempos más antiguos, la Iglesia de Roma celebra la solemnidad de los grandes apóstoles san Pedro y san Pablo como una única fiesta en el mismo día, el 29 de junio. Con su martirio se convirtieron en hermanos; juntos son los fundadores de la nueva Roma cristiana. Como tales, los celebra el himno de las segundas Vísperas, que se remonta a san Paulino de Aquileya (+806): “*O Roma felix. Dichosa tú, Roma, purpurada por la sangre preciosa de tan grandes Apóstoles, que aventajas a cuanto hay de bello en el mundo, no tanto por tu fama, cuanto por los méritos de los santos, que martirizaste con espada sanguinaria*”.

La sangre de los mártires no clama venganza, sino que reconcilia. No se presenta como acusación, sino como “luz áurea”, según las palabras del himno de las primeras Vísperas: se presenta como fuerza del amor que supera el odio y la violencia, fundando así una nueva ciudad, una nueva comunidad. Por su martirio, san Pedro y san Pablo ahora forman parte de Roma: en virtud de su martirio, también san Pedro se convirtió para siempre en ciudadano romano. Mediante el martirio, mediante su fe y su amor, los dos Apóstoles indican dónde está la verdadera esperanza, y son fundadores de un nuevo tipo de ciudad, que debe formarse continuamente en medio de la antigua ciudad humana, que sigue amenazada por las fuerzas contrarias del pecado y del egoísmo de los hombres.

En virtud de su martirio, san Pedro y san Pablo están unidos para siempre con una relación recíproca. Una imagen preferida de la iconografía cristiana es el abrazo de los dos Apóstoles en camino hacia el martirio. Podemos decir que su mismo martirio, en lo más profundo, es la realización de un abrazo fraterno. Mueren por el único Cristo y, en el testimonio por el que dan la vida, son uno.

En los escritos del Nuevo Testamento podemos seguir, por decirlo así, el desarrollo de su abrazo, de este formar unidad en el testimonio y en la misión. Todo comienza cuando san Pablo, tres años después de su conversión, va a Jerusalén “para conocer a Cefas” (*Ga* 1, 18). Catorce años después, sube de nuevo a Jerusalén para exponer “a las personas más notables” el Evangelio que proclama, para saber “si corría o había corrido en vano” (*Ga* 2, 2). Al final de este encuentro, Santiago, Cefas y Juan le tienden la mano, confirmando así la comunión que los une en el único Evangelio de Jesucristo (cf. *Ga* 2, 9). Un hermoso signo de este abrazo interior que se profundiza, que se desarrolla a pesar de la diferencia de temperamentos y tareas, es el hecho de que los colaboradores mencionados al final de la *primera carta de san Pedro* -Silvano y Marcos-, también son íntimos colaboradores de san Pablo. Al tener los mismos colaboradores, se manifiesta de modo muy concreto la comunión de la única Iglesia, el abrazo de los grandes Apóstoles.

San Pedro y san Pablo se encontraron al menos dos veces en Jerusalén; al final, el camino de ambos desembocó en Roma. ¿Por qué? ¿Sucedió sólo por casualidad? ¿Ese hecho contiene un mensaje duradero? San Pablo llegó a Roma como prisionero, pero, al mismo tiempo, como ciudadano romano que, tras su detención en Jerusalén, precisamente en cuanto tal había recurrido al emperador, a cuyo tribunal fue llevado. Pero en un sentido aún más profundo, san Pablo vino voluntariamente a Roma.

Con la más importante de sus *Cartas* ya se había acercado interiormente a esta ciudad: había dirigido a la Iglesia en Roma el escrito que, más que cualquier otro, es la síntesis de todo su anuncio y de su fe. En el saludo inicial de la *Carta* dice que todo el mundo habla de la fe de los cristianos de Roma y que, por tanto, esta fe es conocida por doquier por su ejemplaridad (cf. *Rm* 1, 8). Y escribe también: “Pues no quiero que ignoréis, hermanos, las muchas veces que me propuse ir a vosotros, pero hasta el presente, me he visto impedido” (*Rm* 1, 13). Al final de la *Carta* retoma este tema, hablando de su proyecto de ir a España. “Cuando me dirija a España..., espero veros al pasar, y ser encaminado por vosotros hacia allá, después de haber disfrutado un poco de vuestra compañía” (*Rm* 15, 24). “Y bien sé que, al ir a vosotros, lo haré con la plenitud de las bendiciones de Cristo” (*Rm* 15, 29).

Aquí resultan evidentes dos cosas: Roma es para san Pablo una etapa en su camino hacia España, es decir, según su concepto del mundo, hacia el borde extremo de la tierra. Considera su misión como la realización de la tarea recibida de Cristo de llevar el Evangelio hasta los últimos confines del mundo. En este itinerario, está Roma. Dado que por lo general san Pablo va solamente a los lugares en los que el Evangelio aún no ha sido anunciado, Roma constituye una excepción. Allí encuentra una Iglesia de cuya fe habla el mundo. Ir a Roma forma parte de la universalidad de su misión como enviado a todos los pueblos. El camino hacia Roma, que ya antes de realizar concretamente su viaje, ha recorrido en su interior con su *Carta*, es parte integrante de su tarea de llevar el Evangelio a todas las gentes, de fundar la Iglesia católica, universal. Para él, ir a Roma es expresión de la catolicidad de su misión. Roma debe manifestar la fe a todo el mundo, debe ser el lugar del encuentro en la única fe.

Pero, ¿por qué vino a Roma san Pedro? Sobre esto el Nuevo Testamento no dice nada de modo directo. Sin embargo, nos da alguna pista. El *Evangelio según san Marcos*, que podemos considerar como un reflejo de la predicación de san Pedro, está íntimamente orientado al momento en el que el centurión romano, ante la muerte de Jesucristo en la cruz, dice: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (*Mc* 15, 39). Junto a la cruz se revela

el misterio de Jesucristo. Bajo la cruz nace la Iglesia de los gentiles: el centurión del pelotón romano de ejecución reconoce en Cristo al Hijo de Dios.

Los *Hechos de los Apóstoles* describen como etapa decisiva para el ingreso del Evangelio en el mundo de los paganos el episodio de Cornelio, el centurión de la cohorte Itálica. Por orden de Dios, manda a alguien a llamar a san Pedro, y éste, también siguiendo una orden divina, va a la casa del centurión y predica. Mientras está hablando, el Espíritu Santo desciende sobre la comunidad doméstica reunida, y san Pedro dice: “¿Acaso puede alguien negar el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?” (*Hch* 10, 47).

Así, en el concilio de los Apóstoles, san Pedro intercede por la Iglesia de los paganos, que no necesitan la Ley, porque Dios “purificó sus corazones con la fe” (*Hch* 15, 9). Ciertamente, en la *carta a los Gálatas* san Pablo dice que Dios dio a Pedro la fuerza para el ministerio apostólico entre los circuncisos, mientras que a él, Pablo, para el ministerio entre los paganos (cf. *Ga* 2, 8). Pero esta asignación sólo podía estar en vigor mientras Pedro permanecía con los Doce en Jerusalén, con la esperanza de que todo Israel se adhiriera a Cristo. Ante un desarrollo ulterior, los Doce reconocieron la hora en la que también ellos debían dirigirse al mundo entero, para anunciarle el Evangelio.

San Pedro, que según la orden de Dios había sido el primero en abrir la puerta a los paganos, deja ahora la presidencia de la Iglesia cristiano-judía a Santiago el Menor, para dedicarse a su verdadera misión: el ministerio para la unidad de la única Iglesia de Dios formada por judíos y paganos. Como hemos visto, entre las características de la Iglesia, el deseo de san Pablo de venir a Roma subraya, sobre todo, la palabra *catholica*. El camino de san Pedro hacia Roma, como representante de los pueblos del mundo, se rige sobre todo por la palabra *una*: su tarea consiste en crear *la unidad* de la *catholica*, de la Iglesia formada por judíos y paganos, de la Iglesia de todos los pueblos.

Ésta es la misión permanente de san Pedro: hacer que la Iglesia no se identifique jamás con una sola nación, con una sola cultura o con un solo Estado. Que sea siempre la Iglesia de todos. Que reúna a la humanidad por encima de todas las fronteras y, en medio de las divisiones de este mundo, haga presente la paz de Dios, la fuerza reconciliadora de su amor. Gracias a la técnica, que es igual por doquier, gracias a la red mundial de informaciones, como también gracias a la unión de intereses comunes, existen hoy en el mundo nuevos modos de unidad, que, sin embargo, generan también nuevos contrastes y dan nuevo impulso a los antiguos. En medio de esta unidad externa, basada en las cosas materiales, tenemos gran necesidad de unidad interior, que proviene de la paz de Dios, unidad de

todos los que, mediante Jesucristo, se han convertido en hermanos y hermanas. Esta es la misión permanente de san Pedro y también la tarea particular encomendada a la Iglesia de Roma.

Queridos hermanos en el episcopado, quiero dirigirme ahora a vosotros que habéis venido a Roma para recibir el palio como símbolo de vuestra dignidad y de vuestra responsabilidad de arzobispos en la Iglesia de Jesucristo. El palio ha sido tejido con lana de oveja, que el Obispo de Roma bendice todos los años en la fiesta de la Cátedra de san Pedro, apartándolas, por decirlo así, para que se transformen en un símbolo para la grey de Cristo, que apacentáis.

Cuando se nos impone el palio sobre los hombros, ese gesto nos recuerda al pastor que pone sobre sus hombros la oveja perdida, la cual, por sí sola, ya no encuentra el camino a casa, y la devuelve al redil. Los Padres de la Iglesia vieron, en esta oveja, la imagen de toda la humanidad, de toda la naturaleza humana, que se ha perdido y ya no encuentra el camino a casa. El Pastor que la devuelve a casa solamente puede ser el *Logos*, la Palabra eterna de Dios mismo. En la encarnación, él nos puso a todos -la oveja "hombre"- sobre sus hombros. Él, la Palabra eterna, el verdadero Pastor de la humanidad, nos lleva; en su humanidad, nos lleva a cada uno de nosotros sobre sus hombros. Por el camino de la cruz, nos llevó a casa, nos lleva a casa. Pero tam-

bién quiere tener hombres que “lleven” juntamente con él.

Ser pastores en la Iglesia de Cristo significa participar en esta tarea, que el palio nos recuerda. Cuando nos revestimos con él, Cristo nos pregunta: “¿Llevas también tú, conmigo, a aquellos que me pertenecen? ¿Los llevas a mí, a Jesucristo?”. Y entonces nos viene a la mente el relato del envío de Pedro por parte del Resucitado. Cristo resucitado une inseparablemente la orden: “Apacienta mis ovejas” a la pregunta: “¿Me amas más que éstos?”. Cada vez que nos revestimos con el palio del pastor de la grey de Cristo deberíamos escuchar esta pregunta: “¿Me amas?”, y deberíamos dejarnos interrogar sobre el suplemento de amor que espera del pastor.

Así, el palio se convierte en símbolo de nuestro amor al Pastor Cristo y de nuestro amar con él; se convierte en símbolo de la llamada a amar a los hombres como él, con él: a los que están en busca, a los que se plantean interrogantes, a los que se sienten seguros de sí mismos y a los humildes, a los sencillos y a los grandes; se convierte en símbolo de la llamada a amarlos a todos con la fuerza de Cristo y con vistas a Cristo, para que puedan encontrarlo a él y en él encontrarse a sí mismos. Pero el palio, que recibí “desde” la tumba de san Pedro, tiene también un segundo significado, unido inseparablemente al primero. Puede ayudarnos a comprenderlo una palabra de la *primera carta*

*de san Pedro*. En su exhortación a los presbíteros a apacentar la grey de modo justo, san Pedro se califica a sí mismo *synpresbíteros*, con-presbítero (cf. *1 P* 5, 1). Esta fórmula contiene implícitamente una afirmación del principio de la sucesión apostólica: los pastores que se suceden son pastores como él, lo son juntamente con él, pertenecen al ministerio común de los pastores de la Iglesia de Jesucristo, un ministerio que continúa en ellos.

Pero ese “con” tiene también otros dos significados. Expresa asimismo la realidad que indicamos hoy con la palabra “colegialidad” de los obispos. Todos nosotros somos con-presbíteros. Nadie es pastor él solo. Sólo estamos en la sucesión de los Apóstoles porque estamos en la comunión del Colegio, en el que tiene su continuación el Colegio de los Apóstoles. La comunión, el “nosotros” de los pastores forma parte del ser pastores, porque la grey es una sola, la única Iglesia de Jesucristo. Y, por último, ese “con” remite también a la comunión con Pedro y con su sucesor como garantía de unidad. Así, el palio nos habla de la catolicidad de la Iglesia, de la comunión universal entre el pastor y la grey. Y nos remite a la apostolicidad: a la comunión con la fe de los Apóstoles, sobre la que está fundada la Iglesia. Nos habla de la *Eclesía una, catholica, apostolica* y, naturalmente, uniéndonos a Cristo, nos habla precisamente también del hecho de que la Iglesia es *sancta* y nuestro actuar es un servicio a su santidad.

Por último, esto me hace volver otra vez a san Pablo y a su misión. En el capítulo 15 de la *carta a los Romanos*, con una frase extraordinariamente hermosa, expresó lo esencial de su misión, así como la razón más profunda de su deseo de venir a Roma. Sabe que está llamado “a ser para los gentiles *liturgo* de Jesucristo, ejerciendo como *sacerdote* el sagrado oficio del Evangelio de Dios, para que la oblación de los gentiles sea agradable, santificada por el Espíritu Santo” (*Rm* 15,16). Sólo en este versículo san Pablo usa la palabra «*hierourgein*» (administrar como sacerdote) junto con «*leitourgós*» (liturgo): habla de la liturgia cósmica, en la que el mundo mismo de los hombres debe transformarse en adoración a Dios, en oblación en el Espíritu Santo. Cuando el mundo, en su totalidad, se transforme en liturgia de Dios, cuando su realidad se transforme en adoración, entonces alcanzará su meta, entonces estará salvado. Éste es el objetivo último de la misión apostólica de san Pablo y de nuestra misión. A este ministerio nos llama el Señor. Roguemos en esta hora para que él nos ayude a ejercerlo como es preciso y a convertirnos en verdaderos liturgos de Jesucristo. Amén.

## HOMILÍA DE SU SANTIDAD, BARTOLOMÉ I

### *Santidad:*

Teniendo aún viva la alegría y la emoción de la personal y bendita participación de Su Santidad en la fies-

ta patronal de Constantinopla, en la memoria de san Andrés apóstol, “el primer llamado”, en noviembre de 2006, hemos salido “con paso exultante”, desde El Fanar de la nueva Roma, para venir donde usted, a fin de participar de su alegría en la fiesta patronal de la antigua Roma. Y hemos venido donde usted “con la plenitud de la bendición del Evangelio de Cristo” (*Rm* 15, 29), restituyendo el honor y el amor, festejando, juntamente con nuestro predilecto hermano en la tierra de Occidente, a “los heraldos seguros e inspirados, los corifeos de los discípulos del Señor”, los santos apóstoles Pedro, hermano de Andrés, y Pablo, estas dos inmensas columnas centrales de toda la Iglesia, elevadas hacia el cielo, las cuales, en esta histórica ciudad, dieron también la última brillante confesión de Cristo: aquí entregaron su alma al Señor con el martirio, uno con la cruz y otro con la espada, santificándola.

Por tanto, saludamos con profundísimo y devoto amor, de parte de la santísima Iglesia de Constantinopla y de sus hijos dispersos por el mundo, a Su Santidad, querido hermano, augurando de corazón “a cuantos están en Roma amados por Dios” (*Rm* 1, 7) que gocen de buena salud, paz y prosperidad, y que progresen día y noche hacia la salvación, “fervientes en el espíritu, sirviendo al Señor, alegres en la esperanza, fuertes en la tribulación, perseverantes en la oración” (*Rm* 12, 11-12).

En ambas Iglesias, Santidad, honramos debidamente y veneramos tanto al que dio una confesión salvífica de la divinidad de Cristo, san Pedro, como al vaso de elección, san Pablo, que proclamó esta confesión y fe hasta los confines del universo, en medio de las dificultades y peligros más inimaginables. Desde el año de salvación 258, festejamos su memoria el 29 de junio, tanto en Occidente como en Oriente, donde en los días que preceden, según la tradición de la Iglesia antigua, nos hemos preparado también por medio del ayuno, observado en su honor. Para subrayar más su igual valor, pero también por su peso en la Iglesia y en su obra regeneradora y salvadora durante los siglos, Oriente los honra habitualmente también a través de un icono común, en el que o tienen en sus santas manos un pequeño velero, que simboliza la Iglesia, o se abrazan el uno al otro y se intercambian el beso en Cristo.

Precisamente este beso santo hemos venido a intercambiar con usted, Santidad, subrayando el ardiente deseo en Cristo y el amor, que sentimos profundamente unos de otros.

El diálogo teológico entre nuestras Iglesias, “en fe, verdad y amor”, gracias a la ayuda divina, sigue adelante, más allá de las notables dificultades que subsisten y de los problemas ya conocidos. Verdaderamente deseamos y oramos mucho por esto, para que se superen estas dificultades y para que desaparezcan los problemas lo más rápidamente

posible, a fin de alcanzar el objeto de deseo final, para gloria de Dios.

Sabemos bien que también usted tiene este mismo deseo, como estamos seguros de que Su Santidad hará personalmente todo lo que esté de su parte, junto con sus ilustres colaboradores, para allanar perfectamente el camino, a fin de que los trabajos del diálogo logren su objetivo, con la ayuda de Dios.

Santidad, hemos proclamado el año 2008 “Año del apóstol san Pablo”, como hace usted desde hoy hasta el año próximo, al cumplirse el bimilenario del nacimiento del gran Apóstol. En el ámbito de las manifestaciones por este aniversario, en el que también hemos venerado el lugar preciso de su martirio, tenemos programadas entre otras cosas una sagrada peregrinación a algunos monumentos de la actividad apostólica del Apóstol en Oriente, como Éfeso, Perge y otras ciudades de Asia menor, pero también Rodas y Creta, a la localidad llamada “Buenos Puertos”. Esté seguro, Santidad, de que, en este sagrado trayecto, estará presente también usted, caminando con nosotros en espíritu, y de que, en cada lugar, elevaremos una ardiente oración por usted y por nuestros hermanos de la venerable Iglesia católica romana, dirigiendo una fuerte súplica e intercesión del divino Pablo al Señor por usted.

Y ahora, venerando los padecimientos y la cruz de san Pedro y abrazando

la cadena y los estigmas de san Pablo, honrando la confesión y el martirio y la venerada muerte de ambos por el nombre del Señor, que lleva verdaderamente a la Vida, glorificamos al Dios tres veces santo y le suplicamos que, por intercesión de sus Apóstoles protocorifeos, nos

conceda aquí abajo a nosotros y a todos los hijos de todas partes del mundo de la Iglesia ortodoxa y católica romana, la “unión de la fe y la comunión del Espíritu Santo” en el “vínculo de la paz”, y allá arriba, en cambio, la vida eterna y la gran misericordia. Amén.

## MENSAJES

### *Mensaje del Papa, Benedicto XVI, para la Jornada Mundial de las Misiones 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Con ocasión de la Jornada mundial de las misiones quiero invitaros a reflexionar sobre la urgencia persistente de anunciar el Evangelio también en nuestro tiempo. El mandato misionero sigue siendo una prioridad absoluta para todos los bautizados, llamados a ser “siervos y apóstoles de Cristo Jesús” en este inicio de milenio. Mi venerado predecesor, el siervo de Dios Pablo VI, en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, afirmó que “evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda” (n. 14).

Como modelo de este compromiso apostólico, deseo indicar de manera particular a san Pablo, el Apóstol de los gentiles, pues este año celebramos un jubileo especial dedicado a él. Es el Año paulino, que nos brinda la oportu-

nidad de familiarizarnos con este insigne Apóstol, que recibió la vocación de proclamar el Evangelio a los gentiles, según lo que el Señor le había anunciado: “Ve, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles” (*Hch* 22, 21). ¿Cómo no aprovechar la oportunidad que este jubileo especial ofrece a las Iglesias locales, a las comunidades cristianas y a cada uno de los fieles, para propagar hasta los últimos confines del mundo el anuncio del Evangelio, “fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree?” (*Rm* 1, 16).

### **1. La humanidad necesita liberación**

La humanidad necesita ser liberada y redimida. La creación misma -dice san Pablo- sufre y alberga la esperanza de entrar en la libertad de los hijos de Dios (cf. *Rm* 8, 19-22). Estas palabras son verdaderas también en el mundo de hoy. La creación sufre. La humanidad sufre y espera la verdadera libertad, espera un mundo diferente, mejor; espera la “redención”. Y, en el fondo,

sabe que este mundo nuevo esperado supone un hombre nuevo, supone “hijos de Dios”. Veamos más de cerca la situación del mundo de hoy.

El panorama internacional, por una parte, presenta perspectivas prometedoras de desarrollo económico y social; y, por otra, ofrece a nuestra atención algunas fuertes preocupaciones por lo que se refiere al futuro mismo del hombre. En no pocos casos, la violencia marca las relaciones entre las personas y entre los pueblos; la pobreza oprime a millones de habitantes; las discriminaciones e incluso las persecuciones por motivos raciales, culturales y religiosos obligan a muchas personas a huir de sus países para buscar refugio y protección en otros lugares; cuando el progreso tecnológico no tiene como fin la dignidad y el bien del hombre, ni está ordenado a un desarrollo solidario, pierde su fuerza de factor de esperanza, y corre el peligro de acentuar los desequilibrios y las injusticias ya existentes. Existe, además, una amenaza constante por lo que se refiere a la relación hombre-ambiente, debido al uso indiscriminado de los recursos, con repercusiones también sobre la salud física y mental del ser humano. El futuro del hombre corre peligro debido a los atentados contra su vida, atentados que asumen varias formas y modos.

Ante este escenario, “agitados entre la esperanza y la angustia, nos atormenta la inquietud” (*Gaudium et spes*, 4), y nos preguntamos preocupados: ¿qué

será de la humanidad y de la creación? ¿Hay esperanza para el futuro?, o mejor, ¿hay un futuro para la humanidad? ¿Y cómo será este futuro? A los creyentes la respuesta a estos interrogantes nos viene del Evangelio. Cristo es nuestro futuro y, como escribí en la carta encíclica *Spe salvi*, su Evangelio es comunicación que “cambia la vida”, da la esperanza, abre de par en par la puerta oscura del tiempo e ilumina el futuro de la humanidad y del universo (cf. n. 2).

San Pablo había comprendido muy bien que sólo en Cristo la humanidad puede encontrar redención y esperanza. Por ello, sentía apremiante y urgente la misión de “anunciar la promesa de la vida en Cristo Jesús” (*2 Tm* 1, 1), “nuestra esperanza” (*1 Tm*, 1, 1), para que todas las gentes pudieran compartir la misma herencia, siendo partícipes de la promesa por medio del Evangelio (cf. *Ef* 3, 6). Era consciente de que la humanidad, privada de Cristo, está “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (*Ef* 2, 12); “sin esperanza, por estar sin Dios” (cf. *Spe salvi*, 3). Efectivamente, “quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2, 12)” (*ib.*, 27).

## 2. *La misión es cuestión de amor*

Es, pues, un deber urgente para todos anunciar a Cristo y su mensaje salvífico. “¡Ay de mí -afirmaba san

Pablo- si no predicara el Evangelio! (1 Co 9, 16). En el camino de Damasco había experimentado y comprendido que la redención y la misión son obra de Dios y de su amor. El amor a Cristo lo impulsó a recorrer los caminos del Imperio romano como heraldo, apóstol, pregonero y maestro del Evangelio, del que se proclamaba “embajador entre cadenas” (Ef 6, 20). La caridad divina lo llevó a hacerse “todo a todos para salvar a toda costa a algunos” (1 Co 9, 22).

Contemplando la experiencia de san Pablo, comprendemos que la actividad misionera es respuesta al amor con el que Dios nos ama. Su amor nos redime y nos impulsa a la *missio ad gentes*; es la energía espiritual capaz de hacer crecer en la familia humana la armonía, la justicia, la comunión entre las personas, las razas y los pueblos, a la que todos aspiran (cf. *Deus caritas est*, 12). Por tanto, Dios, que es Amor, es quien conduce a la Iglesia hacia las fronteras de la humanidad, quien llama a los evangelizadores a beber “de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios” (*Deus caritas est*, 7). Solamente de esta fuente se pueden sacar la atención, la ternura, la compasión, la acogida, la disponibilidad, el interés por los problemas de la gente y las demás virtudes que necesitan los mensajeros del Evangelio para dejarlo todo y dedicarse completa e incondicionalmente a difundir por el mundo el perfume de la caridad de Cristo.

### 3. *Evangelizar siempre*

Mientras continúa siendo necesaria y urgente la primera evangelización en no pocas regiones del mundo, la escasez de clero y la falta de vocaciones afectan hoy a muchas diócesis e institutos de vida consagrada. Es importante reafirmar que, aun en medio de dificultades crecientes, el mandato de Cristo de evangelizar a todas las gentes sigue siendo una prioridad. Ninguna razón puede justificar una ralentización o un estancamiento, porque “la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia” (*Evangelii nuntiandi*, 14). Esta misión “se halla todavía en los comienzos y debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio” (*Redemptoris missio*, 1). ¿Cómo no pensar aquí en el macedonio que, apareciéndose en sueños a san Pablo, gritaba: “Pasa a Macedonia y ayúdanos”? Hoy son innumerables los que esperan el anuncio del Evangelio, los que se encuentran sedientos de esperanza y de amor. ¡Cuántos se dejan interpelar hasta lo más profundo por esta petición de ayuda que se eleva de la humanidad, dejan todo por Cristo y transmiten a los hombres la fe y el amor a él! (cf. *Spe salvi*, 8)

### 4. *¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!* (1 Co 9, 16)

Queridos hermanos y hermanas, “*duc in altum!*”. Entremos mar adentro en el vasto mar del mundo y, siguiendo

la invitación de Jesús, echemos sin miedo las redes, confiando en su constante ayuda. San Pablo nos recuerda que predicar el Evangelio no es motivo de gloria (cf. *1 Co* 9, 16), sino deber y gozo. Queridos hermanos obispos, siguiendo el ejemplo de san Pablo, cada uno ha de sentirse “prisionero de Cristo para los gentiles” (*Ef* 3, 1), sabiendo que en las dificultades y en las pruebas podrá contar con la fuerza que procede de él. El obispo no sólo es consagrado para su diócesis, sino para la salvación de todo el mundo (cf. *Redemptoris missio*, 63). Como el apóstol san Pablo, está llamado a preocuparse de las personas lejanas que todavía no conocen a Cristo, o que todavía no han experimentado su amor, que libera; ha de esforzarse por hacer que toda la comunidad diocesana sea misionera, contribuyendo de buen grado, según las posibilidades, a enviar presbíteros y laicos a otras iglesias para el servicio de evangelización. La *missio ad gentes* se convierte así en el principio unificador y convergente de toda su actividad pastoral y caritativa.

Vosotros, queridos presbíteros, los primeros colaboradores de los obispos, sed pastores generosos y evangelizadores entusiastas. No pocos de vosotros, en estos decenios, os habéis desplazado a territorios de misión como respuesta a la encíclica *Fidei donum*, de la que hace poco hemos conmemorado el 50° aniversario, y con la cual mi venerado predecesor el siervo de Dios, Pío XII, impulsó la cooperación entre las Iglesias. Confío en que no disminuya esta

tensión misionera en las Iglesias locales, a pesar de la escasez de clero que aflige a no pocas de ellas.

Y vosotros, queridos religiosos y religiosas, que por vocación os caracterizáis por una fuerte connotación misionera, llevad el anuncio del Evangelio a todos, especialmente a los lejanos, por medio de un testimonio coherente de Cristo y un radical seguimiento de su Evangelio.

Todos vosotros, queridos fieles laicos, que trabajáis en los diferentes ámbitos de la sociedad, estáis llamados a participar, de manera cada vez más relevante, en la difusión del Evangelio. Así, se abre ante vosotros un areópago complejo y multiforme que hay que evangelizar: el mundo. Sed testigos con vuestra vida de que los cristianos “pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación” (*Spe salvi*, 4).

### **Conclusión**

Queridos hermanos y hermanas, que la celebración de la *Jornada mundial de las misiones* os anime a todos a tomar cada vez mayor conciencia de la urgente necesidad de anunciar el Evangelio. No puedo menos de subrayar con vivo aprecio la aportación de las Obras misionales pontificias en la acción evangelizadora de la Iglesia. Les doy las gracias por el apoyo que brindan a todas las comunidades, especial-

mente a las jóvenes. Esas Obras son un instrumento válido para animar y formar en el espíritu misionero al pueblo de Dios, y alimentan la comunión de bienes y de personas entre las diferentes partes del Cuerpo místico de Cristo. Que la colecta, que se hace en todas las parroquias durante la Jornada mundial de las misiones, sea signo de comunión y de solicitud recíproca entre las Iglesias.

Por último, es preciso que en el pueblo cristiano se intensifique cada vez más la oración, medio espiritual indispensable para difundir entre todos los pueblos la luz de Cristo, “luz por antonomasia”, que ilumina “las tinieblas de la historia” (*ib.*, 49). A la vez que encomiendo al Señor el trabajo apostólico de los misioneros, de las Iglesias esparcidas por el mundo y de los fieles comprometidos en diferentes actividades misioneras, invocando la intercesión del apóstol san Pablo y de María santísima, “el Arca viviente de la Alianza”, Estrella de la evangelización y de la esperanza, imparto a todos la bendición apostólica.

*Vaticano, 11 de mayo de 2008*

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
a los jóvenes participantes en la  
Vigilia del 49º Congreso Eucarístico  
Internacional***

*Sábado, 21 de junio de 2008*

*Queridos jóvenes:*

Me alegra saludaros desde Roma y aseguraros mi oración mientras estáis reunidos con ocasión del 49º Congreso eucarístico internacional, en Quebec. Me complace constatar vuestra atención por el misterio de la Eucaristía, “don de Dios para la vida del mundo”, como subraya el lema del Congreso. Os invito a meditar sin cesar en este “gran misterio de la fe”, como proclamamos en cada misa, después de la consagración.

Ante todo, en la Eucaristía revivimos el sacrificio del Señor al final de su vida, con el que salva a todos los hombres. Así estamos junto a él y recibimos en abundancia las gracias necesarias para nuestra vida diaria y para nuestra salvación. La Eucaristía es, por excelencia, el gesto del amor de Dios hacia nosotros. ¿Qué hay más grande que dar la propia vida por amor? En esto Jesús es el modelo de la entrega total de sí mismo, camino por el que también nosotros debemos avanzar siguiéndole a él.

La Eucaristía también es un modelo para la vida cristiana, que debe impregnar toda nuestra existencia. Cristo nos convoca para reunirnos, para constituir la Iglesia, su Cuerpo en medio del mundo. Para acceder a las mesas de la Palabra y del Pan, debemos acoger antes el perdón de Dios, don que nos vuelve a levantar en nuestro camino diario, que restablece en nosotros la

imagen divina y nos muestra hasta qué punto somos amados.

Además, como al fariseo Simón, en el evangelio según san Lucas, Jesús nos dirige continuamente las palabras de la Escritura: “Tengo algo que decirte” (*Lc* 7, 40). En efecto, cada palabra de la Escritura es para nosotros una palabra de vida, que debemos escuchar con suma atención. De modo especial, el Evangelio constituye el corazón del mensaje cristiano, la revelación total de los misterios divinos. En su Hijo, la Palabra hecha carne, Dios nos lo ha dicho todo. En su Hijo, Dios nos ha revelado su rostro de Padre, un rostro de amor, de esperanza. Nos ha mostrado el camino de la felicidad y de la alegría. Durante la consagración, momento particularmente intenso de la Eucaristía, porque en él recordamos el sacrificio de Cristo, estáis llamados a contemplar al Señor Jesús, como santo Tomás: “Señor mío y Dios mío” (*Jn* 20, 28).

Después de haber recibido la palabra de Dios, después de haberos alimentado con su Cuerpo, dejaos transformar interiormente y recibid de él vuestra misión. En efecto, él os envía al mundo para ser portadores de su paz y testigos de su mensaje de amor. No tengáis miedo de anunciar a Cristo a los jóvenes de vuestra edad. Mostradles que Cristo no es un obstáculo para vuestra vida, ni para vuestra libertad. Al contrario, mostradles que él os da la verdadera vida, os hace libres para luchar contra el mal y para hacer que vuestra vida sea bella.

No olvidéis que la Eucaristía dominical es un encuentro de amor con el Señor, sin el cual no podemos vivir. Cuando lo reconocéis “en la fracción del pan”, como los discípulos de Emaús, os convertís en compañeros suyos. Os ayudará a crecer y a dar lo mejor de vosotros mismos. Recordad que en el pan de la Eucaristía Cristo está real, total y sustancialmente presente. Por tanto, en el misterio de la Eucaristía, en la misa y durante la adoración silenciosa ante el santísimo Sacramento del altar lo encontraréis de una forma privilegiada.

Si abris todo vuestro ser y toda vuestra vida a la mirada de Cristo, no quedaréis oprimidos; al contrario, descubriréis que sois amados de una manera infinita. Recibiréis la fuerza que necesitáis para construir vuestra vida y para realizar las opciones que se os presentan cada día. Ante el Señor, en el silencio de vuestro corazón, algunos de vosotros podéis sentiros llamados a seguirlo de un modo más radical en el sacerdocio o en la vida consagrada. No tengáis miedo de escuchar esta llamada y de responder con alegría. Como dije en la inauguración de mi pontificado, Dios no quita nada a los que se entregan a él. Al contrario, les da todo. Saca lo mejor que hay en cada uno de nosotros, de manera que nuestra vida pueda florecer verdaderamente.

A vosotros, queridos jóvenes, y a todos los participantes en el Congreso eucarístico internacional de Quebec, imparto una afectuosa bendición apostólica.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
a la Conferencia Episcopal de  
Colombia con motivo del Centenario  
de su fundación***

*Señores cardenales, señor Presidente de la Conferencia Episcopal de Colombia, queridos hermanos en el Episcopado:*

Con entrañable afecto les saludo fraternamente con las mismas palabras de San Pablo: “Gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y de Jesucristo, el Señor” (*Flp* 1,2). Con él les digo también que “siempre que me acuerdo de ustedes, doy gracias a mi Dios. Cuando ruego por ustedes, lo hago siempre con alegría, porque han colaborado en el anuncio del Evangelio” (*Flp* 1, 3-5).

Están ustedes congregados en la octogésima quinta Asamblea Plenaria de esa Conferencia Episcopal y celebrando con gratitud al Señor los cien años de esa venerable institución, que fomenta el afecto colegial y les ayuda a ejercer de manera concorde y bien coordinada algunas funciones pastorales, alentando así armónicamente la vida cristiana en todo el país.

Me uno de corazón a esta significativa conmemoración, sabiendo que la Conferencia Episcopal de Colombia, nacida en 1908 por disposición del Primer Concilio Plenario de América Latina, ha impulsado constantemente la misión evangelizadora de la Iglesia en esa querida nación, buscando vías y métodos adecuados para fortalecer la

vida eclesial en esas tierras y animar a los bautizados a responder con generosidad a la vocación a la santidad que les es propia.

Es justo recordar y dar gracias a Dios en estos momentos por los insignes Pastores que han formado parte de esa Conferencia en este siglo de andadura. Ellos son para todos un testimonio elocuente de celo apostólico y preclaras virtudes, que invitan a continuar respondiendo con solícita entrega, fe firme y renovado ardor a los retos que hoy se presentan a la Iglesia en su patria.

Queridos hermanos en el Episcopado, la hora presente es una ocasión providencial para tomar el testigo de los que nos precedieron y ayudar a nuestros hermanos para que afiancen la amistad con Jesucristo, acojan su Palabra con limpieza de corazón, celebren con gozo los sacramentos y sirvan con entusiasmo a todos, en particular a los más desfavorecidos, llevándoles un mensaje de paz, justicia y reconciliación. Nosotros, como Pastores de la Iglesia, hemos de ir por delante guiando por el recto camino al Pueblo de Dios, que necesita vernos como auténticos hombres de Dios y saber que cada día rezamos por sus preocupaciones, sufrimientos, desvelos e inquietudes. Como discípulos, escuchamos, aprendemos y seguimos al Maestro y, como apóstoles y misioneros, ayudamos a los que nos rodean, y también a los alejados, a encontrar en Cristo la plenitud de vida que tanto ansían.

Quiero decirles que en este quehacer no se encuentran solos. Los acompaño con mi plegaria y cercanía espiritual en los esfuerzos que están realizando para que el Evangelio resuene en todos los lugares de esa tierra colombiana a través de las iniciativas emprendidas en el campo de la pastoral educativa y universitaria, en el cuidado que otorgan a los presos, a los enfermos, a los ancianos, a los indígenas, a los trabajadores, a los desplazados, a los jóvenes y a las familias.

Con la certeza de que están poniendo bases sólidas para un futuro prometedor, y para el bien de toda la Iglesia, los animo igualmente a redoblar la atención que prestan a los sacerdotes, seminaristas, misioneros, religiosos y religiosas, y a dar nuevo impulso a los diversos programas de formación de catequistas, seglares y agentes de pastoral.

No puedo olvidar tampoco el esmero que ponen en ser hombres de concordia, ni sus continuas exhortaciones para que cese la violencia, el secuestro y la extorsión que padecen muchos de los hijos de esa amada tierra. Pido ardientemente a Dios que acaben cuanto antes estas situaciones, que tanto dolor han causado, y que en Colombia reine una paz estable y justa, en un clima de esperanza y prosperidad.

Déjenme tener un especial recuerdo para los Obispos eméritos, a los que ruego les lleven mi estima y recono-

cimiento, sentimientos que también extiendo complacido a los sacerdotes, religioso a y laicos que colaboran con ustedes de diversas maneras en los trabajos de esa Conferencia.

Pongo bajo el amparo maternal de Nuestra Señora de Chiquinquirá las diversas actividades que han preparado este año para dar realce a esta efeméride, sobre todo el IV Congreso Nacional de Reconciliación y la *Expocatólica*, que tendrán lugar en el próximo mes de agosto. A su Inmaculado Corazón encomiendo también las intenciones de todos ustedes, así como las de sus comunidades diocesanas y las de todo el amado pueblo colombiano. Con estos sentimientos y deseos, y como prenda de abundantes favores celestiales, imparto a todos una especial bendición apostólica.

*Vaticano, 30 de junio de 2008*

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
al pueblo australiano y a los jóvenes  
que participan en la Jornada  
Mundial de la Juventud 2008***

*“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos” (Hch 1, 8)*

La gracia y la paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo esté con todos vosotros. Dentro de pocos días comenzaré mi visita apostólica a vues-

tro país para celebrar la XXIII Jornada mundial de la juventud en Sydney. Aguardo con emoción los días que voy a pasar con vosotros, especialmente las ocasiones para orar y reflexionar con los jóvenes de todas las partes del mundo.

Ante todo, deseo expresar mi aprecio a todos los que han ofrecido su tiempo, sus recursos y sus oraciones para apoyar esta celebración. En nombre de todos los jóvenes que van a participar en la Jornada mundial de la juventud, doy sinceramente las gracias al Gobierno australiano y al Gobierno del Estado de Nueva Gales del Sur, a los organizadores de todos los encuentros, a los miembros de la comunidad que se han ofrecido como patrocinadores y a todos los que han apoyado con generosidad este acontecimiento.

Muchos jóvenes han hecho grandes sacrificios para poder hacer el viaje a Australia; pido a Dios que los recompense abundantemente. Las parroquias, las escuelas y las familias han sido muy generosas para acoger a estos jóvenes visitantes. También ellas merecen nuestra gratitud y nuestro aprecio.

“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos” (*Hch* 1, 8). Éste es el tema de la XXIII Jornada mundial de la juventud. ¡Cuánta necesidad tiene nuestro mundo de una nueva efusión del Espíritu Santo! Muchos no han escuchado todavía la buena nueva de Jesucristo; otros muchos, por diferen-

tes motivos, no han reconocido en esta buena nueva la única verdad salvadora que puede satisfacer las expectativas más profundas de su corazón. El salmista reza: “Envías tu Espíritu y los creas, y renuevas la faz de la tierra” (*Sal* 104, 30). Estoy firmemente convencido de que los jóvenes están llamados a ser instrumentos de esta renovación, comunicando a sus coetáneos la alegría que han experimentado al conocer y seguir a Cristo, y compartiendo con los demás el amor que el Espíritu infunde en su corazón, para que también ellos queden llenos de esperanza y gratitud por todos los bienes que han recibido de Dios, nuestro Padre celestial.

Muchos jóvenes hoy no tienen esperanza. Se quedan perplejos ante los interrogantes que se les presentan de manera cada vez más apremiante en un mundo que los confunde, y con frecuencia no saben bien hacia a dónde tienen que dirigirse para encontrar respuestas. Ven la pobreza y la injusticia y desean hallar soluciones. Sienten el desafío de los argumentos de quienes niegan la existencia de Dios y buscan el modo de responder. Ven los grandes daños perpetrados contra el medio ambiente por la avidez humana y se esfuerzan por encontrar estilos de vida en mayor armonía con la naturaleza y con los demás.

¿Dónde podemos buscar respuestas? El Espíritu nos orienta hacia el camino que conduce a la vida, al amor y a la verdad. El Espíritu nos orienta hacia

Jesucristo. Hay un dicho atribuido a san Agustín: “Si quieres permanecer joven, busca a Cristo”. En él encontramos las respuestas que buscamos, encontramos las metas por las cuales, de verdad, vale la pena vivir, encontramos la fuerza para seguir el camino que lleva a un mundo mejor. Nuestro corazón no descansa hasta que no descanse en el Señor, como dice san Agustín al inicio de las *Confesiones*, el famoso relato de su juventud. Pido al Señor que los jóvenes que se reúnan en Sydney con motivo de la celebración de la Jornada mundial de la juventud encuentren verdaderamente descanso en el Señor y se llenen de alegría y de fervor para difundir la buena nueva entre sus ami-

gos, en su familia y entre todas las personas con quienes se encuentren.

Queridos amigos australianos, aunque sólo pasaré pocos días en vuestro país y no podré viajar fuera de Sydney, mi corazón os abraza a todos, incluidos los que están enfermos o atraviesan cualquier tipo de dificultad. En nombre de todos los jóvenes, os doy las gracias una vez más por vuestro apoyo a mi misión y os pido que sigáis rezando sobre todo por ellos.

Concluyo renovando mi invitación a los jóvenes de todo el mundo para que vengan conmigo a Australia, la gran “tierra del sur del Espíritu Santo”. Mi deseo es encontrarme allí con vosotros. Que Dios os bendiga a todos.

## VIAJES APOSTÓLICOS - VISITA PASTORAL A SANTA MARÍA DI LEUCA Y BRÍNDISI (PULLA, ITALIA, 14-15 DE JUNIO DE 2008)

### *Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Misa en el Santuario de Santa María “De Finibus Terrae”*

*Santa María de Leuca. Sábado, 14 de junio de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Mi visita a Puglia -la segunda, después del Congreso eucarístico de Bari- comienza como peregrinación mariana, en este borde extremo de Italia y de Europa, en el santuario de Santa María *de finibus terrae*. Con gran alegría os saludo afectuosamente a todos. Doy gra-

cias con afecto al obispo, mons. Vito De Grisantis, por haberme invitado y por la cordial acogida. Saludo a los demás obispos de la región, en particular al arzobispo metropolitano de Lecce, mons. Cosmo Francesco Ruppi, así como a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles. También saludo con gratitud al ministro Raffaele Fitto, en representación del Gobierno italiano, y a las diversas autoridades civiles y militares presentes.

En este lugar de tanta importancia histórica para el culto de la santísima

Virgen María, he querido que la liturgia estuviera dedicada a ella, Estrella del mar y Estrella de esperanza. “*Ave maris stella, Dei Mater alma, atque semper virgo, felix caeli porta!*”. Las palabras de este antiguo himno son un saludo que recuerda de algún modo el del ángel en Nazaret. Todos los títulos marianos son como joyas y flores que han brotado del primer nombre con el que el mensajero celestial se dirigió a la Virgen: “Alégrate, llena de gracia” (Lc 1, 28).

Lo hemos escuchado en el evangelio según san Lucas, muy apropiado porque este santuario -como lo atestigua la lápida situada sobre la puerta central del atrio- está dedicado a la Virgen santísima de la Anunciación. Cuando Dios llamó a María “llena de gracia”, se encendió para el género humano la esperanza de salvación: una hija de nuestro pueblo encontró gracia a los ojos del Señor, que la escogió para ser Madre del Redentor. En la sencillez de la casa de María, en una pobre aldea de Galilea, comenzó a realizarse la solemne profecía de la salvación: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras tú acechas su calcañar” (Gn 3, 15).

Por eso, el pueblo cristiano ha hecho suyo el cántico de alabanza que los judíos elevaron a Judit y que nosotros acabamos de rezar como salmo responsorial: “¡Bendita seas, hija del Dios Altísimo, más que todas las

mujeres de la tierra!” (Jdt 13, 18). Sin violencia, pero con la dócil valentía de su “sí”, la Virgen nos ha librado no de un enemigo terreno, sino del antiguo adversario, dando un cuerpo humano a Aquél que le aplastaría la cabeza una vez para siempre.

Precisamente por eso, en el mar de la vida y de la historia, María resplandece como Estrella de esperanza. No brilla con luz propia, sino que refleja la de Cristo, Sol que apareció en el horizonte de la humanidad; de este modo, siguiendo la Estrella de María, podemos orientarnos durante el viaje y mantener la ruta hacia Cristo, especialmente en los momentos oscuros y tempestuosos.

El apóstol Pedro conoció bien esta experiencia, pues la vivió personalmente. Una noche, mientras con los demás discípulos, estaba atravesando el lago de Galilea, se vio sorprendido por una tempestad. Su barca, a merced de las olas, ya no lograba avanzar. Jesús se acercó en ese momento caminando sobre las aguas, e invitó a Pedro a bajar de la barca y a caminar hacia él. Pedro dio algunos pasos entre las olas, pero luego comenzó a hundirse y entonces gritó: “Señor, ¡sálvame!” (cf. Mt 14, 24-33).

Este episodio fue un signo de la prueba que Pedro debía afrontar en el momento de la pasión de Jesús. Cuando el Señor fue arrestado, tuvo miedo y lo negó tres veces. Fue vencido por la tempestad. Pero cuando su mirada se cruzó

con la de Cristo, la misericordia de Dios lo volvió a asir y, haciéndole derramar lágrimas, lo levantó de su caída.

He querido evocar la historia de san Pedro, porque sé que este lugar y toda vuestra Iglesia están particularmente vinculados al Príncipe de los Apóstoles. Como recordó al inicio el obispo, según la tradición, a él se remonta el primer anuncio del Evangelio en esta tierra. El Pescador, “pescado” por Jesús, echó las redes también aquí, y nosotros hoy damos gracias por haber sido objeto de esta “pesca milagrosa”, que dura ya dos mil años, una pesca que, como escribe precisamente san Pedro, “nos ha llamado de las tinieblas a su admirable luz (de Dios)” (1 P 2, 9).

Para convertirse en pescadores con Cristo es necesario antes ser “pescados” por él. San Pedro es testigo de esta realidad, al igual que san Pablo, gran convertido, de cuyo nacimiento dentro de pocos días inauguraremos el bimilenario. Como Sucesor de san Pedro y obispo de la Iglesia fundada sobre la sangre de estos dos eminentes Apóstoles, he venido a confirmaros en la fe en Jesucristo, único Salvador del hombre y del mundo.

La fe de san Pedro y la fe de María se unen en este santuario. Aquí se puede constatar el doble principio de la experiencia cristiana: el mariano y el petrino. Ambos, juntos, os ayudarán, queridos hermanos y hermanas, a “recomenzar desde Cristo”, a reno-

var vuestra fe, para que responda a las exigencias de nuestro tiempo. María os enseña a permanecer siempre a la escucha del Señor en el silencio de la oración, a acoger con disponibilidad generosa su palabra con el profundo deseo de entregaros vosotros mismos a Dios, de entregarle vuestra vida concreta, para que su Verbo eterno, con la fuerza del Espíritu Santo, pueda “encarnarse” también hoy en nuestra historia.

María os ayudará a seguir a Jesús con fidelidad, a uniros a él en la ofrenda del sacrificio, a llevar en el corazón la alegría de su resurrección y a vivir con constante docilidad al Espíritu de Pentecostés. De modo complementario, también san Pedro os enseñará a sentir y a creer con la Iglesia, firmes en la fe católica; os llevará a gustar y sentir celo por la unidad, por la comunión; a tener la alegría de caminar juntamente con los pastores; y, al mismo tiempo, os comunicará el anhelo de la misión, de compartir el Evangelio con todos, de hacer que llegue hasta los últimos confines de la tierra.

“*De finibus terrae*”: el nombre de este lugar santo es muy hermoso y sugestivo, porque evoca una de las últimas palabras de Jesús a sus discípulos. Situado entre Europa y el Mediterráneo, entre Occidente y Oriente, nos recuerda que la Iglesia no tiene confines, es universal. Y los confines geográficos, culturales y étnicos, como también los confines religiosos, son para la Iglesia una invitación a la

evangelización en la perspectiva de la “comunidad de las diversidades”.

La Iglesia nació en Pentecostés; nació universal; y su vocación es hablar todas las lenguas del mundo. Según la vocación y misión originaria revelada a Abraham, la Iglesia existe para ser una bendición en beneficio de todos los pueblos de la tierra (cf. *Gn* 12, 1-3); para ser, como dice el concilio ecuménico Vaticano II, signo e instrumento de unidad para todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1).

La Iglesia que está en Puglia posee una marcada vocación a ser puente entre pueblos y culturas. En efecto, esta tierra y este santuario son una “avanzada” en esa dirección, y me ha alegrado mucho constatar, tanto en la carta de vuestro obispo como también hoy en sus palabras, cuán viva es entre vosotros esta sensibilidad y cómo la sentís de modo positivo, con genuino espíritu evangélico.

Queridos amigos, sabemos bien, porque el Señor Jesús fue muy claro al respecto, que la eficacia del testimonio depende de la intensidad del amor. De nada vale proyectarse hasta los confines de la tierra si antes no nos amamos y ayudamos los unos a los otros en el seno de la comunidad cristiana. Por eso, la exhortación del apóstol san Pablo, que hemos escuchado en la segunda lectura (cf. *Col* 3, 12-17), es fundamental no sólo para vuestra vida de familia eclesial, sino también para vuestro compromiso de animación de la realidad social.

Efectivamente, en un contexto que tiende a fomentar cada vez más el individualismo, el primer servicio de la Iglesia consiste en educar en el sentido social, en la atención al prójimo, en la solidaridad, impulsando a compartir. La Iglesia, dotada como está por su Señor de una carga espiritual que se renueva continuamente, puede ejercer un influjo positivo también en el ámbito social, porque promueve una humanidad renovada y relaciones abiertas y constructivas, respetando y sirviendo en primer lugar a los últimos y a los más débiles.

Aquí, en Salento, como en todo el sur de Italia, las comunidades eclesiales son lugares donde las generaciones jóvenes pueden aprender la esperanza, no como utopía, sino como confianza tenaz en la fuerza del bien. El bien vence y, aunque a veces puede parecer derrotado por el atropello y la astucia, en realidad sigue actuando en el silencio y en la discreción, dando frutos a largo plazo.

Ésta es la renovación social cristiana, basada en la transformación de las conciencias, en la formación moral, en la oración; sí, porque la oración da fuerza para creer y luchar por el bien, incluso cuando humanamente se siente la tentación del desaliento y de dar marcha atrás. Las iniciativas que el obispo citó al inicio -la de las religiosas Marcelinas y la de los padres Trinitarios-, y las demás que estáis llevando a cabo en vuestro territorio, son signos elocuentes de

este estilo típicamente eclesial de promoción humana y social.

Al mismo tiempo, aprovechando la ocasión de la presencia de las autoridades civiles, me complace recordar que la comunidad cristiana no puede y no quiere nunca suplantar las legítimas y necesarias competencias de las instituciones; más aún, las estimula y las sostiene en sus tareas, y se propone siempre colaborar con ellas para el bien de todos, comenzando por las situaciones más problemáticas y difíciles.

Por último, mi pensamiento vuelve a la Virgen santísima. Desde este santuario de Santa María *de fnibus terrae* deseo dirigirme en peregrinación espiritual a los diversos santuarios marianos de Salento, auténticas joyas engarzadas en esta península lanzada como un puente sobre el mar. La piedad mariana de las poblaciones se formó bajo el admirable influjo de la devoción basiliana a la *Theotókos*, una devoción cultivada después por los hijos de san Benito, de santo Domingo, de san Francisco, y expresada en hermosísimas iglesias y sencillas ermitas, que es preciso cuidar y conservar como signo de la rica herencia religiosa y civil de vuestro pueblo.

Así pues, nos dirigimos una vez más a ti, Virgen María, que permaneciste intrépida al pie de la cruz de tu Hijo. Tú eres modelo de fe y de esperanza en la fuerza de la verdad y del bien. Con palabras del antiguo himno, te invoca-

mos: “Rompe los lazos de los oprimidos, devuelve la luz a los ciegos, aleja de nosotros todo mal, pide para nosotros todo bien”. Y, ensanchando la mirada al horizonte donde el cielo y el mar se unen, queremos encomendarte a los pueblos que se asoman al Mediterráneo y a los del mundo entero, invocando para todos desarrollo y paz: “Danos días de paz, vela sobre nuestro camino, haz que veamos a tu Hijo, llenos de alegría en el cielo”. Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
durante el encuentro con la  
población de Brindisi***

*Sábado, 14 de junio de 2008*

*Señor ministro; señor alcalde e ilustres autoridades; queridos hermanos y hermanas:*

Ante todo, deseo manifestaros mi alegría por encontrarme entre vosotros y os saludo a todos de gran corazón. Doy las gracias al honorable Raffaele Fitto, ministro de Asuntos regionales, que me ha transmitido el saludo del Gobierno; agradezco al alcalde de Brindisi las cordiales palabras de bienvenida que me ha dirigido en nombre de toda la población, y el generoso regalo que me ha dado. Saludo y expreso con afecto mi agradecimiento al joven que se ha hecho portavoz de la juventud de Brindisi. Sé que vosotros, queridos jóvenes, habéis animado la asamblea a

la espera de mi llegada, y seguiréis en una vigilia de oración con la que que-  
réis preparar la celebración eucarística  
de mañana. Saludo cordialmente al  
arzobispo, mons. Rocco Talucci; al ar-  
zobispo emérito, mons. Settimio To-  
disco; a los sacerdotes, a los religiosos,  
a las religiosas y a todos los presentes.

Ya me encuentro entre vosotros. He  
aceptado con gran alegría la invitación  
del pastor de vuestra comunidad dio-  
cesana y me alegra visitar vuestra ciu-  
dad que, mientras desempeña un papel  
significativo en el ámbito del sur de  
Italia, está llamada a proyectarse más  
allá del mar Adriático para comunicarse  
con otras ciudades y otros pueblos.  
En efecto, Brindisi, en otro tiempo  
lugar de embarco hacia Oriente para  
comerciantes, legionarios, estudiosos  
y peregrinos, sigue siendo una puerta  
abierta al mar.

En los últimos años, los periódicos  
y la televisión han mostrado las imá-  
genes de prófugos que habían desem-  
barcado en Brindisi desde Croacia y  
Montenegro, desde Albania y Mace-  
donia. Siento el deber de recordar con  
gratitud los esfuerzos que realizaron y  
siguen realizando las administraciones  
civiles y militares, en colaboración con  
la Iglesia y con diversas organizaciones  
humanitarias, para ofrecerles refugio  
y asistencia, a pesar de las dificultades  
económicas que, por desgracia, siguen  
preocupando en particular a vuestra  
región. Vuestra ciudad ha sido y sigue  
siendo generosa, y ese mérito con razón

ha sido reconocido en el contexto de la  
solidaridad internacional, mediante la  
asignación de un auténtico papel insti-  
tucional: en ella tiene su sede el *Depósi-  
to de ayuda humanitaria de las Naciones  
Unidas* (UNHRD), gestionada por el  
*Programa alimentario mundial de las  
Naciones Unidas* (PAM).

Queridos habitantes de Brindisi, esta  
solidaridad forma parte de las virtudes  
que constituyen vuestro rico patrimo-  
nio civil y religioso: seguid construyen-  
do juntos vuestro futuro con impulso  
renovado. Entre los valores arraigados  
en vuestra tierra quiero recordar el res-  
peto a la vida y especialmente el amor  
a la familia, expuesta hoy al ataque  
convergente de numerosas fuerzas que  
tratan de debilitarla. Incluso frente a  
estos desafíos, ¡cuán necesario y ur-  
gente resulta que todas las personas de  
buena voluntad se comprometan a de-  
fender a la familia, sólida base sobre la  
cual se ha de construir la vida de toda  
la sociedad!

Otro fundamento de vuestra socie-  
dad es la fe cristiana, que vuestros an-  
tepasados consideraron uno de los ele-  
mentos característicos de la identidad  
de la población de Brindisi. Que la ad-  
hesión al Evangelio, conscientemente  
renovada y vivida con responsabilidad,  
os impulse, hoy como ayer, a afrontar  
con confianza las dificultades y los de-  
safíos del momento presente. Que la fe  
os anime a responder sin componendas  
a las legítimas expectativas de promo-  
ción humana y social de vuestra ciudad.

A esta acción de renovación no puede menos de dar su aportación también la naciente Universidad, llamada a ponerse al servicio de quienes, conscientes de su dignidad y de sus tareas, desean participar activamente en la vida, en el camino y en el desarrollo económico, político, cultural y religioso del territorio. Queridos habitantes de Brindisi, para que aumente en vuestra ciudad la cultura de la solidaridad, poneos los unos al servicio de los otros, dejándoos guiar por un auténtico espíritu de fraternidad. Dios está a vuestro lado y os dará siempre el apoyo de su gracia.

Ahora quiero dirigirme, de modo especial, a los numerosos jóvenes presentes. Queridos amigos, gracias por vuestra acogida tan entusiasta; gracias por los fervientes sentimientos de los que se hizo intérprete vuestro representante. Vuestras voces, que encuentran un eco inmediato en mi espíritu, me transmiten vuestra confianza exuberante, vuestro deseo de vivir. En ellas percibo también los problemas que os preocupan, y que a veces corren el peligro de ahogar los entusiasmos típicos de esta etapa de vuestra vida.

Conozco, en particular, el peso que grava sobre muchos de vosotros y sobre vuestro futuro a causa del dramático fenómeno del desempleo, que afecta sobre todo a los muchachos y las muchachas del sur de Italia. Del mismo modo, sé que vuestra juventud siente la tentación de ganar dinero fácilmente, de evadirse a paraísos artificiales o de

dejarse atraer por formas desviadas de satisfacción material. No os dejéis enredar por las asechanzas del mal. Más bien, buscad una existencia rica en valores, para construir una sociedad más justa y abierta al futuro.

Haced fructificar los dones que Dios os ha regalado con la juventud: la fuerza, la inteligencia, la valentía, el entusiasmo y el deseo de vivir. Con este bagaje, contando siempre con la ayuda divina, podéis alimentar la esperanza en vosotros y en vuestro entorno. De vosotros y de vuestro corazón depende lograr que el progreso se transforme en un bien mayor para todos. Y, como sabéis, el camino del bien tiene un nombre: se llama amor.

En el amor, sólo en el amor auténtico, se encuentra la clave de toda esperanza, porque el amor tiene su raíz en Dios. En la Biblia leemos: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es amor” (1 Jn 4, 16). Y el amor de Dios tiene el rostro dulce y compasivo de Jesucristo.

Así hemos llegado al corazón del mensaje cristiano: Cristo es la respuesta a vuestros interrogantes y problemas; en él se valora toda aspiración honrada del ser humano. Sin embargo, Cristo es exigente y no le gustan las medias tintas. Sabe que puede contar con vuestra generosidad y coherencia. Por eso, espera mucho de vosotros. Seguidlo fielmente y, para poder encon-

traros con él, amad a su Iglesia, sentíos responsables de ella; sed protagonistas valientes, cada uno en su ámbito.

Quiero llamar vuestra atención hacia este punto: tratad de conocer a la Iglesia, de comprenderla, de amarla, estando atentos a la voz de sus pastores. Está compuesta de hombres, pero Cristo es su Cabeza, y su Espíritu la guía con seguridad. Vosotros sois el rostro joven de la Iglesia. Por eso, no dejéis de darle vuestra contribución, para que el Evangelio que proclama pueda propagarse por doquier. Sed apóstoles de vuestros coetáneos.

Queridos hermanos y hermanas, una vez más os agradezco vuestra acogida. He leído algunas cartas que me han dirigido muchachos de vuestra provincia. A través de ellas, queridos amigos, he podido conocer mejor vuestra realidad. Gracias por vuestro afecto. A vosotros y a todos los habitantes de Brindisi aseguro mis oración, para que deis testimonio del mensaje evangélico de paz y justicia. María, *Regina Apuliae*, os proteja y acompañe siempre. De corazón os bendigo a todos y os deseo buenas noches.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la Misa en el muelle de San  
Apolinar en el puerto de Brindisi***

*Domingo, 15 de junio de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

En el centro de mi visita a Brindisi celebramos, en el día del Señor, el misterio que es fuente y cumbre de toda la vida de la Iglesia. Celebramos a Cristo en la Eucaristía, el mayor don que ha brotado de su Corazón divino y humano, el Pan de vida partido y compartido, para que lleguemos a ser uno con él y entre nosotros.

Os saludo con afecto a todos los que os habéis dado cita en este lugar tan simbólico, el puerto, que evoca los viajes misioneros de san Pedro y san Pablo. Veo con alegría a numerosos jóvenes, que han animado la vigilia esta noche, preparándose a la celebración eucarística. También os saludo a vosotros, que participáis espiritualmente a través de la radio y la televisión.

Dirijo un saludo particular al pastor de esta amada Iglesia, mons. Rocco Tulluci, agradeciéndole las palabras que ha pronunciado al inicio de la santa misa. Saludo asimismo a los demás obispos de Puglia, que han querido estar aquí con nosotros en comunión fraterna de sentimientos. Me alegra en especial la presencia del metropolitano Gennadios, al que expreso mi cordial saludo, extendiéndolo a todos los hermanos ortodoxos y de las demás confesiones, desde esta Iglesia de Brindisi que, por su vocación ecuménica, nos invita a orar y comprometernos en favor de la unidad plena de todos los cristianos.

Saludo con gratitud a las autoridades civiles y militares que participan

en esta liturgia, con los mejores deseos para su servicio. Mi saludo afectuoso va también a los presbíteros y a los diáconos, a las religiosas y a los religiosos, así como a todos los fieles. Dirijo un saludo especial a los enfermos del hospital y a los reclusos de la cárcel, a los que aseguro un recuerdo en mi oración. ¡Gracia y paz de parte del Señor a cada uno y a toda la ciudad de Brindisi!

Los textos bíblicos que hemos escuchado en este undécimo domingo del tiempo ordinario nos ayudan a comprender la realidad de la Iglesia: la primera lectura (cf. *Ex* 19, 2-6) evoca la alianza establecida en el monte Sinaí durante el éxodo de Egipto; el pasaje evangélico (cf. *Mt* 9, 36-10, 8) recoge la llamada y la misión de los doce Apóstoles. Aquí se nos presenta la “constitución” de la Iglesia. ¿Cómo no percibir la invitación implícita que se dirige a cada comunidad a renovarse en su vocación y en su impulso misionero?

En la primera lectura, el autor sagrado narra el pacto de Dios con Moisés y con Israel en el Sinaí. Es una de las grandes etapas de la historia de la salvación, uno de los momentos que trascienden la historia misma, en los que el confín entre Antiguo y Nuevo Testamento desaparece y se manifiesta el plan perenne del Dios de la alianza: el plan de salvar a todos los hombres mediante la santificación de un pueblo, al que Dios propone convertirse en “su propiedad personal entre todos los pueblos” (*Ex* 19, 5).

En esta perspectiva el pueblo está llamado a ser una “nación santa”, no sólo en sentido moral, sino antes aún y sobre todo en su misma realidad ontológica, en su ser de pueblo. Ya en el Antiguo Testamento, a través de los acontecimientos salvíficos, se fue manifestando poco a poco cómo se debía entender la identidad de este pueblo; y luego se reveló plenamente con la venida de Jesucristo.

El pasaje evangélico de hoy nos presenta un momento decisivo de esa revelación. Cuando Jesús llamó a los Doce, quería referirse simbólicamente a las tribus de Israel, que se remontan a los doce hijos de Jacob. Por eso, al poner en el centro de su nueva comunidad a los Doce, dio a entender que vino a cumplir el plan del Padre celestial, aunque solamente en Pentecostés aparecerá el rostro nuevo de la Iglesia: cuando los Doce, “llenos del Espíritu Santo” (*Hch* 2, 3-4), proclamarán el Evangelio hablando en todas las lenguas. Entonces se manifestará la Iglesia universal, reunida en un solo Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo resucitado, y al mismo tiempo enviada por él a todas las naciones, hasta los últimos confines de la tierra (cf. *Mt* 28, 20).

El estilo de Jesús es inconfundible: es el estilo característico de Dios, que suele realizar las cosas más grandes de modo pobre y humilde. Frente a la solemnidad de los relatos de alianza del libro del Éxodo, en los Evangelios se encuentran gestos humildes y dis-

cretos, pero que contienen una gran fuerza de renovación. Es la lógica del reino de Dios, representada -no casualmente- por la pequeña semilla que se transforma en un gran árbol (cf. *Mt* 13, 31-32). El pacto del Sinaí estuvo acompañado de señales cósmicas que aterraban a los israelitas; en cambio, los inicios de la Iglesia en Galilea carecen de esas manifestaciones, reflejan la mansedumbre y la compasión del corazón de Cristo, pero anuncian otra lucha, otra convulsión, la que suscitan las potencias del mal.

Como hemos escuchado, a los Doce “les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia” (*Mt* 10, 1). Los Doce deberán cooperar con Jesús en la instauración del reino de Dios, es decir, en su señorío benéfico, portador de vida, y de vida en abundancia, para la humanidad entera. En definitiva, la Iglesia, como Cristo y juntamente con él, está llamada y ha sido enviada a instaurar el Reino de vida y a destruir el dominio de la muerte, para que triunfe en el mundo la vida de Dios, para que triunfe Dios, que es Amor.

Esta obra de Cristo siempre es silenciosa; no es espectacular. Precisamente en la humildad de ser Iglesia, de vivir cada día el Evangelio, crece el gran árbol de la vida verdadera. Con estos inicios humildes, el Señor nos anima para que, también en la humildad de la Iglesia de hoy, en la pobreza de nuestra vida cristiana, podamos ver su presen-

cia y tener así la valentía de salir a su encuentro y de hacer presente en esta tierra su amor, que es una fuerza de paz y de vida verdadera.

Así pues, el plan de Dios consiste en difundir en la humanidad y en todo el cosmos su amor, fuente de vida. No es un proceso espectacular; es un proceso humilde, pero que entraña la verdadera fuerza del futuro y de la historia. Por consiguiente, es un proyecto que el Señor quiere realizar respetando nuestra libertad, porque el amor, por su propia naturaleza, no se puede imponer. Por tanto, la Iglesia es, en Cristo, el espacio de acogida y de mediación del amor de Dios. Desde esta perspectiva se ve claramente cómo la *santidad* y el *carácter misionero* de la Iglesia constituyen dos caras de la misma medalla: sólo en cuanto santa, es decir, en cuanto llena del amor divino, la Iglesia puede cumplir su misión; y precisamente en función de esa tarea Dios la eligió y santificó como su propiedad personal.

Por tanto, nuestro primer deber, precisamente para sanar a este mundo, es ser santos, conformes a Dios. De este modo obra en nosotros una fuerza santificadora y transformadora que actúa también sobre los demás, sobre la historia. En el binomio “santidad-misión” -la santidad siempre es fuerza que transforma a los demás- se está centrando vuestra comunidad eclesial, queridos hermanos y hermanas, durante este tiempo del Sínodo diocesano.

Al respecto, es útil tener presente que los doce Apóstoles no eran hombres perfectos, elegidos por su vida moral y religiosa irreprochable. Ciertamente, eran creyentes, llenos de entusiasmo y de celo, pero al mismo tiempo estaban marcados por sus límites humanos, a veces incluso graves. Así pues, Jesús no los llamó por ser ya santos, completos, perfectos, sino para que lo fueran, para que se transformaran a fin de transformar así la historia. Lo mismo sucede con nosotros y con todos los cristianos.

En la segunda lectura hemos escuchado la síntesis del apóstol san Pablo: “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (*Rm 5, 8*). La Iglesia es la comunidad de los pecadores que creen en el amor de Dios y se dejan transformar por él; así llegan a ser santos y santifican el mundo.

A la luz de esta providencial palabra de Dios, tengo hoy la alegría de confirmar el camino de vuestra Iglesia. Es un camino de santidad y de misión, sobre el que vuestro arzobispo os ha invitado a reflexionar en su reciente carta pastoral; es un camino que él ha verificado ampliamente en el transcurso de la visita pastoral y que ahora quiere promover mediante el Sínodo diocesano.

El pasaje evangélico de hoy nos sugiere el estilo de la misión, es decir, la actitud interior que se traduce en vida real. No puede menos de ser el estilo de Jesús: el estilo de la “compasión”.

El evangelista lo pone de relieve atrayendo la atención hacia el modo como Cristo mira a la muchedumbre: “Al verla, sintió compasión de ella, porque estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor” (*Mt 9, 36*). Y, después de la llamada de los Doce, vuelve esta actitud en el mandato que les da de dirigirse “a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (*Mt 10, 6*).

En esas expresiones se refleja el amor de Cristo por los hombres, especialmente por los pequeños y los pobres. La compasión cristiana no tiene nada que ver con el pietismo, con el asistencialismo. Más bien, es sinónimo de solidaridad, de compartir, y está animada por la esperanza. ¿No nacen de la esperanza las palabras que Jesús dice a los Apóstoles: “¿Id proclamando que el reino de los cielos está cerca?” (*Mt 10, 7*). Esta esperanza se funda en la venida de Cristo y, en definitiva, coincide con su Persona y con su misterio de salvación -donde está él, está el reino de Dios, está la novedad del mundo-, como lo recordaba bien en su título la cuarta Asamblea eclesial italiana, celebrada en Verona: Cristo resucitado es la “esperanza del mundo”.

También vosotros, queridos hermanos y hermanas de esta antigua Iglesia de Brindisi, animados por la esperanza en la que habéis sido salvados, sed signos e instrumentos de la compasión, de la misericordia de Cristo. Al obispo y a los presbíteros les repito con fervor las palabras del Maestro divino: “Curad

enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis” (*Mt* 10, 8). Este mandato se dirige también hoy en primer lugar a vosotros. El Espíritu que actuaba en Cristo y en los Doce es el mismo que actúa en vosotros y que os permite realizar entre vuestra gente, en este territorio, los signos del reino de amor, de justicia y de paz que viene, más aún, que ya está en el mundo.

Pero, por la gracia del Bautismo y de la Confirmación, todos los miembros del pueblo de Dios participan, de maneras diversas, en la misión de Jesús. Pienso en las personas consagradas, que han hecho los votos de pobreza, virginidad y obediencia; pienso en los cónyuges cristianos y en vosotros, fieles laicos, comprometidos en la comunidad eclesial y en la sociedad tanto de forma individual como en asociaciones. Queridos hermanos y hermanas, todos sois destinatarios del deseo de Jesús de multiplicar los obreros de la mies del Señor (cf. *Mt* 9, 38).

Este deseo, que debe convertirse en oración, nos lleva a pensar, en primer lugar, en los seminaristas y en el nuevo seminario de esta archidiócesis; nos hace considerar que la Iglesia es, en sentido amplio, un gran “seminario”, comenzando por la familia, hasta las comunidades parroquiales, las asociaciones y los movimientos de compromiso apostólico. Todos, en la variedad de los carismas y de los ministerios, estamos llamados a trabajar en la viña del Señor.

Queridos hermanos y hermanas de Brindisi, seguid por el camino emprendido con este espíritu. Que velen sobre vosotros vuestros patronos, san Leucio y san Oroncio, que llegaron de Oriente en el siglo II para regar esta tierra con el agua viva de la palabra de Dios. Las reliquias de san Teodoro de Amasea, veneradas en la catedral de Brindisi, os recuerden que dar la vida por Cristo es la predicación más eficaz. San Lorenzo, hijo de esta ciudad, que siguiendo las huellas de san Francisco de Asís se convirtió en apóstol de paz en una Europa desgarrada por guerras y discordias, os obtenga el don de una auténtica fraternidad.

Os encomiendo a todos a la protección de la Virgen María, Madre de la esperanza y Estrella de la evangelización. Que os ayude la Virgen santísima a permanecer en el amor de Cristo, para que podáis dar frutos abundantes para gloria de Dios Padre y para la salvación del mundo. Amén.

### ***Ángelus del Papa, Benedicto XVI.***

*Puerto de Brindisi, domingo, 15 de junio de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Antes de concluir la celebración, expreso mi gratitud a cuantos la han preparado con tanto esmero y la han animado con la música y el canto. Doy

las gracias a los que han organizado mi viaje y están contribuyendo a que se desarrolle del mejor modo posible: pienso en las diversas autoridades locales, en las Fuerzas del orden, en los voluntarios y en vosotros, queridos habitantes de Brindisi. Os invito a todos, como cada domingo, a uniros a mí en la oración del Ángelus.

El lugar en el que nos encontramos -el puerto- tiene un profundo significado simbólico. Todo puerto habla de acogida, de refugio, de seguridad; habla de un arribo deseado tras la navegación, tal vez larga y difícil. Pero habla también de salidas, de proyectos y aspiraciones, de futuro. En particular, el puerto de Brindisi desempeña un papel de primer plano en las comunicaciones con el mar Mediterráneo y con Oriente; por eso alberga también una base de las Naciones Unidas, que cumple una función importante desde el punto de vista humanitario.

Por tanto, desde este lugar tan sugestivo, no lejos de la ciudad indicada como el “buen día” de Italia (*Calimera*), deseo renovar el mensaje cristiano de cooperación y paz entre todos los pueblos, especialmente entre los que rodean este mar, antigua cuna de civilización, y los de Oriente Próximo y Oriente Medio. Y me complace hacerlo con las palabras que dirigí hace dos meses en Nueva York a la Asamblea general de las Naciones Unidas: “La acción de la comunidad internacional y de sus instituciones, dando por sentado el respeto de los principios que están en la base del orden interna-

cional, no tiene por qué ser interpretada nunca como una imposición injustificada y una limitación de soberanía. Al contrario, es la indiferencia o la falta de intervención lo que causa un daño real. Lo que se necesita es una búsqueda más profunda de los medios para prevenir y controlar los conflictos, explorando cualquier vía diplomática posible y prestando atención y estímulo también a las más tenues señales de diálogo o deseo de reconciliación” (*Discurso a la ONU*, 18 de abril de 2008: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de abril de 2008, p. 10).

Desde este borde de Europa, proyectado hacia el Mediterráneo, entre Oriente y Occidente, nos dirigimos una vez más a María, Madre que nos “indica el camino” -*Odigitria*-, dándonos a Jesús, Camino de la paz. La invocamos idealmente con todos los títulos con los que se la venera en los santuarios de Puglia. Desde este antiguo puerto, la invocamos en particular como “Puerto de salvación” para cada hombre y para toda la humanidad.

Que su protección materna defienda siempre a vuestra ciudad y vuestra región, a Italia, a Europa y al mundo entero de las tempestades que se ciernen sobre la fe y los valores verdaderos; que permita a las generaciones jóvenes remar adentro sin miedo para afrontar con esperanza cristiana el viaje de la vida.

María, Puerto de salvación, ruega por nosotros.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
durante el encuentro con los  
sacerdotes, diáconos y seminaristas***

*Domingo, 15 de junio de 2008*

*Muy queridos presbíteros, diáconos y seminaristas:*

Me alegra saludaros a todos, reunidos en esta hermosa catedral, abierta nuevamente al culto después de las obras de restauración realizadas en noviembre del año pasado. Agradezco al arzobispo, mons. Rocco Talucci, las cordiales palabras de saludo que me ha dirigido en vuestro nombre, y todos sus regalos. Saludo a los sacerdotes, a los que deseo expresar mi complacencia por el vasto y articulado trabajo pastoral que llevan a cabo. Saludo a los diáconos, a los seminaristas y a todos los presentes, manifestando la alegría que siento al verme rodeado de tantas almas consagradas a la extensión del reino de Dios.

Aquí, en la catedral, que es el corazón de la diócesis, todos nos sentimos como en casa, unidos por el vínculo del amor de Cristo. Aquí queremos recordar con gratitud a cuantos han difundido el cristianismo en estas tierras. Brindisi fue una de las primeras ciudades de Occidente en acoger el Evangelio, que le llegó por las vías consulares romanas. Entre los santos evangelizadores, pienso en san Leucio, obispo, san Oroncio, san Teodoro de Amasea y san Lorenzo de Brindisi, proclamado doctor de la Iglesia por el Papa, Juan XXIII. La

presencia de estos santos sigue viva en el corazón de la gente y la testimonian muchos monumentos de la ciudad.

Queridos hermanos, al veros reunidos en esta iglesia, en la que muchos de vosotros habéis recibido la ordenación diaconal y sacerdotal, me vuelven a la mente las palabras que san Ignacio de Antioquía escribió a los cristianos de Éfeso: “Vuestro venerable colegio de los presbíteros, digno de Dios, está tan armoniosamente concertado con su obispo como las cuerdas con la lira. De este modo, en el acorde de vuestros sentimientos y en la perfecta armonía de vuestro amor fraterno, ha de elevarse un concierto de alabanza a Jesucristo”. Y el santo obispo añadía: “Cada uno de vosotros esfuércese por formar coro. En la armonía de la concordia y al unísono con el tono de Dios por medio de Jesucristo, cantad a una voz al Padre, y él os escuchará” (*Carta a los Efesios*, 4).

Perseverad, queridos presbíteros, en la búsqueda de esa unidad de propósitos y de ayuda mutua, para que la caridad fraterna y la unidad en el trabajo pastoral sirvan de ejemplo y de estímulo para vuestras comunidades. A esto sobre todo se ha orientado la visita pastoral a las parroquias, realizada por vuestro arzobispo, que terminó el pasado mes de marzo: precisamente gracias a vuestra generosa colaboración, no fue un simple cumplimiento de un requisito jurídico, sino también un extraordinario acontecimiento de valor eclesial y formativo. Estoy seguro de que

dará frutos, pues el Señor hará crecer abundantemente la semilla sembrada con amor en las almas de los fieles.

Con mi presencia hoy aquí, quiero animaros a estar cada vez más disponibles al servicio del Evangelio y de la Iglesia. Sé que ya trabajáis con celo e inteligencia, sin escatimar esfuerzos, con el fin de propagar el alegre mensaje evangélico. Cristo, al que habéis consagrado vuestra vida, está con vosotros. Todos creemos en él; sólo a él hemos consagrado nuestra vida, a él queremos anunciar al mundo. Cristo, que es el camino, la verdad y la vida (cf. *Jn* 14, 6), ha de ser el tema de nuestro pensar, el argumento de nuestro hablar, el motivo de nuestro vivir.

Queridos hermanos sacerdotes, como bien sabéis, para que vuestra fe sea fuerte y vigorosa, hace falta alimentarla con una oración constante. Por tanto, sed modelos de oración, convertíos en maestros de oración. Que vuestras jornadas estén marcadas por los tiempos de oración, durante los cuales, a ejemplo de Jesús, debéis dedicaros al diálogo regenerador con el Padre. Sé que no es fácil mantenerse fieles a estas citas diarias con el Señor, sobre todo hoy que el ritmo de la vida se ha vuelto frenético y las ocupaciones son cada vez más absorbentes.

Con todo, debemos convencernos de que los momentos de oración son los más importantes de la vida del sacerdote, los momentos en que actúa

con más eficacia la gracia divina, dando fecundidad a su ministerio. Orar es el primer servicio que es preciso prestar a la comunidad. Por eso, los momentos de oración deben tener una verdadera prioridad en nuestra vida. Sé que tenemos muchos quehaceres urgentes. En mi caso, una audiencia, una documentación por estudiar, un encuentro u otros compromisos. Pero si no estamos interiormente en comunión con Dios, no podemos dar nada tampoco a los demás. Por eso, Dios es la primera prioridad. Siempre debemos reservar el tiempo necesario para estar en comunión de oración con nuestro Señor.

Queridos hermanos y hermanas, me congratulo con vosotros por el nuevo seminario arzobispal, que inauguró en noviembre del año pasado mi secretario de Estado, el cardenal Tarcisio Bertone. Por una parte, expresa el presente de una diócesis, constituyendo el punto de llegada del trabajo llevado a cabo por los sacerdotes y por las parroquias en los sectores de la pastoral juvenil, la enseñanza catequística y la animación religiosa de las familias. Por otra, el seminario es una inversión muy valiosa para el futuro, porque garantiza, mediante un trabajo paciente y generoso, que las comunidades cristianas no queden privadas de pastores de almas, de maestros de fe, de guías celosos y de testigos de la caridad de Cristo.

Este seminario, además de ser sede de vuestra formación, queridos seminaristas, verdadera esperanza de la Igle-

sia, también es lugar de actualización y de formación permanente para jóvenes y adultos, deseosos de dar su contribución a la causa del reino de Dios. La preparación esmerada de los seminaristas y la formación permanente de los presbíteros y de los demás agentes pastorales constituyen preocupaciones prioritarias para el obispo, al que Dios ha encomendado la misión de guiar, como pastor sabio, al pueblo de Dios que vive en vuestra ciudad.

Una ocasión ulterior de crecimiento espiritual para vuestras comunidades es el Sínodo diocesano, el primero después del concilio Vaticano II y de la unificación de las dos diócesis de Brindisi y Ostuni. Es una ocasión para impulsar el compromiso apostólico de toda la diócesis, pero sobre todo es un momento privilegiado de comunión, que ayuda a redescubrir el valor del servicio fraterno, como indica el icono bíblico que habéis elegido, el lavatorio de los pies (cf. *Jn* 13, 12-17) con las palabras de Jesús que lo comenta: “Como he hecho yo” (*Jn* 13, 15). Si es verdad que el Sínodo -todo Sínodo- está llamado a establecer leyes, a emanar normas adecuadas para una pastoral orgánica, suscitando y estimulando compromisos renovados para la evangelización y el testimonio evangélico, también es verdad que debe despertar en todos los bautizados el anhelo misionero que anima constantemente a la Iglesia.

Queridos hermanos sacerdotes, el Papa os asegura un recuerdo especial

en la oración, para que prosigáis en el camino de la auténtica renovación espiritual que estáis recorriendo juntamente con vuestras comunidades. Que os ayude en este compromiso la experiencia de “estar juntos” en la fe y en el amor recíproco, como los Apóstoles en torno a Cristo en el Cenáculo. Fue allí donde el Maestro divino los instruyó, abriéndoles los ojos al esplendor de la verdad y les donó el sacramento de la unidad y del amor: la Eucaristía.

En el Cenáculo, durante la última Cena, en el momento del lavatorio de los pies, quedó muy claro que el servicio es una de las dimensiones fundamentales de la vida cristiana. Por tanto, el Sínodo tiene la tarea de ayudar a vuestra Iglesia local, en todos sus componentes, a redescubrir el sentido y la alegría del servicio: un servicio por amor. Eso vale ante todo para vosotros, queridos sacerdotes, configurados con Cristo “Cabeza y Pastor”, siempre dispuestos a guiar a su rebaño. Agradeced y alegraos por el don recibido. Sed generosos en el ejercicio de vuestro ministerio. Apoyadlo con una oración continua y con una formación cultural, teológica y espiritual permanente.

A la vez que os renuevo la expresión de mi vivo aprecio y de mi más cordial aliento, os invito a vosotros y a toda la diócesis a prepararos para el Año paulino, que comenzará próximamente. Podrá ser la ocasión para un generoso impulso misionero, para un anuncio más profundo de la palabra de Dios,

acogida, meditada y traducida en apostolado fecundo, como sucedió precisamente en el caso del Apóstol de los gentiles. San Pablo, conquistado por Cristo, vivió totalmente para él y para su Evangelio, entregando su vida hasta el martirio.

Que os asista la Virgen, Madre de la Iglesia y Virgen de la escucha. Que

os protejan los santos patronos de esta amada tierra de Puglia. Sed misioneros del amor de Dios. Que todas vuestras parroquias experimenten la alegría de pertenecer a Cristo.

Como prenda de la gracia divina y de los dones de su Espíritu, de buen grado os imparto a todos la bendición apostólica.

## VIAJES APOSTÓLICOS - VIAJE APOSTÓLICO A SYDNEY (AUSTRALIA) CON OCASIÓN DE LA XXIII JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD (12-21 DE JULIO DE 2008)

### *Entrevista concedida por el Papa, Benedicto XVI, a los periodistas durante el vuelo hacia Australia*

*Sábado, 12 de julio de 2008*

**Pregunta:** *Santidad, esta es su segunda Jornada mundial de la juventud; podríamos decir: la primera totalmente suya. ¿Con cuáles sentimientos se dispone a vivirla y cuál es el mensaje principal que desea transmitir a los jóvenes? Por otra parte, ¿piensa que las Jornadas mundiales de la juventud influyen profundamente en la vida de la Iglesia que las acoge? Y, por último, ¿piensa que la fórmula de estos encuentros juveniles masivos sigue siendo actual?*

**Respuesta:** Voy a Australia con sentimientos de gran alegría. Tengo recuerdos muy bellos de la Jornada mundial de la juventud de Colonia:

no fue simplemente un acontecimiento de masas; fue sobre todo una gran fiesta de fe, un encuentro humano de comunión en Cristo. Vimos cómo la fe abre las fronteras y tiene realmente la capacidad de unir las diferentes culturas, y crea alegría. Espero que suceda lo mismo ahora en Australia. Por eso, me alegra ver a muchos jóvenes, y verlos unidos en el deseo de Dios y en el deseo de un mundo realmente humano.

El mensaje esencial lo indican las palabras que constituyen el eslogan de esta Jornada mundial de la juventud: hablamos del Espíritu Santo que nos hace testigos de Cristo. Por tanto, quiero concentrar mi mensaje precisamente en esta realidad del Espíritu Santo, que se presenta en varias dimensiones: es el Espíritu que actúa en la creación. La dimensión de la creación está muy presente, pues el Espíritu es creador.

Me parece un tema muy importante en el momento actual. Pero el Espíritu también es inspirador de la Escritura: en nuestro camino, a la luz de la Escritura, podemos caminar juntamente con el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es Espíritu de Cristo; por tanto, nos guía en comunión con Cristo. Por último, según san Pablo, se muestra en los carismas, es decir, en gran número de dones inesperados, que cambian los diferentes tiempos y que dan nueva fuerza a la Iglesia. Así pues, estas dimensiones nos invitan a ver las huellas del Espíritu y a hacer visible al Espíritu también a los demás.

Una Jornada mundial de la juventud no es simplemente un acontecimiento de este momento: se prepara a lo largo de un largo camino con la cruz y con el icono de la Virgen. Se prepara, asimismo, desde el punto de vista de la organización; y también hay una preparación espiritual. Por tanto, estos días son sólo el momento culminante de un largo camino precedente. Todo es fruto de un camino, de ponernos juntos en camino hacia Cristo. La Jornada mundial de la juventud, además, crea una historia, es decir, se crean amistades, se crean nuevas inspiraciones: así la Jornada mundial de la juventud continúa.

Esto me parece muy importante: no sólo hay que ver estos tres o cuatro días; hay que ver todo el camino que precede y el que sigue. En este sentido, me parece que la Jornada mundial de la juventud, al menos para nuestro futuro

próximo, es una fórmula válida que nos ayuda a comprender que desde diferentes puntos de vista y desde diversas partes de la tierra avanzamos hacia Cristo y hacia la comunión. Así aprendemos una nueva forma de caminar juntos. En este sentido, espero que también sea una fórmula para el futuro.

**Pregunta:** *“The Australian Newspaper”. Santo Padre, quiero hacer mi pregunta en inglés. Australia es un país muy secularizado, con poca práctica religiosa y mucha indiferencia frente a la religión. Santidad, ¿es usted optimista ante el futuro de la Iglesia en Australia? ¿o está preocupado y teme que la Iglesia en Australia siga la decadencia de la de Europa? ¿Qué mensaje lleva a Australia para ayudarlo a superar su indiferencia frente a la religión?*

**Respuesta:** Hablaré lo mejor que pueda en inglés, y pido disculpa por mis deficiencias en esta lengua. Creo que Australia, en su configuración histórica actual, forma parte del “mundo occidental”, tanto económica como políticamente; por tanto, es evidente que Australia comparte los éxitos y los problemas del mundo occidental. En los últimos 50 años el mundo occidental ha experimentado grandes éxitos económicos y técnicos; sin embargo, la religión, la fe cristiana, en cierto sentido está en crisis. Es evidente: creemos que no necesitamos de Dios, que podemos hacerlo todo por nosotros mismos, que no necesitamos de Dios para ser felices, que no necesitamos de Dios

para crear un mundo mejor, que Dios no es necesario, que podemos hacerlo todo por nosotros mismos.

Por otro lado, vemos que la religión está siempre presente en el mundo y lo estará siempre, porque Dios está presente en el corazón del ser humano y no puede desaparecer nunca. Vemos cómo la religión es realmente una fuerza en este mundo y en los diversos países. Yo no hablaría de una decadencia de la religión en Europa; ciertamente hay una crisis en Europa, no tanto en América, aunque también la haya, y en Australia.

Con todo, la fe siempre está presente con formas nuevas y de nuevas maneras; tal vez, en minoría, pero siempre está presente de forma visible en toda la sociedad. Y ahora, en este momento histórico, comenzamos a comprender que necesitamos de Dios. Podemos hacer muchas cosas, pero no podemos crear nuestro clima. Pensábamos que podíamos hacerlo, pero no podemos. Necesitamos el don de la Tierra, el don del agua; necesitamos al Creador. El Creador se hace presente en su creación. De este modo comprendemos que no podemos ser realmente felices, no podemos promover realmente la justicia en todo el mundo, sin un criterio en nuestras ideas, sin un Dios que sea justo, y nos dé la luz y la vida.

Por tanto, yo creo que, en cierto sentido, en este “mundo occidental” nuestra fe sufrirá una crisis, pero siempre

se producirá también un renacimiento de la fe, porque la fe cristiana es simplemente verdadera, y la verdad estará siempre presente en el mundo humano, y Dios siempre será la verdad. En este sentido, en definitiva, soy optimista.

**Pregunta:** *Santo Padre, disculpe, pero no hablo bien italiano. Por tanto, le haré mi pregunta en inglés. Las víctimas de abusos sexuales del clero, en Australia, le han solicitado que durante su visita a Australia afronte la cuestión y les pida perdón. El cardenal Pell ha dicho que sería apropiado que el Papa afronte la cuestión, y usted hizo un gesto semejante en su reciente viaje a Estados Unidos. Santidad, ¿hablará de la cuestión de los abusos sexuales y pedirá perdón?*

**Respuesta:** Sí; el problema es fundamentalmente análogo al de Estados Unidos. Allí sentí el deber de hablar sobre ello, porque para la Iglesia es de importancia fundamental reconciliar, prevenir, ayudar y también reconocer las culpas en estos problemas. Por eso, diré esencialmente lo mismo que afirmé en Estados Unidos. Como dije, debemos aclarar tres aspectos: el primero es nuestra enseñanza moral. Debe quedar claro, y siempre ha sido claro, desde los primeros siglos, que el sacerdocio, ser sacerdote, es incompatible con este comportamiento, porque el sacerdote está al servicio de Nuestro Señor, y nuestro Señor es la santidad en persona, que siempre nos enseña. La Iglesia siempre ha insistido en esto.

Debemos reflexionar para descubrir en qué ha fallado nuestra educación, nuestra enseñanza, durante los últimos decenios: en las décadas de 1950, 1960 y 1970 se afirmaba el proporcionalismo en ética, según el cual no hay nada malo en sí mismo, sino en proporción a otras cosas. Según el proporcionalismo, se pensaba que algunas cosas, incluida la pederastia, podían ser buenas en cierta proporción. Ahora debe quedar claro que esta nunca ha sido la doctrina católica. Hay cosas que siempre son malas, y la pederastia siempre es mala. En nuestra educación, en los seminarios, en la formación permanente de los sacerdotes, debemos ayudarles a estar realmente cerca de Cristo, a aprender de Cristo, para ayudar así a nuestros hermanos los hombres, a los cristianos, y no ser sus enemigos.

Por tanto, haremos todo lo posible para dejar claro cuál es la enseñanza de la Iglesia y para ayudar en la educación, en la preparación de los sacerdotes, en la formación permanente; haremos todo lo posible para curar y reconciliar a las víctimas. Creo que este es el contenido fundamental de la expresión “pedir perdón”. Creo que es mejor y más importante dar el contenido de la fórmula y creo que el contenido debe explicar en qué ha fallado nuestro comportamiento, qué debemos hacer en este momento, cómo podemos prevenir y cómo podemos todos sanar y reconciliar.

**Pregunta:** *Uno de los asuntos tratados en la cumbre del G8, celebrada en Japón,*

*fue la lucha contra los cambios climáticos. Australia es un país muy sensible a este tema a causa de la fuerte sequía y las dramáticas catástrofes climáticas en esta región del mundo. ¿Piensa que las decisiones tomadas en este campo responden a los desafíos planteados? ¿Hablará usted de este tema durante el viaje?*

**Respuesta:** Como ya he mencionado en mi primera respuesta, ciertamente este problema estará muy presente en esta Jornada mundial de la juventud, pues hablamos del Espíritu Santo y, por tanto, hablamos de la creación y de nuestras responsabilidades con respecto a la creación. No quiero entrar en las cuestiones técnicas, que corresponde resolver a los políticos y a los especialistas, sino más bien dar impulsos esenciales para ver las responsabilidades, para ser capaces de responder a este gran desafío: redescubrir en la creación el rostro del Creador, redescubrir nuestra responsabilidad ante el Creador por su creación, que nos ha confiado, formar la capacidad ética para un estilo de vida que es preciso asumir si queremos afrontar los problemas de esta situación y si queremos realmente llegar a soluciones positivas. Por tanto, despertar las conciencias y ver el gran contexto de este problema, en el que después se enmarcan las respuestas detalladas que no debemos dar nosotros, sino la política y los especialistas.

**Pregunta:** *Santo Padre, mientras usted está en Australia, los obispos de la Comunión Anglicana, muy difundida*

*en Australia, se encuentran en la Conferencia de Lambeth. Se están estudiando los modos posibles de restablecer la comunión entre las provincias y hallar una manera de asegurar que una o varias provincias no tomen iniciativas que otros ven como contrarias al Evangelio o a la tradición. Hay peligro de fragmentación en la Comunión Anglicana y la posibilidad de que algunos pidan ser acogidos en la Iglesia católica. ¿Cuál es su deseo para la Conferencia de Lambeth y para el arzobispo de Canterbury?*

**Respuesta:** Mi contribución fundamental sólo puede ser la oración; y con mi oración estaré muy cerca de los obispos anglicanos que se reúnen en la Conferencia de Lambeth. Nosotros no podemos ni debemos intervenir directamente en sus debates; respetamos su responsabilidad y deseamos que se eviten cismas y nuevas fracturas, y que se encuentre una solución con responsabilidad ante nuestro tiempo, pero también con fidelidad al Evangelio. Estos dos elementos tienen que ir juntos. El cristianismo siempre es contemporáneo y vive en este mundo, en un tiempo determinado, pero hace presente en este tiempo el mensaje de Jesucristo y, por tanto, sólo da una verdadera contribución para esta época siendo fiel, de modo maduro, de modo creativo pero fiel, al mensaje de Cristo. Esperamos -y yo personalmente rezo por ello- que encuentren juntos el camino del Evangelio en nuestro tiempo. Éste es mi deseo para el arzobispo de Canterbury: que la Comunión Anglicana, en

la comunión del Evangelio de Cristo y en la palabra del Señor, encuentre las respuestas a los desafíos actuales.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de bienvenida***

*Palacio del Gobierno, Sydney. Jueves, 17 de julio de 2008*

*Ilustrísimos señores y señoras, queridos amigos australianos:*

Os saludo hoy con gran alegría. Deseo agradecer al Gobernador General, el General Mayor Michael Jeffery, y al Primer Ministro Rudd el honor que me hacen con su presencia en esta ceremonia, así como la bienvenida que me han deparado de forma tan cortés. Como sabéis, he podido disponer de algún día de descanso desde mi llegada a Australia el domingo pasado. Estoy muy agradecido por la hospitalidad que me han brindado. Ahora me dispongo a tomar parte esta tarde en la ceremonia de “bienvenida al País” de la población indígena y celebrar después los grandes eventos que son objeto de mi Visita Apostólica a esta Nación: la XXIII Jornada Mundial de la Juventud.

Alguien podría preguntarse qué es lo que mueve a miles de jóvenes a emprender un viaje, para muchos de ellos largo y cansado, para participar en un acto de este tipo. Desde la primera Jor-

nada Mundial de la Juventud, en 1986, ha resultado evidente que muchos jóvenes valoran la oportunidad de congregarse para profundizar en la propia fe en Cristo y compartir con otros una experiencia gozosa de comunión en su Iglesia. Desean escuchar la palabra de Dios y aprender más sobre su fe cristiana. Tienen deseos de participar en un evento que pone de relieve los grandes ideales que los inspiran, y regresan a sus casas repletos de esperanza, renovados en su decisión de construir un mundo mejor. Es para mí una alegría estar con ellos, rezar con ellos y celebrar la Eucaristía junto con ellos. La Jornada Mundial de la Juventud me llena de confianza ante el futuro de la Iglesia y el futuro de nuestro mundo.

Es particularmente oportuno celebrar aquí la Jornada Mundial de la Juventud, dado que la Iglesia en Australia, además de ser la más joven entre las Iglesias de los diversos continentes, es también una de las más cosmopolita. Desde la llegada aquí de los primeros europeos a finales del siglo XVIII, este País se ha convertido en la morada no sólo de generaciones de emigrantes europeos, sino también de personas de cualquier rincón del mundo. La inmensa diversidad de la población australiana de hoy da un vigor especial a la que podría considerarse aún, comparándola con la mayor parte del resto del mundo, una nación joven. Sin embargo, miles de años antes de la llegada de los colonos occidentales, los únicos habitantes de este territorio eran per-

sonas originales del País, aborígenes e isleños del Estrecho de Torres. Su antigua herencia forma parte esencial del panorama cultural de la Australia moderna. Gracias a la audaz decisión del Gobierno australiano de reconocer las injusticias cometidas en el pasado contra los pueblos indígenas, se están dando ahora pasos concretos con el fin de alcanzar una reconciliación basada en el respeto recíproco. Justamente estáis tratando de colmar la diferencia entre los australianos indígenas y los no indígenas en lo que se refiere a la expectativa de vida, los planes educativos y las oportunidades económicas. Este ejemplo de reconciliación da esperanza en todo el mundo a los pueblos que anhelan ver consolidados sus derechos, así como reconocida y promovida su aportación a la sociedad.

Entre los colonos que venían de Europa había siempre una proporción significativa de católicos, y debemos estar justamente orgullosos por su contribución en la construcción de la Nación, en particular en los campos de la educación y la sanidad. Una de las figuras eminentes de la historia de este País es la Beata Mary Mackillop, ante cuya tumba rezaré después hoy mismo. Sé que su perseverancia frente a la adversidad, sus intervenciones para defender a cuantos eran tratados injustamente y su ejemplo concreto de santidad han llegado a ser fuente de inspiración para todos los australianos. Generaciones de australianos tienen motivos para agradecer a ella, a las Religiosas de san José

del Sagrado Corazón y a otras congregaciones religiosas la red de escuelas que han fundado aquí, así como también el testimonio de la vida consagrada. En el actual contexto más secularizado, la comunidad católica sigue ofreciendo una contribución importante a la vida nacional, no sólo a través de la educación y la sanidad, sino de modo especial indicando la dimensión espiritual de las cuestiones más relevantes del debate contemporáneo.

Con tantos miles de jóvenes que visitan Australia en estos días, es obligado reflexionar sobre qué tipo de mundo estamos transmitiendo a las futuras generaciones. Según la letra de vuestro himno nacional, esta tierra “abunda en dones naturales, de una belleza rica y rara”. Las maravillas de la creación de Dios nos recuerdan la necesidad de proteger el ambiente y llevar a cabo una administración responsable de los bienes de la tierra. A este respecto, noto que Australia se está comprometiendo seriamente para afrontar la propia responsabilidad de cuidar el ambiente natural. De la misma forma, con respecto al ambiente humano, este País ha sostenido generosamente operaciones internacionales para el mantenimiento de la paz, contribuyendo a la resolución de los conflictos en el Pacífico, en Asia del Sureste y en otros lugares. A causa de las muchas tradiciones religiosas representadas en Australia, éste es un territorio particularmente fértil para el diálogo ecuménico e interreligioso. Durante mi estancia, espero con

ilusión encontrar a los representantes locales de las diferentes comunidades cristianas y de otras religiones, para animar este compromiso importante, signo de la acción reconciliadora del Espíritu, que nos empuja a buscar la unidad en la verdad y en la caridad.

Sin embargo, estoy aquí ante todo para reunirme con los jóvenes, tanto de Australia como de cualquier otra parte del mundo, y para rezar por una renovada efusión del Espíritu Santo sobre todos los que tomarán parte en nuestras celebraciones. El tema elegido para la Jornada Mundial de la Juventud de 2008 está tomado de las palabras dirigidas por Jesús mismo a sus discípulos, tal como aparecen en los *Hechos de los Apóstoles*: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo para ser mis testigos... hasta los confines del mundo” (1,8). Pido para que el Espíritu Santo otorgue una renovación espiritual a este País, al pueblo australiano, a la Iglesia en Oceanía y realmente hasta los extremos de la tierra. Los jóvenes hoy se encuentran ante una variedad descocertante de opciones de vida, de modo que a ellos a veces les resulta arduo saber cómo encauzar mejor sus ideales y su energía. Es el Espíritu quien da la sabiduría para discernir el sendero justo y el valor para recorrerlo. Él corona nuestros pobres esfuerzos con sus dones divinos, como el viento, que, inflando las velas, hace avanzar la nave mucho más de lo que los pescadores logran con la fatiga de su remar. Así el Espíritu hace posible que los hombres y mujeres de cada

lugar y de cada generación lleguen a ser santos. Que por obra del Espíritu los jóvenes reunidos para la Jornada Mundial de la Juventud tengan la audacia de llegar a ser santos. Esto es de lo que tiene necesidad el mundo, más que de cualquier otra cosa.

Queridos amigos australianos, una vez más agradezco la calurosa bienvenida y me dispongo con alegría a transcurrir estos días con vosotros y con los jóvenes de todo el mundo. Dios bendiga a los que estáis aquí presentes, a todos los peregrinos y a los habitantes de este País. Y bendiga siempre y proteja a la *Commonwealth* de Australia.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de acogida de los jóvenes***

*Muelle Barangaroo, Sydney. Jueves, 17 de julio de 2008*

Queridos jóvenes

Es una alegría poderos saludar aquí, en Barangaroo, a orillas de la magnífica bahía de Sydney, con el famoso puente y la Opera House. Muchos sois de este País, del interior o de las dinámicas comunidades multiculturales de las ciudades australianas. Otros venís de las islas esparcidas por Oceanía, y otros de Asia, del Oriente Medio, de África y de América. En realidad, bastantes de vosotros viene de tan lejos como yo,

de Europa. Cualquiera que sea el País del que venimos, por fin estamos aquí, en Sydney. Y estamos juntos en este mundo nuestro como familia de Dios, como discípulos de Cristo, alentados por su Espíritu para ser testigos de su amor y su verdad ante los demás.

Deseo agradecer a los Ancianos de los Aborígenes que me han dado la bienvenida antes de subir al barco en la Rose Bay. Estoy muy emocionado al encontrarme en vuestra tierra, conociendo los sufrimientos y las injusticias que ha padecido, pero consciente también de la reparación y de la esperanza que se están produciendo ahora, de lo cual pueden estar orgullosos todos los ciudadanos australianos. A los jóvenes indígenas –aborígenes y habitantes de las Islas del Estrecho de Torres– y Tokelauani les doy las gracias por la conmovedora bienvenida. A través de vosotros envío un cordial saludo a vuestros pueblos.

Señor Cardenal Pell, Señor Arzobispo Mons. Wilson: os doy las gracias por vuestras calurosas expresiones de bienvenida. Sé que vuestros sentimientos resuenan también en el corazón de los jóvenes reunidos aquí esta tarde y, por tanto, doy las gracias a todos. Veo ante mí una imagen vibrante de la Iglesia universal. La variedad de Naciones y culturas de las que provenís demuestra que verdaderamente la Buena Nueva de Cristo es para todos y cada uno; ella ha llegado a los confines de la tierra. Sin embargo, también sé que mu-

chos de vosotros estáis aún en busca de una patria espiritual. Algunos, siempre bienvenidos entre nosotros, no sois católicos o cristianos. Otros, tal vez, os movéis en los aledaños de la vida de la parroquia y de la Iglesia. A vosotros deseo ofrecer mi llamamiento: acercaos al abrazo amoroso de Cristo; reconoced a la Iglesia como vuestra casa. Nadie está obligado a quedarse fuera, puesto que desde el día de Pentecostés la Iglesia es una y universal.

Esta tarde, deseo incluir también a los que no están aquí presentes. Pienso especialmente en los enfermos o los minusválidos psíquicos, a los jóvenes en prisión, a los que están marginados por nuestra sociedad y a los que por cualquier razón se sienten ajenos a la Iglesia. A ellos les digo: Jesús está cerca de ti. Siente su abrazo que cura, su compasión, su misericordia.

Hace casi dos mil años, los Apóstoles, reunidos en la sala superior de la casa, junto con María (cf. *Hch* 1,14) y algunas fieles mujeres, fueron llenos del Espíritu Santo (cf. *Hch* 2,4). En aquel momento extraordinario, que señaló el nacimiento de la Iglesia, la confusión y el miedo que habían agarrado a los discípulos de Cristo, se transformaron en una vigorosa convicción y en la toma de conciencia de un objetivo. Se sintieron impulsados a hablar de su encuentro con Jesús resucitado, que ahora llamaban afectuosamente el Señor. Los Apóstoles eran en muchos aspectos personas ordinarias.

Nadie podía decir de sí mismo que era el discípulo perfecto. No habían sido capaces de reconocer a Cristo (cf. *Lc* 24,13-32), tuvieron que avergonzarse de su propia ambición (cf. *Lc* 22,24-27) e incluso renegaron de él (cf. *Lc* 22,54-62). Sin embargo, cuando estuvieron llenos de Espíritu Santo, fueron traspasados por la verdad del Evangelio de Cristo e impulsados a proclamarlo sin temor. Reconfortados, gritaron: arrepentíos, bautizaos, recibid el Espíritu Santo (cf. *Hch* 2,37-38). Fundada sobre la enseñanza de los Apóstoles, en la adhesión a ellos, en la fracción del pan y la oración (cf. *Hch* 2,42), la joven comunidad cristiana dio un paso adelante para oponerse a la perversidad de la cultura que la circundaba (cf. *Hch* 2,40), para cuidar de sus propios miembros (cf. *Hch* 2,44-47), defender su fe en Jesús ante un medio hostil (cf. *Hch* 4,33) y curar a los enfermos (cf. *Hch* 5,12-16). Y, obedeciendo al mandato de Cristo mismo, partieron dando testimonio del acontecimiento más grande de todos los tiempos: que Dios se ha hecho uno de nosotros, que el divino ha entrado en la historia humana para poder transformarla, y que estamos llamados a empaparnos del amor salvador de Cristo que triunfa sobre el mal y la muerte. En su famoso discurso en el areópago, San Pablo presentó su mensaje de esta manera: «Dios da a cada uno todas las cosas, incluida la vida y el respiro, de manera que todos los pueblos pudieran buscar a Dios, y siguiendo los propios caminos hacia Él, logran encontrarlo. En efecto, no

está lejos de ninguno de nosotros, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos» (cf. *Hch* 17, 25-28).

Desde entonces, hombres y mujeres se han puesto en camino para proclamar el mismo hecho, testimoniando el amor y la verdad de Cristo, y contribuyendo a la misión de la Iglesia. Hoy recordamos a aquellos pioneros—sacerdotes, religiosas y religiosos— que llegaron a estas costas y a otras zonas del Océano Pacífico, desde Irlanda, Francia, Gran Bretaña y otras partes de Europa. La mayor parte de ellos eran jóvenes—algunos incluso con apenas veinte años— y, cuando saludaron para siempre a sus padres, hermanos, hermanas y amigos, sabían que sería difícil para ellos volver a casa. Sus vidas fueron un testimonio cristiano, sin intereses egoístas. Se convirtieron en humildes pero tenaces constructores de gran parte de la herencia social y espiritual que todavía hoy es portadora de bondad, compasión y orientación a estas Naciones. Y fueron capaces de inspirar a otra generación. Esto nos trae al recuerdo inmediatamente la fe que sostuvo a la beata Mary MacKillop en su neta determinación de educar especialmente los pobres, y al beato Peter To Rot en su firme convicción de que la guía de una comunidad ha de referirse siempre al Evangelio. Pensad también en vuestros abuelos y vuestros padres, vuestros primeros maestros en la fe. También ellos han hecho innumerables sacrificios, de tiempo y energía, movidos por el amor que os tienen. Ellos, con apoyo de los

sacerdotes y los enseñantes de vuestra parroquia, tienen la tarea, no siempre fácil, pero sumamente gratificante, de guiaros hacia todo lo que es bueno y verdadero, mediante su ejemplo personal y su modo de enseñar y vivir la fe cristiana.

Hoy me toca a mí. Para algunos puede parecer que, viniendo aquí, hemos llegado al fin del mundo. Ciertamente, para los de vuestra edad cualquier viaje en avión es una perspectiva excitante. Pero para mí, este vuelo ha sido en cierta medida motivo de aprensión. Sin embargo, la vista de nuestro planeta desde lo alto ha sido verdaderamente magnífica. El relampagueo del Mediterráneo, la magnificencia del desierto norteafricano, la exuberante selva de Asia, la inmensidad del océano Pacífico, el horizonte sobre el que surge y se pone el sol, el majestuoso esplendor de la belleza natural de Australia, todo eso que he podido disfrutar durante un par de días, suscita un profundo sentido de temor reverencial. Es como si uno hojeara rápidamente imágenes de la historia de la creación narrada en el Génesis: la luz y las tinieblas, el sol y la luna, las aguas, la tierra y las criaturas vivientes. Todo eso es «bueno» a los ojos de Dios (cf. *Gn* 1, 1-2. 2,4). Inmersos en tanta belleza, ¿cómo no hacerse eco de las palabras del Salmista que alaba al Creador: «¡Qué admirable es tu nombre en toda la tierra!» (*Sal* 8,2)?

Pero hay más, algo difícil de ver desde lo alto de los cielos: hombres y muje-

res creados nada menos que a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1,26). En el centro de la maravilla de la creación estamos nosotros, vosotros y yo, la familia humana «coronada de gloria y majestad» (cf. *Sal* 8,6). ¡Qué asombroso! Con el Salmista, susurramos: «Qué es el hombre para que te acuerdes de él?» (cf. *Sal* 8,5). Nosotros, sumidos en el silencio, en un espíritu de gratitud, en el poder de la santidad, reflexionamos.

Y ¿qué descubrimos? Quizás con relucencia llegamos a admitir que también hay heridas que marcan la superficie de la tierra: la erosión, la deforestación, el derroche de los recursos minerales y marinos para alimentar un consumismo insaciable. Algunos de vosotros provienen de islas-estado, cuya existencia misma está amenazada por el aumento del nivel de las aguas; otros de naciones que sufren los efectos de sequías desoladoras. La maravillosa creación de Dios es percibida a veces como algo casi hostil por parte de sus custodios, incluso como algo peligroso. ¿Cómo es posible que lo que es «bueno» pueda aparecer amenazador?

Pero hay más aún. ¿Qué decir del hombre, de la cumbre de la creación de Dios? Vemos cada día los logros del ingenio humano. La cualidad y la satisfacción de la vida de la gente crece constantemente de muchas maneras, tanto a causa del progreso de las ciencias médicas y de la aplicación hábil de la tecnología como de la creatividad plasmada en el arte. También entre

vosotros hay una disponibilidad atenta para acoger las numerosas oportunidades que se os ofrecen. Algunos de vosotros destacan en los estudios, en el deporte, en la música, la danza o el teatro; otros tienen un agudo sentido de la justicia social y de la ética, y muchos asumen compromisos de servicio y voluntariado. Todos nosotros, jóvenes y ancianos, tenemos momentos en los que la bondad innata de la persona humana –perceptible tal vez en el gesto de un niño pequeño o en la disponibilidad de un adulto para perdonar– nos llena de profunda alegría y gratitud.

Sin embargo, estos momentos no duran mucho. Por eso, hemos de reflexionar algo más. Y así descubrimos que no sólo el entorno natural, sino también el social –el *hábitat* que nos creamos nosotros mismos– tiene sus cicatrices; heridas que indican que algo no está en su sitio. También en nuestra vida personal y en nuestras comunidades podemos encontrar hostilidades a veces peligrosas; un veneno que amenaza corroer lo que es bueno, modificar lo que somos y desviar el objetivo para el que hemos sido creados. Los ejemplos abundan, como bien sabéis. Entre los más evidentes están el abuso de alcohol y de drogas, la exaltación de la violencia y la degradación sexual, presentados a menudo en la televisión e internet como una diversión. Me pregunto cómo uno que estuviera cara a cara con personas que están sufriendo realmente violencia y explotación sexual podría explicar que estas trage-

días, representadas de manera virtual, han de considerarse simplemente como «diversión».

Hay también algo siniestro que brota del hecho de que la libertad y la tolerancia están frecuentemente separadas de la verdad. Esto está fomentado por la idea, hoy muy difundida, de que no hay una verdad absoluta que guíe nuestras vidas. El relativismo, dando en la práctica valor a todo, indiscriminadamente, ha hecho que la «experiencia» sea lo más importante de todo. En realidad, las experiencias, separadas de cualquier consideración sobre lo que es bueno o verdadero, pueden llevar, no a una auténtica libertad, sino a una confusión moral o intelectual, a un debilitamiento de los principios, a la pérdida de la autoestima, e incluso a la desesperación.

Queridos amigos, la vida no está gobernada por el azar, no es casual. Vuestra existencia personal ha sido querida por Dios, bendecida por él y con un objetivo que se le ha dado (cf. *Gn* 1,28). La vida no es una simple sucesión de hechos y experiencias, por útiles que pudieran ser. Es una búsqueda de lo verdadero, bueno y hermoso. Precisamente para lograr esto hacemos nuestras opciones, ejercemos nuestra libertad y en esto, es decir, en la verdad, el bien y la belleza, encontramos felicidad y alegría. No os dejéis engañar por los que ven en vosotros simplemente consumidores en un mercado de posibilidades indiferenciadas, don-

de la elección en sí misma se convierte en bien, la novedad se hace pasar como belleza y la experiencia subjetiva suplantada a la verdad.

Cristo ofrece más. Es más, ofrece todo. Sólo él, que es la Verdad, puede ser la Vía y, por tanto, también la Vida. Así, la «vía» que los Apóstoles llevaron hasta los confines de la tierra es la vida en Cristo. Es la vida de la Iglesia. Y el ingreso en esta vida, en el camino cristiano, es el Bautismo.

Por tanto, esta tarde deseo recordar brevemente algo de nuestra comprensión del Bautismo, antes de que mañana consideremos el Espíritu Santo. El día del Bautismo, Dios os ha introducido en su santidad (cf. *2 P* 1,4). Habéis sido adoptados como hijos e hijas del Padre y habéis sido incorporados a Cristo. Os habéis convertido en morada de su Espíritu (cf. *1 Co* 6,19). Por eso, al final del rito del Bautismo el sacerdote se dirigió a vuestros padres y a los participantes y, llamándoos por vuestro nombre, dijo: «Ya eres nueva criatura» (*Ritual del Bautismo*, 99).

Queridos amigos, en casa, en la escuela, en la universidad, en los lugares de trabajo y diversión, recordad que sois criaturas nuevas. Cómo cristianos, estáis en este mundo sabiendo que Dios tiene un rostro humano, Jesucristo, el «camino» que colma todo anhelo humano y la «vida» de la que estamos llamados a dar testimonio, caminando siempre iluminados por su luz (cf. *ibid.*, 100).

La tarea del testigo no es fácil. Hoy muchos sostienen que a Dios se le debe “dejar en el banquillo”, y que la religión y la fe, aunque convenientes para los individuos, han de ser excluidas de la vida pública, o consideradas sólo para obtener limitados objetivos pragmáticos. Esta visión secularizada intenta explicar la vida humana y plasmar la sociedad con pocas o ninguna referencia al Creador. Se presenta como una fuerza neutral, imparcial y respetuosa de cada uno. En realidad, como toda ideología, el laicismo impone una visión global. Si Dios es irrelevante en la vida pública, la sociedad podrá plasmarse según una perspectiva carente de Dios. Sin embargo, la experiencia enseña que el alejamiento del designio de Dios creador provoca un desorden que tiene repercusiones inevitables sobre el resto de la creación (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 1990, 5). Cuando Dios queda eclipsado, nuestra capacidad de reconocer el orden natural, la finalidad y el «bien», empieza a disiparse. Lo que se ha promovido ostentadamente como ingeniosidad humana se ha manifestado bien pronto como locura, avaricia y explotación egoísta. Y así nos damos cuenta cada vez más de lo necesaria que es la humildad ante la delicada complejidad del mundo de Dios.

Y ¿qué decir de nuestro entorno social? ¿Estamos suficientemente alerta ante los signos de que estamos dando la espalda a la estructura moral con la que Dios ha dotado a la humanidad

(cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 2007, 8)? ¿Sabemos reconocer que la dignidad innata de toda persona se apoya en su identidad más profunda –como imagen del Creador– y que, por tanto, los derechos humanos son universales, basados en la ley natural, y no algo que depende de negociaciones o concesiones, fruto de un simple compromiso? Esto nos lleva reflexionar sobre el lugar que ocupan en nuestra sociedad los pobres, los ancianos, los emigrantes, los que no tienen voz. ¿Cómo es posible que la violencia doméstica atormenta a tantas madres y niños? ¿Cómo es posible que el seno materno, el ámbito humano más admirable y sagrado, se haya convertido en lugar de indecible violencia?

Queridos amigos, la creación de Dios es única y es buena. La preocupación por la no violencia, el desarrollo sostenible, la justicia y la paz, el cuidado de nuestro entorno, son de vital importancia para la humanidad. Pero todo esto no se puede comprender prescindiendo de una profunda reflexión sobre la dignidad innata de toda vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural, una dignidad otorgada por Dios mismo y, por tanto, inviolable. Nuestro mundo está cansado de la codicia, de la explotación y de la división, del tedio de falsos ídolos y respuestas parciales, y de la pesadumbre de falsas promesas. Nuestro corazón y nuestra mente anhelan una visión de la vida donde reine el amor, donde se compartan los dones, donde se cons-

truya la unidad, donde la libertad tenga su propio significado en la verdad, y donde la identidad se encuentre en una comunión respetuosa. Ésta es obra del Espíritu Santo. Ésta es la esperanza que ofrece el Evangelio de Jesucristo. Habéis sido recreados en el Bautismo y fortalecidos con los dones del Espíritu en la Confirmación precisamente para dar testimonio de esta realidad. Que sea éste el mensaje que vosotros llevéis al mundo desde Sydney.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el Encuentro Ecuménico***

*Cripta de la catedral de Santa María de Sydney. Viernes, 18 de julio de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas en Cristo:*

Doy gracias a Dios fervientemente por la oportunidad de encontraros y de orar junto con vosotros, que habéis llegado aquí en representación de varias comunidades cristianas en Australia. Agradecido por las cordiales palabras de bienvenida del Obispo Forsyth y del Cardenal Pell, con sentimientos de alegría os saludo en el nombre del Señor Jesús «la piedra angular» de la «casa de Dios» (cf. *Ef* 2,19-20). Deseo enviar un saludo particular al Cardenal Edward Cassidy, Presidente emérito del Consejo Pontificio para la Promoción de la unidad de los Cristianos, que no ha podido estar hoy con nosotros a causa

de su delicada salud. Recuerdo con gratitud su decidido compromiso de promover la comprensión recíproca entre todos los cristianos y quisiera invitaros a todos a uniros conmigo en la oración por su pronto restablecimiento.

Australia es un País marcado por gran diversidad étnica y religiosa. Los inmigrantes llegan a las costas de esta majestuosa tierra con la esperanza de encontrar en ella felicidad y buenas oportunidades de trabajo. La vuestra es también una Nación que reconoce la importancia de la libertad religiosa. Éste es un derecho fundamental que, si se respeta, permite a los ciudadanos de actuar en base a valores arraigados en sus convicciones más profundas, contribuyendo así al bienestar de toda la sociedad. De este modo, los cristianos contribuyen, junto con los miembros de las otras religiones, a la promoción de la dignidad humana y la amistad entre las naciones.

A los australianos les gusta la discusión franca y cordial. Eso ha proporcionado un buen servicio al movimiento ecuménico. Un ejemplo puede ser el *Acuerdo* firmado en 2004 por los miembros del Consejo Nacional de las Iglesias en Australia. Este documento reconoce un compromiso común, indica objetivos, declara puntos de convergencia, sin pasar apresuradamente por encima de las diferencias. Un planteamiento como éste no sólo demuestra que es posible encontrar resoluciones concretas para una colaboración

fructuosa en el presente, sino también que necesitamos proseguir pacientemente discusiones sobre los puntos teológicos de divergencia. Es de desear que las deliberaciones, que haréis en el Consejo de las Iglesias y en otros foros locales, se vean alentadas por los resultados que ya habéis alcanzado.

Este año celebramos el segundo milenario del nacimiento de San Pablo, trabajador incansable en favor de la unidad en la Iglesia primitiva. En el pasaje de la Escritura que acabamos de escuchar, Pablo nos recuerda la inmensa gracia que hemos recibido al convertirnos en miembros del cuerpo de Cristo mediante el Bautismo. Este Sacramento, que es la puerta de entrada en la Iglesia y el «vínculo de unidad» para cuantos han renacido gracias a él (cf. *Unitatis redintegratio*, 22), es consiguientemente el punto de partida de todo el movimiento ecuménico. Pero no es el destino final. El camino del ecumenismo tiende, en definitiva, a una celebración común de la Eucaristía (cf. *Ut unum sint*, 23-24;45), que Cristo ha confiado a sus Apóstoles como el Sacramento por excelencia de la unidad de la Iglesia. Aunque hay todavía obstáculos que superar, podemos estar seguros de que un día una Eucaristía común subrayará nuestra decisión de amarnos y servirnos unos a otros a imitación de nuestro Señor. En efecto, el mandamiento de Jesús de «hacer esto en conmemoración mía» (Lc 22,19), está intrínsecamente ordenado a su indicación de «lavaros los

pies unos a otros» (Jn 13,14). Por esta razón un sincero diálogo sobre el lugar que tiene la Eucaristía –estimulado por un renovado y atento estudio de la Escritura, de los escritos patrísticos y de los documentos de los dos milenios de la historia cristiana (cf. *Ut unum sint*, 69-70)– favorecerá indudablemente llevar adelante el movimiento ecuménico y unificar nuestro testimonio ante del mundo.

Queridos amigos en Cristo, creo que estaréis de acuerdo en considerar que el movimiento ecuménico ha llegado a un punto crítico. Para avanzar hemos de pedir continuamente a Dios que renueve nuestras mentes con la gracia del Espíritu Santo (cf. *Rm* 12,2), que nos habla por medio de las Escrituras y nos conduce a la verdad completa (cf. *2 P* 1,20-21; *Jn* 16,13). Hemos de estar en guardia contra toda tentación de considerar la doctrina como fuente de división y, por tanto, como impedimento de lo que parece ser la tarea más urgente e inmediata para mejorar el mundo en el que vivimos. En realidad, la historia de la Iglesia demuestra que la *praxis* no sólo es inseparable de la *didaché*, de la enseñanza, sino que deriva de ella. Cuanto más asiduamente nos dedicamos a lograr una comprensión común de los misterios divinos, tanto más elocuentemente nuestras obras de caridad hablarán de la inmensa bondad de Dios y de su amor por todos. San Agustín expresó la interconexión entre el don del conocimiento y la virtud de la caridad cuando escribió que

la mente retorna a Dios a través del amor (cf. *De moribus Ecclesiae catholicae*, XII,21), y que dondequiera que se ve la caridad, se ve la Trinidad (cf. *De Trinitate*, 8,8,12).

Por esta razón, el diálogo ecuménico no solamente avanza mediante un cambio de ideas, sino compartiendo dones que nos enriquecen mutuamente (cf. *Ut unum sint*, 28;57). Una «idea» está orientada al logro de la verdad; un «don» expresa el amor. Ambos son esenciales para el diálogo. Abrirnos nosotros mismos a aceptar dones espirituales de otros cristianos estimula nuestra capacidad de percibir la luz de la verdad que viene del Espíritu Santo. San Pablo enseña que en la *koinonia* de la Iglesia es donde nosotros tenemos acceso a la verdad del Evangelio y los medios para defenderla, porque la Iglesia está edificada «sobre el fundamento de los Apóstoles y los Profetas», teniendo a Jesús mismo como piedra angular (*Ef*2,20).

En esta perspectiva podemos tomar en consideración quizás las imágenes bíblicas complementarias de «cuerpo» y de «templo», usadas para describir la Iglesia. Al emplear la imagen del cuerpo (cf. *1 Co* 12,12-31), Pablo llama la atención sobre la unidad orgánica y sobre la diversidad que permite a la Iglesia respirar y crecer. Pero igualmente significativa es la imagen de un templo sólido y bien estructurado, compuesto de piedras vivas, que se apoyan sobre un fundamento seguro. Jesús mismo

aplica a sí, en perfecta unidad, estas imágenes de «cuerpo» y de «templo» (cf. *Jn* 2,21-22; *Lc* 23,45; *Ap* 21,22).

Cada elemento de la estructura de la Iglesia es importante; pero todos vacilarían y se derrumbarían sin la piedra angular que es Cristo. Como «conciudadanos» de esta «casa de Dios», los cristianos tienen que actuar juntos a fin de que el edificio permanezca firme, de modo que otras personas se sientan atraídas a entrar y a descubrir los abundantes tesoros de gracia que hay en su interior. Al promover los valores cristianos, no debemos olvidar de proclamar su fuente, dando testimonio común de Jesucristo, el Señor. Él es quien ha confiado la misión a los «apóstoles», es Él del que han hablado los «profetas», y es Él al que nosotros ofrecemos al mundo.

Queridos amigos, vuestra presencia hoy aquí me llena de la ardiente esperanza de que, continuando juntos en el arduo camino hacia la plena unidad, tendremos la fuerza de ofrecer un testimonio común de Cristo. Pablo habla de la importancia de los profetas en la Iglesia de los inicios; también nosotros hemos recibido una llamada profética mediante el Bautismo. Confío que el Espíritu abra nuestros ojos para ver los dones espirituales de los otros, abra nuestros corazones para recibir su fuerza y abra de par en par nuestras mentes para acoger la luz de la verdad de Cristo. Expreso mi viva gratitud a cada uno de vosotros por el compromiso de

tiempo, enseñanza y talento que habéis prodigado al servicio de «un sólo cuerpo y un sólo espíritu» (*Ef 4,4*; cf. *1 Co 12,13*) que el Señor ha querido para su pueblo y por el que ha dado su propia vida. Gloria y poder para Él por los siglos de los siglos. Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
durante el encuentro con los  
representantes de otras religiones***

*Sala capitular de la Catedral de Santa María de Sydney. Viernes, 18 de julio de 2008*

*Queridos amigos:*

Dirijo un cordial saludo de paz y amistad a todos los que estáis aquí en representación de las diversas tradiciones religiosas presentes en Australia. Me alegra tener este encuentro y doy las gracias al Rabino Jeremy Lawrence y al Mohamadu Saleem por las palabras de bienvenida que me han dirigido, en su nombre y en nombre de vuestras respectivas comunidades.

Australia es famosa por la amabilidad de sus habitantes con el prójimo y el turista. Es una nación que tiene en gran consideración la libertad religiosa. Vuestro País reconoce que el respeto de este derecho fundamental da a los hombres y mujeres la posibilidad de adorar a Dios según su conciencia, de educar el espíritu y de actuar según

las convicciones éticas que se derivan de su credo.

La armoniosa correlación entre religión y vida pública es especialmente importante en una época en la que algunos han llegado a pensar que la religión es causa de división en vez de una fuerza de unidad. En un mundo amenazado por siniestras e indiscriminadas formas de violencia, la voz concorde de quienes tienen un espíritu religioso impulsa a las naciones y comunidades a solucionar los conflictos con instrumentos pacíficos en el pleno respeto de la dignidad humana. Una de las múltiples modalidades en que la religión se pone al servicio de la humanidad consiste en ofrecer una visión de la persona humana que subraya nuestra aspiración innata a vivir con magnanimidad, entablando vínculos de amistad con nuestro prójimo. Las relaciones humanas, en su íntima esencia, no se pueden definir en términos de poder, dominio e interés personal. Por el contrario, reflejan y perfeccionan la inclinación natural del hombre a vivir en comunión y armonía con los otros.

El sentido religioso arraigado en el corazón del ser humano abre a hombres y mujeres hacia Dios y los lleva a descubrir que la realización personal no consiste en la satisfacción egoísta de deseos efímeros. Nos guía más bien salir al encuentro de las necesidades de los otros y a buscar caminos concretos para contribuir al bien común. Las religiones desempeñan un papel particu-

lar a este respeto, en cuanto enseñan a la gente que el auténtico servicio exige sacrificio y autodisciplina, que se han de cultivar a su vez mediante la abnegación, la templanza y el uso moderado de los bienes naturales. Así, se orienta a hombres y mujeres a considerar el entorno como algo maravilloso, digno de ser admirado y respetado más que algo útil y simplemente para consumir. Un deber que se impone a quien tiene espíritu religioso es demostrar que es posible encontrar alegría en una vida simple y modesta, compartiendo con generosidad lo que se tiene de más con quien está necesitado.

Amigos, estos valores –estoy seguro que estaréis de acuerdo– son particularmente importantes para una adecuada formación de los jóvenes, que frecuentemente están tentados de considerar la vida misma como un producto de consumo. Sin embargo, también ellos tienen capacidad de autocontrol. De hecho, en el deporte, en las artes creativas o en los estudios, están dispuestos a aceptar de buena gana estos compromisos como un reto. ¿Acaso no es cierto que, cuando se les presentan altos ideales, muchos jóvenes se sienten atraídos por el ascetismo y la práctica de la virtud moral, tanto por respeto de sí mismos como por atención hacia los demás? Disfrutan con la contemplación del don de la creación, y se sienten fascinados por el misterio de lo trascendente. En esta perspectiva, tanto las escuelas confesionales como las estatales podrían hacer más para desa-

rollar la dimensión espiritual de todo joven. En Australia, como en otros lugares, la religión ha sido un factor que ha motivado la fundación de muchas instituciones educativas, y por buenas razones sigue teniendo hoy un puesto en los programas escolares. El tema de la educación aparece con frecuencia en las deliberaciones de la Organización *Interfaith Cooperation for Peace and Harmony*, y aliento vivamente a los que participan en esta iniciativa a continuar en su análisis de los valores que integran las dimensiones intelectuales, humanas y religiosas de una educación sólida.

Las religiones del mundo dirigen constantemente su atención a la maravilla de la existencia humana. ¿Quién puede dejar de asombrarse ante la fuerza de la mente que averigua los secretos de la naturaleza mediante los descubrimientos de la ciencia? ¿Quién no se impresiona ante la posibilidad de trazar una visión del futuro? ¿Quién no se sorprende ante la fuerza del espíritu humano, que establece objetivos e indaga los medios para lograrlos? Hombres y mujeres no solamente están dotados de la capacidad de imaginar cómo podrían ser mejores las cosas, sino también de emplear sus energías para hacerlas mejores. Somos conscientes de lo peculiar de nuestra relación con el reino de la naturaleza. Por tanto, si creemos que no estamos sometidos a las leyes del universo material del mismo modo que el resto de la creación, ¿no deberíamos hacer también de la bondad, la

compasión, la libertad, la solidaridad y el respeto a cada persona un elemento esencial de nuestra visión de un futuro más humano?

La religión, además, al recordarnos la limitación y la debilidad del hombre, nos impulsa también a no poner nuestras esperanzas últimas en este mundo que pasa. El hombre «es igual que un soplo; sus días una sombra que pasa» (*Sal* 143, 4). Todos nosotros hemos experimentado la desilusión por no haber logrado cumplir aquel bien que nos propusimos realizar y la dificultad de tomar la decisión justa en situaciones complejas. La Iglesia comparte estas consideraciones con las otras religiones. Impulsada por la caridad, se acerca al diálogo en la convicción de que la verdadera fuente de la libertad se encuentra en la persona de Jesús de Nazaret. Los cristianos creen que es Él quien nos revela completamente las capacidades humanas para la virtud y el bien; Él es quien nos libera del pecado y de las tinieblas. La universalidad de la experiencia humana, que trasciende las fronteras geográficas y los límites culturales, hace posible que los seguidores de las religiones se comprometan a dialogar para afrontar el misterio de las alegrías y los sufrimientos de la vida. Desde este punto de vista, la Iglesia busca con pasión toda oportunidad para escuchar las experiencias espirituales de las otras religiones. Podríamos afirmar que todas las religiones aspiran a penetrar el sentido profundo de la existencia humana, reconduciéndolo a un origen o princi-

pio externo a ella. Las religiones presentan un tentativo de comprensión del cosmos, entendido como procedente de dicho origen o principio y encaminado hacia él. Los cristianos creen que Dios ha revelado este origen y principio en Jesús, al que la Biblia define «Alfa y Omega» (cf. *Ap* 1, 8; 22, 1).

Queridos amigos, he venido a Australia como embajador de paz. Por eso me alegra encontrarme con vosotros que también compartís este anhelo y el deseo de ayudar al mundo a conseguir la paz. Nuestra búsqueda de la paz procede estrechamente unida a la búsqueda del sentido, pues descubriendo la verdad es como encontramos el camino hacia la paz (cf. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2006*). Nuestro esfuerzo para llegar a la reconciliación entre los pueblos brota y se dirige hacia esa verdad que da una meta a la vida. La religión ofrece la paz, pero –lo que es más importante aún– suscita en el espíritu humano la sed de la verdad y el hambre de la virtud. Que podamos animar a todos, especialmente a los jóvenes, a contemplar con admiración la belleza de la vida, a buscar su último sentido y a comprometerse en realizar su sublime potencial.

Con estos sentimientos de respeto y aliento os confío a la providencia de Dios omnipotente, y os aseguro mi oración por vosotros y por vuestros seres queridos, por los miembros de vuestras comunidades y por todos los habitantes de Australia.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
durante el encuentro con los jóvenes  
de la Comunidad de Recuperación  
de la Universidad de Notre Dame de  
Sydney***

*Viernes, 18 de julio de 2008*

*Queridos jóvenes:*

Me alegro de estar hoy aquí con vosotros en Darlinghurst, y saludo con afecto a los que participan en el programa “*Alive*”, así como al personal que lo dirige. Ruego para que todos podáis disfrutar de la asistencia que ofrece la Archidiócesis de Sydney a través de la *Social Services Agency*, y para que siga adelante la buena labor que aquí se hace.

El nombre del programa que seguís nos invita a hacernos la siguiente pregunta: ¿qué quiere decir realmente estar “vivo”, vivir la vida en plenitud? Esto es lo que todos queremos, especialmente cuando somos jóvenes, y es lo que Cristo quiere para nosotros. En efecto, Él dijo: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (*Jn 10,10*). El instinto más enraizado en todo ser vivo es el de conservar la vida, crecer, desarrollarse y transmitir a otros el don de la vida. Por eso, es algo natural que nos preguntemos cuál es la mejor manera de realizar todo esto.

Esta cuestión es tan acuciante para nosotros como le era también para los que vivían en tiempos del Antiguo

Testamento. Sin duda ellos escuchaban con atención a Moisés cuando les decía: “Te pongo delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; elige la vida, y vivirás tú y tu descendencia amando al Señor tu Dios, escuchando su voz, pegándote a él, pues él es tu vida” (*Dt 30, 19-20*). Estaba claro lo que debían hacer: debían rechazar a los otros dioses para adorar al Dios verdadero, que se había revelado a Moisés, y obedecer sus mandamientos. Se podría pensar que actualmente es poco probable que la gente adore a otros dioses. Sin embargo, a veces la gente adora a “otros dioses” sin darse cuenta. Los falsos “dioses”, cualquiera que sea el nombre, la imagen o la forma que se les dé, están casi siempre asociados a la adoración de tres cosas: los bienes materiales, el amor posesivo y el poder. Permitidme que me explique. Los bienes materiales son buenos en sí mismos. No podríamos sobrevivir por mucho tiempo sin dinero, vestidos o vivienda. Para vivir, necesitamos alimento. Pero, si somos codiciosos, si nos negamos a compartir lo que tenemos con los hambrientos y los pobres, convertimos nuestros bienes en una falsa divinidad. En nuestra sociedad materialista, muchas voces nos dicen que la felicidad se consigue poseyendo el mayor número de bienes posible y objetos de lujo. Sin embargo, esto significa transformar los bienes en una falsa divinidad. En vez de dar la vida, traen la muerte.

El amor auténtico es evidentemente algo bueno. Sin él, difícilmente valdría

la pena vivir. El amor satisface nuestras necesidades más profundas y, cuando amamos, somos más plenamente nosotros mismos, más plenamente humanos. Pero, qué fácil es transformar el amor en una falsa divinidad. La gente piensa con frecuencia que está amando cuando en realidad tiende a poseer al otro o a manipularlo. A veces trata a los otros más como objetos para satisfacer sus propias necesidades que como personas dignas de amor y de aprecio. Qué fácil es ser engañado por tantas voces que, en nuestra sociedad, sostienen una visión permisiva de la sexualidad, sin tener en cuenta la modestia, el respeto de sí mismo o los valores morales que dignifican las relaciones humanas. Esto supone adorar a una falsa divinidad. En vez de dar la vida, trae la muerte.

El poder que Dios nos ha dado de plasmar el mundo que nos rodea es ciertamente algo bueno. Si lo utilizamos de modo apropiado y responsable nos permite transformar la vida de la gente. Toda comunidad necesita buenos guías. Sin embargo, qué fuerte es la tentación de aferrarse al poder por sí mismo, buscando dominar a los otros o explotar el medio ambiente natural con fines egoístas. Esto significa transformar el poder en una falsa divinidad. En vez de dar la vida, trae la muerte.

El culto a los bienes materiales, el culto al amor posesivo y el culto al poder, lleva a menudo a la gente a “comportarse como Dios”: intentan asumir el control total, sin prestar atención a

la sabiduría y a los mandamientos que Dios nos ha dado a conocer. Éste es el camino que lleva a la muerte. Por el contrario, adorar al único Dios verdadero significa reconocer en él la fuente de toda bondad, confiarnos a él, abrirnos al poder saludable de su gracia y obedecer sus mandamientos: este es el camino para elegir la vida.

Un ejemplo gráfico de lo que significa alejarse del camino de la muerte y reemprender el camino de la vida, se encuentra en el relato del Evangelio que seguramente todos conocéis bien: la parábola del hijo pródigo. Al comienzo de la narración, aquel joven dejó la casa de su padre buscando los placeres ilusorios prometidos por los falsos “dioses”. Derrochó su herencia llevando una vida llena de vicios, encontrándose al final en un estado de grande pobreza y miseria. Cuando tocó fondo, hambriento y abandonado, comprendió que había sido una locura dejar la casa de su padre, que tanto lo amaba. Regresó con humildad y pidió perdón. Su padre, lleno de alegría, lo abrazó y exclamó: “Este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado.” (*Lc 15, 24*).

Muchos de vosotros habéis experimentado personalmente lo que vivió aquél joven. Tal vez, habéis tomado decisiones de las que ahora os arrepentís, elecciones que, aunque entonces se presentaban muy atractivas, os han llevado a un estado más profundo de miseria y de abandono. El abuso de

las drogas o del alcohol, participar en actividades criminales o nocivas para vosotros mismos, podrían aparecer entonces como la vía de escape a una situación de dificultad o confusión. Ahora sabéis que en vez de dar la vida, han traído la muerte. Quiero reconocer el coraje que habéis demostrado decidiendo volver al camino de la vida, precisamente como el joven de la parábola. Habéis aceptado la ayuda de los amigos o de los familiares, del personal del programa “*Alive*”, de aquéllos que tanto se preocupan por vuestro bienestar y felicidad.

Queridos amigos, os veo como embajadores de esperanza para otros que se encuentran en una situación similar. Al hablar desde vuestra experiencia, podéis convencerlos de la necesidad de elegir el camino de la vida y rechazar el camino de la muerte. En todos los Evangelios, vemos que Jesús amaba de modo especial a los que habían tomado decisiones erróneas, ya que una vez reconocida su equivocación, eran los que mejor se abrían a su mensaje de salvación. De hecho, Jesús fue criticado frecuentemente por aquellos miembros de la sociedad, que se tenían por justos, porque pasaba demasiado tiempo con gente de esa clase. Preguntaban, “¿cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?”. Él les respondió: “No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos... No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (*Mt* 9, 11-13). Los que querían reconstruir sus vidas eran los

más disponibles para escuchar a Jesús y a ser sus discípulos. Vosotros podéis seguir sus pasos; también vosotros, de modo particular, podéis acercaros particularmente a Jesús precisamente porque habéis elegido volver a él. Podéis estar seguros que, a igual que el padre en el relato del hijo pródigo, Jesús os recibe con los brazos abiertos. Os ofrece su amor incondicional: la plenitud de la vida se encuentra precisamente en la profunda amistad con él.

He dicho antes que, cuando amamos, satisfacemos nuestras necesidades más profundas y llegamos a ser más plenamente nosotros mismos, más plenamente humanos. Hemos sido hechos para amar, para esto hemos sido hechos por el Creador. Lógicamente, no hablo de relaciones pasajeras y superficiales; hablo de amor verdadero, del núcleo de la enseñanza moral de Jesús: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”, y “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (cf. *Mc* 13, 30-31). Éste es, por así decirlo, el programa grabado en el interior de cada persona, si tenemos la sabiduría y la generosidad de conformarnos a él, si estamos dispuestos a renunciar a nuestras preferencias para ponernos al servicio de los demás, y a dar la vida por el bien de los demás, y en primer lugar por Jesús, que nos amó y dio su vida por nosotros. Esto es lo que los hombres están llamados a hacer, y lo que quiere decir realmente estar “vivo”.

Queridos jóvenes amigos, el mensaje que os dirijo hoy es el mismo que Moisés pronunció hace tantos años: “elige la vida, y vivirás tú y tu descendencia amando al Señor tu Dios”. Que su Espíritu os guíe por el camino de la vida, obedeciendo sus mandamientos, siguiendo sus enseñanzas, abandonando las decisiones erróneas que sólo llevan a la muerte, y os comprometáis en la amistad con Jesús para toda la vida. Que con la fuerza del Espíritu Santo elijáis la vida y el amor, y deis testimonio ante el mundo de la alegría que esto conlleva. Esta es mi oración por cada uno de vosotros en esta Jornada Mundial de la Juventud. Que Dios os bendiga.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa con los Obispos Australianos, con los seminaristas y con los novicios y las novicias***

*Catedral de Santa María, Sydney. Sábado, 19 de julio de 2008*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Me complace saludar en esta noble catedral a mis hermanos obispos y sacerdotes, a los diáconos, a los consagrados y a los laicos de la Archidiócesis de Sydney. De un modo especial dirijo mi saludo a los seminaristas y a los jóvenes religiosos que están con nosotros. Como los jóvenes israelitas de la primera lectura de hoy, ellos son un signo de

esperanza y de renovación para el Pueblo de Dios; y, también como aquéllos, tienen igualmente el deber de edificar la casa de Dios para las próximas generaciones. Mientras admiramos este magnífico edificio, ¿cómo no pensar en la muchedumbre de sacerdotes, religiosos y fieles laicos que, cada uno a su manera, han contribuido a construir la Iglesia en Australia? Pienso particularmente en las familias de colonos a las que el Padre Jeremías O’Flynn confió el Santísimo Sacramento en el momento de partir, un «pequeño rebaño» que tuvo en gran estima aquel tesoro precioso y lo conservó, entregándolo a las generaciones posteriores que edificaron este gran tabernáculo para gloria de Dios. Alegrémonos por su fidelidad y perseverancia, y dediquémonos a continuar sus esfuerzos por la difusión del Evangelio, la conversión de los corazones y el crecimiento de la Iglesia en la santidad, la unidad y la caridad.

Nos disponemos a celebrar la dedicación del nuevo altar de esta venerable catedral. Como nos recuerda de forma elocuente el frontal esculpido, todo altar es símbolo de Jesucristo, presente en su Iglesia como sacerdote, víctima y altar (cf. *Prefacio pascual V*). Crucificado, sepultado y resucitado de entre los muertos, devuelto a la vida en el Espíritu y sentado a la derecha del Padre, Cristo ha sido constituido nuestro Sumo Sacerdote, que intercede por nosotros eternamente. En la liturgia de la Iglesia, y sobre todo en el sacrificio de la Misa ofrecido en los altares del

mundo, Él nos invita, como miembros de su Cuerpo Místico, a compartir su auto-oblación. Él nos llama, como pueblo sacerdotal de la nueva y eterna Alianza, a ofrecer en unión con Él nuestros sacrificios cotidianos para la salvación del mundo.

En la liturgia de hoy, la Iglesia nos recuerda que, como este altar, también nosotros fuimos consagrados, puestos «aparte» para el servicio de Dios y la edificación de su Reino. Sin embargo, con mucha frecuencia nos encontramos inmersos en un mundo que quisiera dejar a Dios «aparte». En nombre de la libertad y la autonomía humana, se pasa en silencio sobre el nombre de Dios, la religión se reduce a devoción personal y se elude la fe en los ámbitos públicos. A veces, dicha mentalidad, tan diametralmente opuesta a la esencia del Evangelio, puede ofuscar incluso nuestra propia comprensión de la Iglesia y de su misión. También nosotros podemos caer en la tentación de reducir la vida de fe a una cuestión de mero sentimiento, debilitando así su poder de inspirar una visión coherente del mundo y un diálogo riguroso con otras muchas visiones que compiten en la conquista de las mentes y los corazones de nuestros contemporáneos.

Y, sin embargo, la historia, también la de nuestro tiempo, nos demuestra que la cuestión de Dios jamás puede ser silenciada y que la indiferencia respecto a la dimensión religiosa de la existencia humana acaba disminuyendo y

traicionando al hombre mismo. ¿No es quizás éste el mensaje proclamado por la maravillosa arquitectura de esta catedral? ¿No es quizás éste el misterio de la fe que se anuncia desde este altar en cada celebración de la Eucaristía? La fe nos enseña que en Cristo Jesús, Verbo encarnado, logramos comprender la grandeza de nuestra propia humanidad, el misterio de nuestra vida en la tierra y el sublime destino que nos aguarda en el cielo (cf. *Gaudium et spes*, 24). La fe nos enseña también que somos criaturas de Dios, hechas a su imagen y semejanza, dotadas de una dignidad inviolable y llamadas a la vida eterna. Allí donde se empequeñece al hombre, el mundo que nos rodea queda mermado, pierde su significado último y falla su objetivo. Lo que brota de ahí es una cultura no de la vida, sino de la muerte. ¿Cómo se puede considerar a esto un «progreso»? Al contrario, es un paso atrás, una forma de retroceso, que en último término seca las fuentes mismas de la vida, tanto de las personas como de toda la sociedad.

Sabemos que al final –como vio claramente san Ignacio de Loyola– el único patrón verdadero con el cual se puede medir toda realidad humana es la Cruz y su mensaje de amor inmerecido que triunfa sobre el mal, el pecado y la muerte, que crea vida nueva y alegría perpetua. La Cruz revela que únicamente nos encontramos a nosotros mismos cuando entregamos nuestras vidas, acogemos el amor de Dios como don gratuito y actuamos para llevar a todo hombre y

mujer a la belleza del amor y a la luz de la verdad que salvan al mundo.

En esta verdad —el misterio de la fe— es en la que hemos sido consagrados (cf. *Jn* 17,17-19), y en esta verdad es en la que estamos llamados a crecer, con la ayuda de la gracia de Dios, en fidelidad cotidiana a su palabra, en la comunión vivificante de la Iglesia. Y, sin embargo, qué difícil es este camino de consagración. Exige una continua «conversión», un morir sacrificial a sí mismos que es la condición para pertenecer plenamente a Dios, una transformación de la mente y del corazón que conduce a la verdadera libertad y a una nueva amplitud de miras. La liturgia de hoy nos ofrece un símbolo elocuente de aquella transformación espiritual progresiva a la que cada uno de nosotros está invitado. La aspersion del agua, la proclamación de la Palabra de Dios, la invocación de todos los Santos, la plegaria de consagración, la unción y la purificación del altar, su revestimiento de blanco y su ornato de luz, todos estos ritos nos invitan a revivir nuestra propia consagración bautismal. Nos invitan a rechazar el pecado y sus seducciones, y a beber cada vez más profundamente del manantial vivificante de la gracia de Dios.

Queridos amigos, que esta celebración, en presencia del Sucesor de Pedro, sea un momento de renovada dedicación y de renovación de toda la Iglesia en Australia. Deseo hacer aquí un inciso para reconocer la vergüenza

que todos hemos sentido a causa de los abusos sexuales a menores por parte de algunos sacerdotes y religiosos de esta Nación. Verdaderamente, me siento profundamente disgustado por el dolor y el sufrimiento que han padecido las víctimas y les aseguro que, como su Pastor, también yo comparto su aflicción. Estos delitos, que constituyen una grave traición a la confianza, deben ser condenados de modo inequívoco. Éstos han provocado gran dolor y han dañado el testimonio de la Iglesia. Os pido a todos que apoyéis y ayudéis a vuestros Obispos, y que colaboréis con ellos en combatir este mal. Las víctimas deben recibir compasión y asistencia, y los responsables de estos males deben ser llevados ante la justicia. Es una prioridad urgente promover un ambiente más seguro y más sano, especialmente para los jóvenes. En estos días, marcados por la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud, estamos invitados a reflexionar sobre el precioso tesoro que nos ha sido confiado en nuestros jóvenes, y cómo gran parte de la misión de la Iglesia en este País ha estado dedicada a su educación y cuidado. Mientras la Iglesia en Australia continúa con espíritu evangélico afrontando eficazmente este serio reto pastoral, me uno a vosotros en la oración para que este tiempo de purificación traiga consigo sanación, reconciliación y una fidelidad cada vez más grande a las exigencias morales del Evangelio.

Deseo ahora dirigir una especial palabra de afecto y aliento a los semi-

naristas y jóvenes religiosos que están aquí. Queridos amigos, con gran generosidad os estáis encaminando por una senda de especial consagración, enraizada en vuestro Bautismo y emprendida como respuesta a la llamada personal del Señor. Os habéis comprometido, de modos diversos, a aceptar la invitación de Cristo a seguirlo, a dejar todo atrás y a dedicar vuestra vida a buscar la santidad y a servir a su pueblo.

En el Evangelio de hoy el Señor nos llama a «creer en la luz» (cf. *Jn* 12,36). Estas palabras tienen un significado especial para vosotros, queridos jóvenes seminaristas y religiosos. Son una invitación a confiar en la verdad de la Palabra de Dios y a esperar firmemente en sus promesas. Nos invitan a ver con los ojos de la fe la obra inefable de su gracia a nuestro alrededor, también en estos tiempos sombríos en los que todos nuestros esfuerzos parecen ser vanos. Dejad que este altar, con la imagen imponente de Cristo, Siervo sufriente, sea una inspiración constante para vosotros. Hay ciertamente momentos en que cualquier discípulo siente el calor y el peso de la jornada (cf. *Mt* 20,12), y la dificultad para dar un testimonio profético en un mundo que puede parecer sordo a las exigencias de la Palabra de Dios. No tengáis miedo. Creed en la luz. Tomad en serio la verdad que hemos escuchado hoy en la segunda lectura: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy y siempre» (*Hb* 13,8). La luz de la Pascua sigue derrotando las tinieblas.

El Señor nos llama a caminar en la luz (cf. *Jn* 12,35). Cada uno de vosotros ha emprendido la más grande y la más gloriosa de las batallas, la de ser consagrados en la verdad, la de crecer en la virtud, la de alcanzar la armonía entre pensamientos e ideales, por una parte, y palabras y obras, por otra. Adentraos con sinceridad y de modo profundo en la disciplina y en el espíritu de vuestros programas de formación. Caminad cada día en la luz de Cristo mediante la fidelidad a la oración personal y litúrgica, alimentados por la meditación de la Palabra inspirada por Dios. A los Padres de la Iglesia les gustaba ver en las Escrituras un paraíso espiritual, un jardín donde podemos caminar libremente con Dios, admirando la belleza y la armonía de su plan salvífico, mientras da fruto en nuestra propia vida, en la vida de la Iglesia y a lo largo de toda la historia. Por tanto, que la plegaria y la meditación de la Palabra de Dios sean lámpara que ilumina, purifica y guía vuestros pasos en el camino que os ha indicado el Señor. Haced de la celebración diaria de la Eucaristía el centro de vuestra vida. En cada Misa, cuando el Cuerpo y la Sangre del Señor sean alzados al final de la liturgia eucarística, elevad vuestro corazón y vuestra vida por Cristo, con Él y en Él, en la unidad del Espíritu Santo, como sacrificio amoroso a Dios nuestro Padre.

De este modo, queridos jóvenes seminaristas y religiosos, llegaréis a ser altares vivientes, sobre los cuales el amor sacrificial de Cristo se hace presente

como inspiración y fuente de alimento espiritual para cuantos encontréis. Abrazando la llamada del Señor a seguirlo en castidad, pobreza y obediencia, habéis emprendido el viaje de un discipulado radical que os hará «signo de contradicción» (cf. *Lc 2,34*) para muchos de vuestros contemporáneos. Conformad cotidianamente vuestra vida a la auto-oblación amorosa del Señor mismo en obediencia a la voluntad del Padre. Así descubriréis la libertad y la alegría que pueden atraer a otros a ese Amor que va más allá de cualquier otro amor como su fuente y su cumplimiento último. No olvidéis jamás que la castidad por el Reino significa abrazar una vida completamente dedicada al amor, a un amor que os hace capaces de dedicaros vosotros mismos sin reservas al servicio de Dios, para estar plenamente presentes entre los hermanos y hermanas, especialmente entre los necesitados. Los tesoros más grandes que compartís con otros jóvenes –vuestro idealismo, la generosidad, el tiempo y las energías– son los verdaderos sacrificios que pondréis sobre el altar del Señor. Que tengáis siempre en cuenta este magnífico carisma que Dios os ha dado para su gloria y para la edificación de la Iglesia.

Queridos amigos, permitidme que concluya estas reflexiones dirigiendo vuestra atención hacia la gran vidriera del coro de esta catedral. En ella, la Virgen, Reina del Cielo, está representada sobre el trono con majestad, al lado de su divino Hijo. El artista ha re-

presentado a María como la nueva Eva, que ofrece a Cristo, nuevo Adán, una manzana. Este gesto simboliza que Ella ha invertido la desobediencia de nuestros progenitores, ofreciendo el rico fruto que la gracia de Dios ha dado en su vida y los primeros frutos de la humanidad redimida y glorificada, que Ella ha precedido en la gloria del paraíso. Pidamos a María, Auxilio de los cristianos, que sostenga a la Iglesia en Australia en la fidelidad a la gracia mediante la cual el Señor crucificado continúa atrayendo hacia sí a toda la creación y a todo corazón humano (cf. *Jn 12,32*). Que el poder del Espíritu Santo consagre a los fieles de esta tierra en la verdad, produzca abundantes frutos de santidad y de justicia para la redención del mundo y guíe a toda la humanidad hacia la plenitud de vida alrededor de aquel altar donde, en la gloria de la liturgia celestial, seremos invitados a cantar las alabanzas de Dios eternamente. Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
en la Vigilia con los jóvenes***

*Hipódromo de Randwick. Sábado, 19  
de julio de 2008*

*Queridos jóvenes:*

Una vez más, en esta tarde hemos oído la gran promesa de Cristo, «cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza», y hemos

escuchado su mandato: «seréis mis testigos... hasta los confines del mundo» (*Hch* 1, 8). Éstas fueron las últimas palabras que Cristo pronunció antes de su ascensión al cielo. Lo que los Apóstoles sintieron al oírlos sólo podemos imaginarlo. Pero sabemos que su amor profundo por Jesús y la confianza en su palabra los impulsó a reunirse y esperar en la sala de arriba, pero no una espera sin un sentido, sino juntos, unidos en la oración, con las mujeres y con María (cf. *Hch* 1, 14). Esta tarde nosotros hacemos lo mismo. Reunidos delante de nuestra Cruz, que tanto ha viajado, y del icono de María, rezamos bajo el esplendor celeste de la constelación de la Cruz del Sur. Esta tarde rezo por vosotros y por los jóvenes de todo el mundo. Dejaos inspirar por el ejemplo de vuestros Patronos. Acoged en vuestro corazón y en vuestra mente los siete dones del Espíritu Santo. Reconoced y creed en el poder del Espíritu Santo en vuestra vida.

El otro día, hablábamos de la unidad y de la armonía de la creación de Dios y de nuestro lugar en ella. Hemos recordado cómo nosotros, que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, mediante el gran don del Bautismo nos hemos convertido en hijos adoptivos de Dios, nuevas criaturas. Y precisamente como hijos de la luz de Cristo, simbolizada por las velas encendidas que tenéis en vuestras manos, damos testimonio en nuestro mundo del esplendor que ninguna tiniebla podrá vencer (cf. *Jn* 1, 5).

Esta tarde, ponemos nuestra atención sobre el «cómo» llegar a ser testigos. Tenemos necesidad de conocer la persona del Espíritu Santo y su presencia vivificante en nuestra vida. No es fácil. En efecto, la diversidad de imágenes que encontramos en la Escritura sobre el Espíritu –viento, fuego, soplo– ponen de manifiesto lo difícil que nos resulta tener una comprensión clara de él. Y, sin embargo, sabemos que el Espíritu Santo es quien dirige y define nuestro testimonio sobre Jesucristo, aunque de modo silencioso e invisible.

Ya sabéis que nuestro testimonio cristiano es una ofrenda a un mundo que, en muchos aspectos, es frágil. La unidad de la creación de Dios se debilita por heridas profundas cuando las relaciones sociales se rompen, o el espíritu humano se encuentra casi completamente aplastado por la explotación o el abuso de las personas. De hecho, la sociedad contemporánea sufre un proceso de fragmentación por culpa de un modo de pensar que por su naturaleza tiene una visión reducida, porque descuida completamente el horizonte de la verdad, de la verdad sobre Dios y sobre nosotros. Por su naturaleza, el relativismo no es capaz de ver el cuadro en su totalidad. Ignora los principios mismos que nos hacen capaces de vivir y de crecer en la unidad, en el orden y en la armonía.

Como testigos cristianos, ¿cuál es nuestra respuesta a un mundo dividido y fragmentario? ¿Cómo podemos ofre-

cer esperanza de paz, restablecimiento y armonía a esas «estaciones» de conflicto, de sufrimiento y tensión por las que habéis querido pasar con esta Cruz de la Jornada Mundial de la Juventud? La unidad y la reconciliación no se pueden alcanzar sólo con nuestros esfuerzos. Dios nos ha hecho el uno para el otro (cf. *Gn 2, 24*) y sólo en Dios y en su Iglesia podemos encontrar la unidad que buscamos. Y, sin embargo, frente a las imperfecciones y desilusiones, tanto individuales como institucionales, tenemos a veces la tentación de construir artificialmente una comunidad «perfecta». No se trata de una tentación nueva. En la historia de la Iglesia hay muchos ejemplos de tentativas de esquivar y pasar por alto las debilidades y los fracasos humanos para crear una unidad perfecta, una utopía espiritual.

Estos intentos de construir la unidad, en realidad la debilitan. Separar al Espíritu Santo de Cristo, presente en la estructura institucional de la Iglesia, pondría en peligro la unidad de la comunidad cristiana, que es precisamente un don del Espíritu. Se traicionaría la naturaleza de la Iglesia como Templo vivo del Espíritu Santo (cf. *1 Co 3, 16*). En efecto, es el Espíritu quien guía a la Iglesia por el camino de la verdad plena y la unifica en la comunión y el servicio del ministerio (cf. *Lumen gentium, 4*). Lamentablemente, la tentación de «ir por libre» continúa. Algunos hablan de su comunidad local como si se tratara de algo separado de la así llamada Iglesia institucional, describiendo a la

primera como flexible y abierta al Espíritu, y la segunda como rígida y carente de Espíritu.

La unidad pertenece a la esencia de la Iglesia (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica, 813*); es un don que debemos reconocer y apreciar. Pidamos esta tarde por nuestro propósito de cultivar la unidad, de contribuir a ella, de resistir a cualquier tentación de darnos media vuelta y marcharnos. Ya que lo que podemos ofrecer a nuestro mundo es precisamente la magnitud, la amplia visión de nuestra fe, sólida y abierta a la vez, consistente y dinámica, verdadera y sin embargo orientada a un conocimiento más profundo. Queridos jóvenes, ¿acaso no es gracias a vuestra fe que amigos en dificultad o en búsqueda de sentido para sus vidas se han dirigido a vosotros? Estad vigilantes. Escuchad. ¿Sois capaces de oír, a través de las disonancias y las divisiones del mundo, la voz acorde de la humanidad? Desde el niño abandonado en un campo de Darfur a un adolescente desconcertado, a un padre angustiado en un barrio periférico cualquiera, o tal vez ahora, desde lo profundo de vuestro corazón, se alza el mismo grito humano que anhela reconocimiento, pertenencia, unidad. ¿Quién puede satisfacer este deseo humano esencial de ser uno, estar inmerso en la comunión, de estar edificado y ser guiado a la verdad? El Espíritu Santo. Éste es su papel: realizar la obra de Cristo. Enriquecidos con los dones del Espíritu, tendréis la fuerza de ir más allá de vuestras visiones parciales, de

vuestra utopía, de la precariedad fugaz, para ofrecer la coherencia y la certeza del testimonio cristiano.

Amigos, cuando recitamos el Credo afirmamos: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida». El «Espíritu creador» es la fuerza de Dios que da la vida a toda la creación y es la fuente de vida nueva y abundante en Cristo. El Espíritu mantiene a la Iglesia unida a su Señor y fiel a la tradición apostólica. Él es quien inspira las Sagradas Escrituras y guía al Pueblo de Dios hacia la plenitud de la verdad (cf. *Jn* 16, 13). De todos estos modos, el Espíritu es el «dador de vida», que nos conduce al corazón mismo de Dios. Así, cuanto más nos dejamos guiar por el Espíritu, tanto mayor será nuestra configuración con Cristo y tanto más profunda será nuestra inmersión en la vida de Dios uno y trino.

Esta participación en la naturaleza misma de Dios (cf. *2 P* 1, 4) tiene lugar a lo largo de los acontecimientos cotidianos de la vida, en los que Él siempre está presente (cf. *Ba* 3, 38). Sin embargo, hay momentos en los que podemos sentir la tentación de buscar una cierta satisfacción fuera de Dios. Jesús mismo preguntó a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?» (*Jn* 6, 67). Este alejamiento puede ofrecer tal vez la ilusión de la libertad. Pero, ¿a dónde nos lleva? ¿A quién vamos a acudir? En nuestro corazón, en efecto, sabemos que sólo el Señor tiene «palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 67-69). Ale-

jarnos de Él es sólo un intento vano de huir de nosotros mismos (cf. S. Agustín, *Confesiones* VIII, 7). Dios está con nosotros en la vida real, no en la fantasía. Enfrentarnos a la realidad, no huir de ella: esto es lo que buscamos. Por eso el Espíritu Santo, con delicadeza, pero también con determinación, nos atrae hacia lo que es real, duradero y verdadero. El Espíritu es quien nos devuelve a la comunión con la Santísima Trinidad.

El Espíritu Santo ha sido, de modos diversos, la Persona olvidada de la Santísima Trinidad. Tener una clara comprensión de él nos parece algo fuera de nuestro alcance. Sin embargo, cuando todavía era pequeño, mis padres, como los vuestros, me enseñaron el signo de la Cruz y así entendí pronto que hay un Dios en tres Personas, y que la Trinidad está en el centro de la fe y de la vida cristiana. Cuando crecí lo suficiente para tener un cierto conocimiento de Dios Padre y de Dios Hijo –los nombres ya significaban mucho– mi comprensión de la tercera Persona de la Trinidad seguía siendo incompleta. Por eso, como joven sacerdote encargado de enseñar teología, decidí estudiar los testimonios eminentes del Espíritu en la historia de la Iglesia. De esta manera llegué a leer, entre otros, al gran san Agustín.

Su comprensión del Espíritu Santo se desarrolló de modo gradual; fue una lucha. De joven había seguido el Maniqueísmo, que era uno de aquellos

intentos que he mencionado antes de crear una utopía espiritual separando las cosas del espíritu de las de la carne. Como consecuencia de ello, albergaba al principio sospechas respecto a la enseñanza cristiana sobre la encarnación de Dios. Y, con todo, su experiencia del amor de Dios presente en la Iglesia lo llevó a buscar su fuente en la vida de Dios uno y trino. Así llegó a tres precisas intuiciones sobre el Espíritu Santo como vínculo de unidad dentro de la Santísima Trinidad: unidad como comunión, unidad como amor duradero, unidad como dador y don. Estas tres intuiciones no son solamente teóricas. Nos ayudan a explicar cómo actúa el Espíritu. Nos ayudan a permanecer en sintonía con el Espíritu y a extender y clarificar el ámbito de nuestro testimonio, en un mundo en el que tanto los individuos como las comunidades sufren con frecuencia la ausencia de unidad y de cohesión.

Por eso, con la ayuda de san Agustín, intentaremos ilustrar algo de la obra del Espíritu Santo. San Agustín señala que las dos palabras «Espíritu» y «Santo» se refieren a lo que pertenece a la naturaleza divina; en otras palabras, a lo que es compartido por el Padre y el Hijo, a su *comunión*. Por eso, si la característica propia del Espíritu es de ser lo que es *compartido* por el Padre y el Hijo, Agustín concluye que la cualidad peculiar del Espíritu es la *unidad*. Una unidad de comunión vivida: una unidad de personas en relación mutua de constante entrega; el Padre y el

Hijo que se dan el uno al otro. Pienso que empezamos así a vislumbrar qué iluminadora es esta comprensión del Espíritu Santo como unidad, como comunión. Una unidad verdadera nunca puede estar fundada sobre relaciones que nieguen la igual dignidad de las demás personas. Y tampoco la unidad es simplemente la suma total de los grupos mediante los cuales intentamos a veces «*definirnos*» a nosotros mismos. De hecho, sólo en la vida de comunión se sostiene la unidad y se realiza plenamente la identidad humana: reconocemos la necesidad común de Dios, respondemos a la presencia unificadora del Espíritu Santo y nos entregamos mutuamente en el servicio de los unos a los otros.

La segunda intuición de Agustín, es decir, el Espíritu Santo como amor que permanece, se desprende del estudio que hizo sobre la *Primera Carta de san Juan*, allí donde el autor nos dice que «Dios es amor» (1 Jn 4, 16). Agustín sugiere que estas palabras, a pesar de referirse a la Trinidad en su conjunto, se han de entender también como expresión de una característica particular del Espíritu Santo. Reflexionando sobre la naturaleza permanente del amor, «quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él» (*ibid.*), Agustín se pregunta: ¿es el amor o es el Espíritu quien garantiza el don duradero? La conclusión a la que llega es ésta: «El Espíritu Santo nos hace vivir en Dios y Dios en nosotros; pero es el amor el que causa esto. El Espíritu, por

tanto, es Dios como amor» (*De Trinitate* 15,17,31). Es una magnífica explicación: Dios comparte a sí mismo como amor en el Espíritu Santo. ¿Qué más podemos aprender de esta intuición? El amor es el signo de la presencia del Espíritu Santo. Las ideas o las palabras que carecen de amor, aunque parezcan sofisticadas o sagaces, no pueden ser «del Espíritu». Más aún, el amor tiene un rasgo particular; en vez de ser indulgente o voluble, tiene una tarea o un fin que cumplir: permanecer. El amor es duradero por su naturaleza. De nuevo, queridos amigos, podemos echar una mirada a lo que el Espíritu Santo ofrece al mundo: amor que despeja la incertidumbre; amor que supera el miedo de la traición; amor que lleva en sí mismo la eternidad; el amor verdadero que nos introduce en una unidad que permanece.

Agustín deduce la tercera intuición, el Espíritu Santo como don, de una reflexión sobre una escena evangélica que todos conocemos y que nos atrae: el diálogo de Cristo con la samaritana junto al pozo. Jesús se revela aquí como el dador del agua viva (cf. *Jn* 4, 10), que será después explicada como el Espíritu (cf. *Jn* 7, 39; *1 Co* 12, 13). El Espíritu es «el don de Dios» (*Jn* 4, 10), la fuente interior (cf. *Jn* 4, 14), que sacia de verdad nuestra sed más profunda y nos lleva al Padre. De esta observación, Agustín concluye que el Dios que se entrega a nosotros como don es el Espíritu Santo (cf. *De Trinitate*, 15,18,32). Amigos, una vez más

echamos un vistazo sobre la actividad de la Trinidad: el Espíritu Santo es Dios que se da eternamente; al igual que una fuente perenne, él se ofrece nada menos que a sí mismo. Observando este don incesante, llegamos a ver los límites de todo lo que acaba, la locura de una mentalidad consumista. En particular, empezamos a entender por qué la búsqueda de novedades nos deja insatisfechos y deseosos de algo más. ¿Acaso no estaremos buscando un don eterno? ¿La fuente que nunca se acaba? Con la Samaritana exclamamos: ¡Dame de esta agua, para que no tenga ya más sed (cf. *Jn* 4, 15)!

Queridos jóvenes, ya hemos visto que el Espíritu Santo es quien realiza la maravillosa comunión de los creyentes en Cristo Jesús. Fiel a su naturaleza de dador y de don a la vez, él actúa ahora a través de vosotros. Inspirados por las intuiciones de san Agustín, haced que el *amor unificador* sea vuestra medida, el *amor duradero* vuestro desafío y el *amor que se entrega* vuestra misión.

Este mismo don del Espíritu Santo será mañana comunicado solemnemente a los candidatos a la Confirmación. Yo rogaré: «Llénelos de espíritu de sabiduría y de inteligencia, de espíritu de consejo y de fortaleza, de espíritu de ciencia y de piedad; y cólmalos del espíritu de tu santo temor». Estos dones del Espíritu –cada uno de ellos, como nos recuerda san Francisco de Sales, es un modo de participar en el único amor de Dios– no son ni un premio ni

un reconocimiento. Son simplemente dados (cf. *1 Co* 12, 11). Y exigen por parte de quien los recibe sólo una respuesta: «Acepto». Percibimos aquí algo del misterio profundo de lo que es ser cristiano. Lo que constituye nuestra fe no es principalmente lo que nosotros hacemos, sino lo que recibimos. Después de todo, muchas personas generosas que no son cristianas pueden hacer mucho más de lo que nosotros hacemos. Amigos, ¿aceptáis entrar en la vida trinitaria de Dios? ¿Aceptáis entrar en su comunión de amor?

Los dones del Espíritu que actúan en nosotros imprimen la dirección y definen nuestro testimonio. Los dones del Espíritu, orientados por su naturaleza a la unidad, nos vinculan todavía más estrechamente a la totalidad del Cuerpo de Cristo (cf. *Lumen gentium*, 11), permitiéndonos edificar mejor la Iglesia, para servir así al mundo (cf. *Ef* 4, 13). Nos llaman a una participación activa y gozosa en la vida de la Iglesia, en las parroquias y en los movimientos eclesiales, en las clases de religión en la escuela, en las capellanías universitarias o en otras organizaciones católicas. Sí, la Iglesia debe crecer en unidad, debe robustecerse en la santidad, rejuvenecer y renovarse constantemente (cf. *Lumen gentium*, 4). Pero ¿con qué criterios? Con los del Espíritu Santo. Volveos a él, queridos jóvenes, y descubriréis el verdadero sentido de la renovación.

Esta tarde, reunidos bajo este hermoso cielo nocturno, nuestros corazones

y nuestras mentes se llenan de gratitud a Dios por el don de nuestra fe en la Trinidad. Recordemos a nuestros padres y abuelos, que han caminado a nuestro lado cuando todavía éramos niños y han sostenido nuestros primeros pasos en la fe. Ahora, después de muchos años, os habéis reunido como jóvenes adultos alrededor del Sucesor de Pedro. Me siento muy feliz de estar con vosotros. Invoquemos al Espíritu Santo: él es el autor de las obras de Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 741). Dejad que sus dones os moldeen. Al igual que la Iglesia comparte el mismo camino con toda la humanidad, vosotros estáis llamados a vivir los dones del Espíritu entre los altibajos de la vida cotidiana. Madurad vuestra fe a través de vuestros estudios, el trabajo, el deporte, la música, el arte. Sostenedla mediante la oración y alimentadla con los sacramentos, para ser así fuente de inspiración y de ayuda para cuantos os rodean. En definitiva, la vida, no es un simple acumular, y es mucho más que el simple éxito. Estar verdaderamente vivos es ser transformados desde el interior, estar abiertos a la fuerza del amor de Dios. Si acogéis la fuerza del Espíritu Santo, también vosotros podréis transformar vuestras familias, las comunidades y las naciones. Liberaos de estos dones. Que la sabiduría, la inteligencia, la fortaleza, la ciencia y la piedad sean los signos de vuestra grandeza.

Y ahora, mientras nos preparamos para adorar al Santísimo Sacramento en

el silencio y en la espera, os repito las palabras que pronunció la beata Mary Mac-Killop cuando tenía precisamente veintiséis años: «Cree en todo lo que Dios te susurra en el corazón». Creed en él. Creed en la fuerza del Espíritu de amor.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Celebración Eucarística para la XXIII Jornada Mundial de la Juventud***

*Hipódromo de Randwick. Domingo, 20 de julio de 2008*

*Queridos amigos:*

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza» (*Hch* 1,8). Hemos visto cumplida esta promesa. En el día de Pentecostés, como hemos escuchado en la primera lectura, el Señor resucitado, sentado a la derecha del Padre, envió el Espíritu Santo a sus discípulos reunidos en el cenáculo. Por la fuerza de este Espíritu, Pedro y los Apóstoles fueron a predicar el Evangelio hasta los confines de la tierra. En cada época y en cada lengua, la Iglesia continúa proclamando en todo el mundo las maravillas de Dios e invita a todas las naciones y pueblos a la fe, a la esperanza y a la vida nueva en Cristo.

En estos días, también yo he venido, como Sucesor de san Pedro, a esta estupenda tierra de Australia. He venido a confirmaros en vuestra fe, jóvenes

hermanas y hermanos míos, y a abrir vuestros corazones al poder del Espíritu de Cristo y a la riqueza de sus dones. Oro para que esta gran asamblea, que congrega a jóvenes de «todas las naciones de la tierra» (*Hch* 2,5), se transforme en un nuevo cenáculo. Que el fuego del amor de Dios descienda y llene vuestros corazones para uniros cada vez más al Señor y a su Iglesia y enviaros, como nueva generación de Apóstoles, a llevar a Cristo al mundo.

«Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza». Estas palabras del Señor resucitado tienen un significado especial para los jóvenes que serán confirmados, sellados con el don del Espíritu Santo, durante esta Santa Misa. Pero estas palabras están dirigidas también a cada uno de nosotros, es decir, a todos los que han recibido el don del Espíritu de reconciliación y de la vida nueva en el Bautismo, que lo han acogido en sus corazones como su ayuda y guía en la Confirmación, y que crecen cotidianamente en sus dones de gracia mediante la Santa Eucaristía. En efecto, el Espíritu Santo descende nuevamente en cada Misa, invocado en la plegaria solemne de la Iglesia, no sólo para transformar nuestros dones del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor, sino también para transformar nuestras vidas, para hacer de nosotros, con su fuerza, «un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo».

Pero, ¿qué es este «poder» del Espíritu Santo? Es el poder de la vida de Dios.

Es el poder del mismo Espíritu que se cernía sobre las aguas en el alba de la creación y que, en la plenitud de los tiempos, levantó a Jesús de la muerte. Es el poder que nos conduce, a nosotros y a nuestro mundo, hacia la llegada del Reino de Dios. En el Evangelio de hoy, Jesús anuncia que ha comenzado una nueva era, en la cual el Espíritu Santo será derramado sobre toda la humanidad (cf. *Lc* 4,21). Él mismo, concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de la Virgen María, vino entre nosotros para traernos este Espíritu. Como fuente de nuestra vida nueva en Cristo, el Espíritu Santo es también, de un modo muy verdadero, el alma de la Iglesia, el amor que nos une al Señor y entre nosotros y la luz que abre nuestros ojos para ver las maravillas de la gracia de Dios que nos rodean.

Aquí en Australia, esta «gran tierra meridional del Espíritu Santo», todos nosotros hemos tenido una experiencia inolvidable de la presencia y del poder del Espíritu en la belleza de la naturaleza. Nuestros ojos se han abierto para ver el mundo que nos rodea como es verdaderamente: «colmado», como dice el poeta, «de la grandeza de Dios», repleto de la gloria de su amor creativo. También aquí, en esta gran asamblea de jóvenes cristianos provenientes de todo el mundo, hemos tenido una experiencia elocuente de la presencia y de la fuerza del Espíritu en la vida de la Iglesia. Hemos visto la Iglesia como es verdaderamente: Cuerpo de Cristo, comunidad viva de amor, en la que hay

gente de toda raza, nación y lengua, de cualquier edad y lugar, en la unidad nacida de nuestra fe en el Señor resucitado.

La fuerza del Espíritu Santo jamás cesa de llenar de vida a la Iglesia. A través de la gracia de los Sacramentos de la Iglesia, esta fuerza fluye también en nuestro interior, como un río subterráneo que nutre el espíritu y nos atrae cada vez más cerca de la fuente de nuestra verdadera vida, que es Cristo. San Ignacio de Antioquía, que murió mártir en Roma al comienzo del siglo segundo, nos ha dejado una descripción espléndida de la fuerza del Espíritu que habita en nosotros. Él ha hablado del Espíritu como de una fuente de agua viva que surge en su corazón y susurra: «Ven, ven al Padre» (cf. *A los Romanos*, 6,1-9).

Sin embargo, esta fuerza, la gracia del Espíritu Santo, no es algo que podamos merecer o conquistar; podemos sólo recibirla como puro don. El amor de Dios puede derramar su fuerza sólo cuando le permitimos cambiarnos por dentro. Debemos permitirle penetrar en la dura costra de nuestra indiferencia, de nuestro cansancio espiritual, de nuestro ciego conformismo con el espíritu de nuestro tiempo. Sólo entonces podemos permitirle encender nuestra imaginación y modelar nuestros deseos más profundos. Por esto es tan importante la oración: la plegaria cotidiana, la privada en la quietud de nuestros corazones y ante el Santísimo

Sacramento, y la oración litúrgica en el corazón de la Iglesia. Ésta es pura receptividad de la gracia de Dios, amor en acción, comunión con el Espíritu que habita en nosotros y nos lleva, por Jesús y en la Iglesia, a nuestro Padre celestial. En la potencia de su Espíritu, Jesús está siempre presente en nuestros corazones, esperando serenamente que nos dispongamos en el silencio junto a Él para sentir su voz, permanecer en su amor y recibir «la fuerza que proviene de lo alto», una fuerza que nos permite ser sal y luz para nuestro mundo.

En su Ascensión, el Señor resucitado dijo a sus discípulos: «Seréis mis testigos... hasta los confines del mundo» (*Hch* 1,8). Aquí, en Australia, damos gracias al Señor por el don de la fe, que ha llegado hasta nosotros como un tesoro transmitido de generación en generación en la comunión de la Iglesia. Aquí, en Oceanía, damos gracias de un modo especial a todos aquellos misioneros, sacerdotes y religiosos comprometidos, padres y abuelos cristianos, maestros y catequistas, que han edificado la Iglesia en estas tierras. Testigos como la Beata Mary Mackillop, San Peter Chanel, el Beato Peter To Rot y muchos otros. La fuerza del Espíritu, manifestada en sus vidas, está todavía activa en las iniciativas beneficiosas que han dejado en la sociedad que han plasmado y que ahora se os confía a vosotros.

Queridos jóvenes, permitidme que os haga una pregunta. ¿Qué dejaréis

vosotros a la próxima generación? ¿Estáis construyendo vuestras vidas sobre bases sólidas? ¿Estáis construyendo algo que durará? ¿Estáis viviendo vuestras vidas de modo que dejéis espacio al Espíritu en un mundo que quiere olvidar a Dios, rechazarlo incluso en nombre de un falso concepto de libertad? ¿Cómo estáis usando los dones que se os han dado, la «fuerza» que el Espíritu Santo está ahora dispuesto a derramar sobre vosotros? ¿Qué herencia dejaréis a los jóvenes que os sucederán? ¿Qué os distinguirá?

La fuerza del Espíritu Santo no sólo nos ilumina y nos consuela. Nos encamina hacia el futuro, hacia la venida del Reino de Dios. ¡Qué visión magnífica de una humanidad redimida y renovada descubrimos en la nueva era prometida por el Evangelio de hoy! San Lucas nos dice que Jesucristo es el cumplimiento de todas las promesas de Dios, el Mesías que posee en plenitud el Espíritu Santo para comunicarlo a la humanidad entera. La efusión del Espíritu de Cristo sobre la humanidad es prenda de esperanza y de liberación contra todo aquello que nos empobrece. Dicha efusión ofrece de nuevo la vista al ciego, libera a los oprimidos y genera unidad en y con la diversidad (cf. *Lc* 4,18-19; *Is* 61,1-2). Esta fuerza puede crear un mundo nuevo: puede «renovar la faz de la tierra» (cf. *Sal* 104,30).

Fortalecida por el Espíritu y provista de una rica visión de fe, una nueva

generación de cristianos está invitada a contribuir a la edificación de un mundo en el que la vida sea acogida, respetada y cuidada amorosamente, no rechazada o temida como una amenaza y por ello destruida. Una nueva era en la que el amor no sea ambicioso ni egoísta, sino puro, fiel y sinceramente libre, abierto a los otros, respetuoso de su dignidad, un amor que promueva su bien e irradie gozo y belleza. Una nueva era en la cual la esperanza nos libere de la superficialidad, de la apatía y el egoísmo que degrada nuestras almas y envenena las relaciones humanas. Queridos jóvenes amigos, el Señor os está pidiendo ser profetas de esta nueva era, mensajeros de su amor, capaces de atraer a la gente hacia el Padre y de construir un futuro de esperanza para toda la humanidad.

El mundo tiene necesidad de esta renovación. En muchas de nuestras sociedades, junto a la prosperidad material, se está expandiendo el desierto espiritual: un vacío interior, un miedo indefinible, un larvado sentido de desesperación. ¿Cuántos de nuestros semejantes han cavado aljibes agrietados y vacíos (cf. Jr 2,13) en una búsqueda desesperada de significado, de ese significado último que sólo puede ofrecer el amor? Éste es el don grande y liberador que el Evangelio lleva consigo: él revela nuestra dignidad de hombres y mujeres creados a imagen y semejanza de Dios. Revela la llamada sublime de la humanidad, que es la de encontrar la propia plenitud en el amor. Él revela la verdad sobre el hombre, la verdad sobre la vida.

También la Iglesia tiene necesidad de renovación. Tiene necesidad de vuestra fe, vuestro idealismo y vuestra generosidad, para poder ser siempre joven en el Espíritu (cf. *Lumen gentium*, 4). En la segunda lectura de hoy, el apóstol Pablo nos recuerda que cada cristiano ha recibido un don que debe ser usado para edificar el Cuerpo de Cristo. La Iglesia tiene especialmente necesidad del don de los jóvenes, de todos los jóvenes. Tiene necesidad de crecer en la fuerza del Espíritu que también ahora os infunde gozo a vosotros, jóvenes, y os anima a servir al Señor con alegría. Abrid vuestro corazón a esta fuerza. Dirijo esta invitación de modo especial a los que el Señor llama a la vida sacerdotal y consagrada. No tengáis miedo de decir vuestro «sí» a Jesús, de encontrar vuestra alegría en hacer su voluntad, entregándoos completamente para llegar a la santidad y haciendo uso de vuestros talentos al servicio de los otros.

Dentro de poco celebraremos el sacramento de la Confirmación. El Espíritu Santo descenderá sobre los candidatos; ellos serán «sellados» con el don del Espíritu y enviados para ser testigos de Cristo. ¿Qué significa recibir el «sello» del Espíritu Santo? Significa ser marcados indeleblemente, inalterablemente cambiados, significa ser nuevas criaturas. Para los que han recibido este don, ya nada puede ser lo mismo. Estar «bautizados» en el Espíritu significa estar enardecidos por el amor de Dios. Haber «bebido» del Espíritu (cf. *1 Co* 12,13) significa haber sido refrescados por la belleza del

designio de Dios para nosotros y para el mundo, y llegar a ser nosotros mismos una fuente de frescor para los otros. Ser «sellados con el Espíritu» significa además no tener miedo de defender a Cristo, dejando que la verdad del Evangelio impregne nuestro modo de ver, pensar y actuar, mientras trabajamos por el triunfo de la civilización del amor.

Al elevar nuestra oración por los confirmandos, pedimos también que la fuerza del Espíritu Santo reavive la gracia de la Confirmación de cada uno de nosotros. Que el Espíritu derrame sus dones abundantemente sobre todos los presentes, sobre la ciudad de Sydney, sobre esta tierra de Australia y sobre todas sus gentes. Que cada uno de nosotros sea renovado en el espíritu de sabiduría e inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, espíritu de admiración y santo temor de Dios.

Que por la amorosa intercesión de María, Madre de la Iglesia, esta XXIII Jornada Mundial de la Juventud sea vivida como un nuevo cenáculo, de forma que todos nosotros, enardecidos con el fuego del amor del Espíritu Santo, continuemos proclamando al Señor resucitado y atrayendo a cada corazón hacia Él. Amén.

## ÁNGELUS

*Hipódromo de Randwick. Domingo,  
20 de julio de 2008*

*Queridos jóvenes amigos*

Nos disponemos ahora a recitar juntos la hermosa oración del *Ángelus*. En ella reflexionaremos sobre María, mujer joven que conversa con el ángel, que la invita, en nombre de Dios, a una particular entrega de sí misma, de su vida, de su futuro como mujer y madre. Podemos imaginar cómo debió sentirse María en aquel momento: totalmente estremecida, completamente abrumada por la perspectiva que se le ponía delante.

El ángel comprendió su ansiedad e inmediatamente intentó calmarla: «No temas, María... El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra» (*Lc 1,30.35*). El Espíritu fue quien le dio la fuerza y el valor para responder a la llamada del Señor. El Espíritu fue quien la ayudó a comprender el gran misterio que iba a cumplirse por medio de Ella. El Espíritu fue el que la rodeó con su amor y la hizo capaz de concebir en su seno al Hijo de Dios.

Esta escena es quizás el momento culminante de la historia de la relación de Dios con su pueblo. En el Antiguo Testamento, Dios se reveló de modo parcial y gradual, como hacemos todos en nuestras relaciones personales. Se necesitó tiempo para que el pueblo elegido profundizase en su relación con Dios. La Alianza con Israel fue como un tiempo de hacer la corte, un largo noviazgo. Luego llegó el momento definitivo, el momento del matrimonio, la realización de una nueva y eterna

alianza. En ese momento María, ante el Señor, representaba a toda la humanidad. En el mensaje del ángel, era Dios el que brindaba una propuesta de matrimonio con la humanidad. Y en nombre nuestro, María dijo sí.

En los cuentos, los relatos terminan en este momento: «y desde entonces vivieron felices y contentos». En la vida real no es tan fácil. Fueron muchas las dificultades que María tuvo que superar al afrontar las consecuencias de aquel «sí» al Señor. Simeón profetizó que una espada le traspasaría el corazón. Cuando Jesús tenía doce años, Ella experimentó las peores pesadillas que los padres pueden tener, cuando tuvo a su hijo perdido durante tres días. Y después de su actividad pública, sufrió la agonía de presenciar su crucifixión y muerte. En las diversas pruebas Ella permaneció fiel a su promesa, sostenida por el Espíritu de fortaleza. Y por ello tuvo como recompensa la gloria.

Queridos jóvenes, también nosotros debemos permanecer fieles al «sí» con que acogimos el ofrecimiento de amistad por parte del Señor. Sabemos que Él nunca nos abandonará. Sabemos que Él nos sostendrá siempre con los dones del Espíritu. María acogió la propuesta del Señor en nombre nuestro. Dirijámonos, pues, a Ella y pidámosle que nos guíe en las dificultades para permanecer fieles a esa relación vital que Dios estableció con cada uno de nosotros. María es nuestro ejemplo y nuestra inspiración; Ella intercede

por nosotros ante su Hijo, y con amor materno nos protege de los peligros.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
en el encuentro con los bienhechores  
y los organizadores de la JMJ***

*Domingo 20 de julio de 2008*

*Señor cardenal, queridos amigos:*

En el momento en que mi visita a Australia está por concluir, deseo expresar mi agradecimiento a todos los que han contribuido al éxito de esta Jornada Mundial de la Juventud. Esta tarde, en particular, mi gratitud se dirige a vosotros, que con tanta generosidad habéis ayudado material y espiritualmente a la realización de este evento. El Cardenal Pell se ha referido a los grandes sacrificios que habéis afrontado en la organización de esta Jornada maravillosa para la vida de la Iglesia. Deseo daros las gracias a todos y cada uno, no sólo por los sacrificios, sino sobre todo por la confianza que habéis demostrado hacia nuestros jóvenes y por vuestra fe en la gracia de Dios que actúa en sus corazones. Oremos para que todo lo que habéis invertido en ellos dé fruto en su vida, para la vida de la Iglesia de Cristo y para el futuro de nuestro mundo.

En estos días, gracias al trabajo del comité organizador y a la cooperación de tantas personas, empresas, asociaciones y autoridades locales, los jóve-

nes procedentes de todas las partes del mundo han tenido la oportunidad de experimentar la belleza de este País y la calurosa hospitalidad del pueblo australiano. Por su parte, ellos han enriquecido esta tierra con el testimonio que han dado de su amor a Cristo y de la fuerza de su Espíritu que actúa en la Iglesia.

Estoy seguro, queridos amigos, que vuestra participación en los preparativos de esta Jornada Mundial de la Juventud os ha permitido experimentar especialmente la fuerza del Espíritu Santo. Sin duda, en la preparación de este gran encuentro internacional, y en el compromiso de afrontar cualquier eventualidad, habéis tenido momentos de inquietud y preocupación, e incluso momentos de temor y agitación por el éxito final de este evento. Ahora, mirando hacia atrás, podéis constatar la cosecha abundante que el Espíritu ha suscitado a través de vuestras oraciones, vuestra perseverancia y vuestro duro trabajo. ¡Cuántas buenas semillas se han sembrado en estos pocos días!

Queridos amigos, San Pablo, que gastó toda su vida al servicio del Evangelio, nos recuerda que «más dichoso es el que da que el que recibe» (cf. *Hch* 20,35). Vuestra generosidad y vuestro sacrificio han sido una contribución esencial, también a menudo escondida, para el éxito de esta Jornada Mundial de la Juventud. Que el gozo espiritual, la satisfacción y la dicha, que todos hemos experimentado en estos días, sean

una fuente inagotable de bendiciones para vuestras vidas. No dudéis jamás de la verdad de la promesa de nuestro Señor, cada vez que le ofrezcamos nuestra creatividad, energía, recursos y nuestra propia personas, recibiremos una recompensa abundante (cf. *Mt* 16,26).

Con estos sentimientos renuevo la expresión de mi profundo agradecimiento a cada uno de vosotros. Os encomiendo, a vosotros y a vuestras familias, a la amorosa intercesión de Nuestra Señora de la Cruz del Sur, Auxilio de los cristianos, y de corazón os imparto la Bendición Apostólica como prenda de fuerza y paz en Jesús, su divino Hijo.

***Saludo del Papa, Benedicto XVI,  
a los voluntarios de la Jornada  
Mundial de la Juventud***

*Domain, Sydney. Lunes, 21 de julio  
de 2008*

*Queridos amigos en Cristo:*

Agradezco al Obispo Fisher y al Cardenal Pell sus amables palabras y me alegra tener esta oportunidad para dirigir un saludo final a todos vosotros y deciros lo espléndida que ha sido la experiencia de esta semana. En estos días hemos sido testigos directos de la alegría que encuentran en la propia fe tantos miles de jóvenes, y hemos podido expresar nuestra alabanza y nuestra

gratitud a Dios por su bondad para con nosotros. Hemos podido comprobar el calor y la generosidad de la hospitalidad australiana y contemplar juntos el magnífico paisaje de este hermoso continente. Ha sido una semana realmente memorable.

Sin embargo, nada de esto hubiera sido posible sin un gran esfuerzo de preparación y de trabajo diligente durante el período que ha precedido a la Jornada Mundial de la Juventud. Deseo agradecer a todos la generosidad del tiempo y las energías empleadas para permitir el desarrollo sin percances de cada uno de los actos que hemos celebrado juntos. Tales eventos han tenido necesidad de una esmerada coordinación, en la que han participado Autoridades civiles, policía y asociaciones de primeros auxilios, así como personal eclesiástico y un grupo enorme de voluntarios, responsables y ayudantes. Vuestros esfuerzos han preparado el terreno para que el Espíritu descendiera con fuerza, estableciendo vínculos de unidad y amistad entre los jóvenes provenientes de ambientes culturales muy diversos, y reforzando su amor por Cristo y por su Iglesia. En las multitudes que se han congregado aquí en Sidney, hemos visto una manifestación elocuente de la unidad en la diversidad de la Iglesia universal, hemos tenido una visión en pequeño de la unidad de la familia humana que anhelamos. Que estos jóvenes, con la fuerza del Espíritu, hagan de esta visión una realidad en el mundo del mañana.

En el aeropuerto tendré ocasión de dar las gracias a los representantes de las Autoridades civiles. Aquí quiero expresar mi profunda gratitud a todos los Obispos, los sacerdotes, los consagrados y consagradas, los capellanes, los profesores, las asociaciones laicales, los movimientos eclesiales, las familias de acogida, las escuelas y las comunidades parroquiales que tanto han contribuido para que la Jornada Mundial de la Juventud fuera un éxito. Leemos en los *Hechos de los Apóstoles* que «más vale dar que recibir» (20,35). Sin embargo, espero que vosotros hayáis recibido más de lo que habéis servido generosamente en el curso de nuestras celebraciones. A todos os digo sincera y cordialmente «gracias».

Al disponerme a regresar a Roma, llevo conmigo como un tesoro la memoria de muchos acontecimientos llenos de gracia que hemos vivido juntos: mi primer encuentro con los jóvenes en Barangaroo, los encuentros posteriores en Darlinghurst y en la Catedral de Santa María, la vigilia de la Juventud en la explanada de la Cruz del Sur y la Misa final de ayer. Rezo para que también vosotros llevéis en vuestra alma muchos recuerdos preciosos e intuiciones espirituales, de modo que regreséis a vuestras casas y a vuestras familias con ardor renovado para difundir el Evangelio de Jesucristo. Con la fuerza del Espíritu, id ahora a renovar la faz de la tierra.

A la vez que os saludo de corazón, os encomiendo a todos a la amorosa

intercesión de la Virgen de la Cruz del Sur, Auxilio de los cristianos. Invoco sobre vosotros los siete dones del Espíritu Santo y os aseguro mi plegaria constante. Dios bendiga a los jóvenes del mundo y bendiga al pueblo de Australia.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
durante la ceremonia de despedida  
de las Autoridades***

*Aeropuerto internacional de Sydney.  
Lunes, 21 de julio de 2008*

*Queridos amigos:*

Antes de despedirme de vosotros, deseo decir a los que me han hospedado lo grata que ha sido mi visita aquí y lo agradecido que estoy por la hospitalidad recibida. Quedo muy agradecido al Señor Primer Ministro, Kevin Rudd, por la amabilidad que ha tenido conmigo y con todos los participantes en la Jornada Mundial de la Juventud. Agradezco también al Gobernador General, el General Mayor Michael Jeffery, su presencia aquí y la gentileza de haberme acogido en el Almirantazgo General al comienzo de mis compromisos públicos. El Gobierno Federal y el Gobierno del Estado de Nuevo Gales del Sur, y también los habitantes y la comunidad empresarial de Sydney, han colaborado generosamente en apoyo de la Jornada Mundial de la Juventud. Un acontecimiento de este

género requiere un inmenso trabajo de preparación y organización, y estoy seguro de hablar en nombre de muchos miles de jóvenes al expresar mi aprecio y gratitud a todo vosotros. Habéis ofrecido con el característico estilo australiano una calurosa bienvenida, a mí y a innumerables jóvenes peregrinos que han confluído aquí desde todos los rincones del mundo. Estoy muy agradecido, en particular, a las familias que en Australia y Nueva Zelanda han hecho hueco en sus casas para acoger a los jóvenes. Habéis abierto vuestras puertas y vuestros corazones a la juventud del mundo y, en nombre de estos jóvenes, os lo agradezco.

En los días pasados, los actores principales en el escenario han sido, obviamente, los jóvenes mismos. La Jornada Mundial de la Juventud les pertenece a ellos. Ellos han sido los que han hecho de esta Jornada un acontecimiento eclesial de carácter global, una gran celebración de la juventud, una gran celebración de lo que significa ser Iglesia, el Pueblo de Dios en medio del mundo, unido en la fe y en el amor, y que el Espíritu ha hecho capaz de llevar el testimonio de Cristo resucitado hasta los confines de la tierra. Les doy las gracias por haber venido, les doy las gracias por su participación, y ruego para que tengan un viaje seguro de regreso. Sé que los jóvenes, sus familias y personas amigas, han hecho en muchos casos grandes sacrificios para que pudieran llegar a Australia. Por todo eso, toda la Iglesia les está reconocida.

Al volver la vista atrás hacia estos días emocionantes, pienso en escenas significativas. Me ha impactado mucho la visita a la tumba de Mary MacKillop, y agradezco a las Hermanas de San José la oportunidad que he tenido de orar en el Santuario de su co-fundadora. Las estaciones del *Viacrucis* por las calles de Sydney nos han recordado con vigor que Cristo nos ha amado «hasta el extremo» y que ha compartido nuestros sufrimientos para que nosotros pudiéramos compartir su gloria. El encuentro con los jóvenes en Darlinghurst ha sido un momento de alegría y gran esperanza, un signo de que Cristo puede levantarnos de las situaciones más difíciles, reponiendo nuestra dignidad y permitiéndonos mirar adelante hacia un futuro mejor. El encuentro con los responsables ecuménicos e interreligiosos ha estado marcado por un espíritu de auténtica hermandad y de un deseo profundo de mayor colaboración en el compromiso de edificar un mundo

más justo y pacífico. Y, sin duda, los puntos culminantes de mi visita han sido los encuentros de Barangaroo y la Cruz del Sur. Aquellas experiencias de oración, nuestra jubilosa celebración de la Eucaristía, han sido un testimonio elocuente de la obra vivificante del Espíritu Santo, presente y activo en el corazón de nuestros jóvenes. La Jornada Mundial de la Juventud nos ha enseñado que la Iglesia puede alegrarse con los jóvenes de hoy y estar llena de esperanza por el mundo del mañana.

Queridos amigos, mientras me despidó de Sydney, pido a Dios que dirija su mirada amorosa sobre esta ciudad, sobre este País y sobre sus habitantes. Le ruego que muchos de ellos se inspiren en el ejemplo de compasión y servicio de la Beata Mary MacKillop. Y, a la vez que os saludo, llevando en el corazón sentimientos de profunda gratitud, digo una vez más: que Dios bendiga al pueblo de Australia.

**SANTA SEDE****CONSEJO PONTIFICIO PARA LA PASTORAL DE LOS MIGRANTES E ITINERANTES****El turismo afronta el reto del cambio climático**

Mensaje con ocasión de la Jornada Mundial del Turismo 2008

27 de septiembre de 2008

La Ciudad del Vaticano se ha convertido en el primer Estado soberano con “emisión cero” de anhídrido carbónico (CO<sub>2</sub>) al plantar, en 2007, un bosque en territorio húngaro, de su propiedad. Este plan, orientado a regenerar la vegetación, constituye un importante compromiso ecológico con nuestro planeta, por parte de la Iglesia Católica en su expresión apical. Un ulterior testimonio que revela el interés de la Santa Sede hacia este problema, es el proyecto de construcción de una planta fotovoltaica con paneles solares que aportará a la Ciudad del Vaticano una cantidad de energía cotidiana equivalente a una significativa cuota con respecto al total de su consumo. Son dos ejemplos concretos que nos invitan a reflexionar sobre el difícil futuro ecológico, con respecto a los cambios climáticos del planeta, al flagelo de la deforestación y el fenómeno del calentamiento del globo.

1. Con respecto a esto, tratando nuestro tema específico, el turismo es uno de los vectores del actual cambio climático, puesto que contribuye al proceso de calentamiento de la tierra

(cfr. discurso del Secretario General de la OMT, marzo 2007). De hecho, al considerar que en la actualidad son más de 900 millones (y se prevé que en el 2020 serán 1,6 billones) las personas que emprenden un viaje de turismo al extranjero, desplazándose en avión, por mar y tierra, utilizan carburantes contaminantes, y alojándose en hoteles, con equipos de aire acondicionado, causan emisiones de gases nocivos.

Ciertamente, no es sólo una cuestión que atañe al turismo, puesto que existen numerosas actividades que contaminan, que causan el calentamiento global y un subsiguiente empobrecimiento de la atmósfera, con consecuencias negativas para el clima y el medio ambiente. Podemos afirmar, por tanto, que nos hallamos en una fase precaria y delicada de la historia de la humanidad, es decir, en una encrucijada. Nos encontramos ante los dos caminos proverbiales, el del bien y el del mal, como nos enseña la Biblia (cfr. *Dt* 30,15; *Un* 3,14).

Aunque los tratados que rigen en el mundo, en este campo, probablemente fueron inspirados por el texto del Génesis referente a la creación, éste, en

realidad, se ha olvidado. Lo demuestran las decisiones tardías, incluso las de los pueblos más desarrollados en el campo de la ecología global, así como la reticencia de aquellos que hesitan en ratificar protocolos internacionales, destinados a la conservación del medio ambiente y a la reducción de las emisiones de anhídrido carbónico.

Si por el contrario escuchásemos la Palabra de Dios en su verdad, belleza y poesía (*Gn* 1,1-31), el Universo se nos aparecería como un don que deberíamos conservar, un regalo, un “Edén”, en donde todo se conjuga en la armonía y la alegría de vivir. La tierra es un jardín, un lugar en el que las criaturas alaban el amor de su Creador, y donde el equilibrio es la norma, en el éxtasis precisamente de un jardín frondoso y lleno de frutos, de árboles y de vida.

Pero allá donde reinaba la belleza, contemplada por el Autor sagrado inspirado, la puerta, en régimen de libertad sin verdad y amor, permanece abierta al horror y al pecado: el desorden ocupa el lugar del equilibrio, la paz es agredida por la violencia, la tortura y la guerra, después de la vegetación exuberante llega la sequía y la catástrofe, allá donde había luz, que se alternaba con las tinieblas para marcar también los tiempos del trabajo y del descanso, se producen excesos, confusión ritmada y caos, allá donde reinaba el diálogo del amor entre hombre y mujer con la paz de los sentidos, han encontrado lugar

el pecado, la acusación de Adán a Eva, su esposa, la enemistad, el fratricidio, el diluvio.

El jardín se ha transformado entonces en un desierto, las flores han marchitado, el agua ha engullido y destruido todo lo que ha encontrado en su creciente camino diluvial, mientras tanto se han construido otros obstáculos, las bombas han formado cráteres, la contemplación se ha convertido en usurpación, el diálogo se ha vuelto monólogo de omnipotencia, los hermanos han esclavizado a los hermanos y los pueblos ya no han encontrado el árbol de la vida en el Jardín, porque han probado el fruto del árbol del bien y del mal.

2. ¿Pero cuál es el camino del bien ecológico que debemos emprender para oponernos al cambio climático nefasto, tema de nuestra Jornada de este año? El gran desafío parece ser la superación de un determinado narcisismo insano, luchando contra el egoísmo y observando, con lucidez y honestidad, la tierra que corre peligro de ser destruida. Con ello, ciertamente, no significa que el hombre tiene que dejarse oprimir por la desilusión, es más, significa por el contrario asumir las propias responsabilidades, a nivel individual y colectivo, para recrear la armonía, posible después del pecado original y dejar que el planeta siga su propio ciclo vital, ayudándolo en esto. En concreto significa no contribuir aún más al incremento del calentamiento

global, con acciones humanas acordadas o inconscientes, premonitoras de una ruina prematura. El mal se encuentra en las estructuras o en las cosas que aceleran la contaminación, sin escuchar la voz interior del hombre que lo exhorta a tener en cuenta los límites, sin valorar las decisiones que debe tomar en un horizonte de fraternidad y benevolencia misericordiosa hacia las generaciones venideras y el bien común universal, con una perspectiva de futuro, por tanto. Non es justo que los seres humanos provoquen el fin de la tierra y el transcurrir de las generaciones por negligencia o a causa de decisiones egoístas y de un exasperado consumismo, como si los demás y aquellos que vendrán después de nosotros careciesen de valor. En definitiva, existe un egoísmo de cara al futuro que se manifiesta en la ausencia de ponderación y de perspectiva, en la indolencia y en el abandono.

3. Entonces, ¿cuál es el llamamiento que nace aquí, para nosotros, para la pastoral del turismo, inspirados por el tema que nos ha propuesto la Organización Mundial del Turismo y que deseamos aceptar? Es el de cultivar *la ética de la responsabilidad*, por parte de todos - y para nosotros en particular, por parte de los turistas. Este tipo de ética implica también el respeto por el futuro y por las condiciones ecológicas y climáticas que lo harán realidad.

Asimismo, concretamente, deseamos la contribución de todos, y también,

por supuesto la de los turistas, en el ciclo de la tierra en la que vivimos, para que se preste atención a comportamientos y acciones concertadas, que acarreen menos daños posibles al planeta, por encima de cualquier queja, aunque legítima, a cerca del desequilibrio, de los daños y de un posible naufragio.

El turista -a cuyo servicio ofrecemos una pastoral específica- con su actitud puede de hecho contribuir a mantener en vida el planeta y a frenar el incremento gradual de un cambio climático, que nos alarma. Por tanto, es posible elegir, -hay todavía dos caminos ante nosotros- ser un turista contra la tierra o a favor de ella, quizás yendo a pie, prefiriendo hoteles y centros de acogida que estén más en contacto con la naturaleza, llevando menos equipaje, para que los medios de transporte emitan menor cantidad de anhídrido carbónico, eliminando los residuos de forma adecuada, consumiendo alimentos más “ecológicos”, plantando árboles para neutralizar los efectos contaminantes de nuestros viajes, prefiriendo los productos de artesanía local a otros caros y venenosos, utilizando materiales reciclables o biodegradables, respetando la legislación local y valorizando la cultura del lugar que estamos visitando.

Hemos sido pertinentes y concretos, osando presentar propuestas ideales y quizás no compartidas por todos, y soluciones adecuadas que acarreen el menor daño posible a la naturaleza, o

escuchando la voz de Aquel que llama a la puerta, para animarnos a realizar nuevas formas de hacer turismo, un turismo sostenible.

4. En esta lógica “ecológica” es muy importante regresar *al sentido del límite*, contra el desarrollo insensato y a toda costa, escapando de la obsesión de poseer y de consumir. El sentido del límite se cultiva también cuando se reconoce la existencia del otro y la transcendencia del Creador con respecto a sus criaturas. Esto se obtiene cuando no se ocupa el lugar de aquel que está a mi lado y se otorgan a los demás los derechos que se reclaman para uno mismo. Esto significa que nos abrimos a la conciencia de la fraternidad en una tierra que es de todos y para todos, hoy y mañana.

Cada ser humano -y más aún el cristiano- debe rendir cuentas del *planeta sostenible*, de la calidad de vida de nuestra tierra, que durante las próximas generaciones será suya. Todos los turistas, así como toda la comunidad internacional, deberían por tanto *respetar y promover una cultura ‘verde’* respetuosa con el medio ambiente, caracterizada, especialmente para nosotros los cristianos, por valores éticos, además de morales. El libro del Génesis habla de un inicio en el que Dios puso al hombre como guardián de la tierra, para que fructificara.

Nuestros hermanos musulmanes ven en él al “mayordomo” de Dios.

Cuando, después, el hombre se olvida de ser un fiel servidor de Dios y de la tierra, ésta se revela y se convierte en un desierto que amenaza la supervivencia. Por consiguiente, es necesario construir lazos fuertes entre las diferentes generaciones, para que exista un futuro; es necesario desarrollar una *austeridad gozosa*, escogiendo aquello que no es transitorio ni corruptible; es necesario cultivar la caridad, incluso hacia la tierra, desarmando la lógica de la muerte y fortaleciendo el amor para este querido espacio que nos pertenece a todos, en la memoria del don, en la responsabilidad de cada instante y en el servicio continuo de la fraternidad, incluso para quienes vendrán después de nosotros. De esta forma se desarrollará *una cultura del turismo responsable*, también con respecto a los cambios climáticos.

Es nuestro deseo, es nuestro auspicio y por él dirigimos nuestra oración en este año de gracia de 2008.

Renato Raffaele Cardenal Martino  
Presidente

Arzobispo Agostino Marchetto  
Secretario

Vaticano, 18 de junio de 2008



# CRÓNICA DIOCESANA

---



## CRÓNICA DIOCESANA

### JUNIO

---

Día 28: Ordenación de 3 nuevos Presbíteros en la capilla del Seminario Mayor de Divino Maestro de Ourense. D. Juan Carlos Estévez Vázquez, D. Pablo López López y D. Oscar Martínez Caamaño.

Celebración de las exequias del Rvdo. Antonio Gómez González en la iglesia de la Saleta en Cea.

Día 29: Visita Pastoral a las Parroquias de San Nicolás de Novás, Santa Eulalia de Montes y Santa María de Atás en el Arciprestazgo de Cualedro.

Del 29 al 2 de julio: Programación Diocesana de Pastoral en los Milagros.

### JULIO

---

Día 3: Viaje de los 10 jóvenes ourensano hacia Sydney, para participar en la XXIII Jornada Mundial de la Juventud.

Día 5: Visita Pastoral a las Parroquias de Santiago de Garabelos y San Lorenzo de Niñodagua, en el Arciprestazgo de Cualedro.

Día 6: Visita Pastoral a las Parroquias de Santa María de Texós, Santa María de Villamayor de Boulosa y San Bartolomé de Baltar, en el Arciprestazgo de Cualedro.

Día 12: Visita Pastoral a las Parroquias de Santiago de Vilela y San Miguel de Gudín en el Arciprestazgo de Cualedro.

Día 13: Visita Pastoral a las Parroquias de Santa María de Lucenza, San Salvador de Villamayor de Xironda y Santa María de San Millán en el Arciprestazgo de Cualedro.

Día 17: Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos.

Día 19: Exequias de Sor Jesusa Fuciños Mariño, Religiosa Misionera del Divino Maestro en la Capilla de la Comunidad de Montealegre.

XXX Encuentro Diocesano con los misioneros en Ribadavia.

Día 20: Visita Pastoral a las Parroquias de Santa Eulalia de Chamusiños, Santa María de Lobaces y San Juan de Trasmiras en el Arciprestazgo de Cualedro.

- Del 20 al 27: Convivencia de los Jóvenes del Movimiento MXAC, en A Regueira (concello de Miño-Pontevedra)
- Día 23: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 24: Defunción del Rvdo. D. Luis Rey Lage.
- Día 25: Defunción del Rvdo. D. Antonio Machado Prieto.

## AGOSTO

---

- Día 2: Romería diocesana a Tameirón, con motivo de la Fiesta de San Francisco Blanco, natural de ésta parroquia y mártir en el Japón, en el S. XVI.
- Del 5 al 10: Encuentro de monaguillos en Porto do Son.
- Día 9: Exequias por el Sor Justina Conde Fernández, Sierva de María, en la capilla de las Siervas de María de la ciudad de Ourense.
- Del 9 al 10: Visita Pastoral a las Parroquias de San Martín de Rebordondo, San Salvador de Vilar de Lebres, San Bartolomé de Baldriz, Santa María de Penaverde y Santa María de Cualedro.
- Día 12: Inauguración de la exposición “Pablo, heraldo de Cristo”, en el Monasterio de Santa María la Real de Oseira.
- Día 18-28: Peregrinación diocesana: “Tras la huellas de la Sagrada Familia”.



